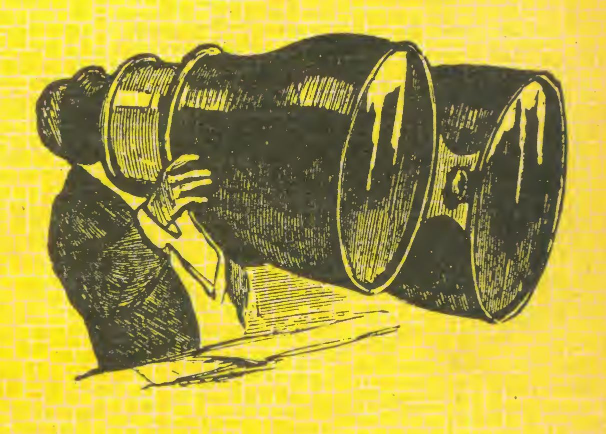
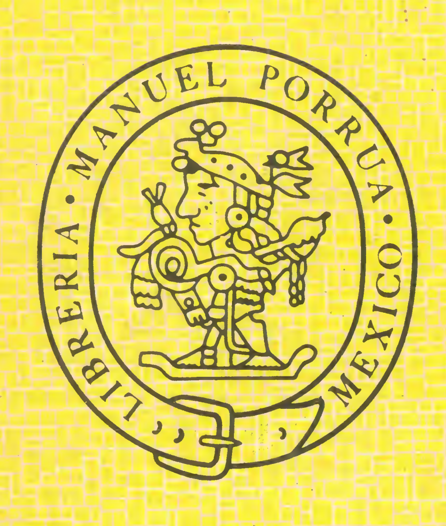
BIBLIOTECA MEXICANA 39

JOSE LOPEZ PORTILLO Y PACHECO

"DON Q"



MANUEL PORRUA, S. A., LIBRERIA
5 de Mayo 49 México 1, D. F.



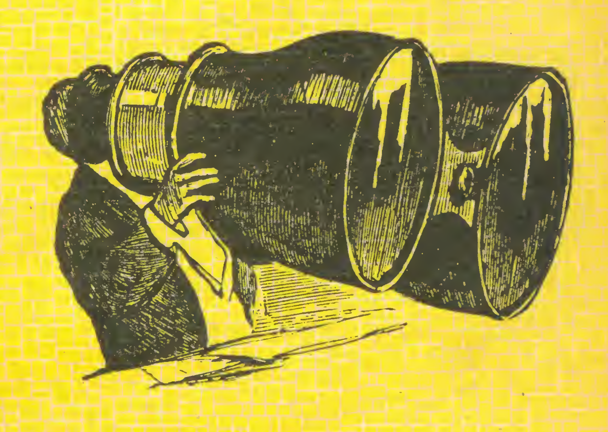
MANUEL PORRUA, S. A. LIBRERIA

5 de Mayo 49 México 1, D. F.

BIBLIOTECA MEXICANA 39

JOSE LOPEZ PORTILLO Y PACHECO

"DON Q"



MANUEL PORRUA, S. A., LIBRERIA

5 de Mayo 49 México 1, D. F.

JOSE LOPEZ-PORTILLO Y PACHECO

"Don Q"

CONVERSACIONES SOBRE LA YOEIDAD
Y OTRAS TRASCENDENTALIDADES



MANUEL PORRUA, S. A. LIBRERIA
5 de Mayo 49 México 1, D. F.

Impreso en los talleres gráficos "Olimpo". Imprenta 205.
México 2, D. F.

CAPÍTULO I

QUE TRATA SOBRE LA LEY DE LA DESPROPORCION UNIVERSAL DE LA EFICIENCIA, LA BOLSA INAGOTABLE DE LAS POSIBILIDADES, GALAXIAS, ESPIRALES Y OTRAS CRUDEZAS GEOMETRICAS

Mientras reflexionaba sobre la Ley de la Desproporción Universal de la Eficiencia, con la ingenuidad que lo caracterizaba en sus monólogos, Don Q se preguntó:

"¿Por qué no se obscurece el aire conforme se va respirando?"

Supongo que se planteó esta pregunta al sentir que con su respiración, estaba devorando la transparencia.

Pero, como por otro lado, nunca se preocupaba en buscar contestaciones a ciertas preguntas por él formuladas, creo que ésta no era trascendente y nunca me he preocupado en buscarle un sentido oculto, aunque me hubiera gustado ilustrarlo respecto de que se respira un gas con fuerte proporción de oxígeno; pero que no se respira la luz. Sin embargo, creo que en el fondo, Don Q era un poco poeta, y temo que hubiera refutado que, en ocasiones, hay hombres que respiran luz. No es imposible que algo así creyera él de sí mismo.

Estaba convencido de la existencia de un principio universal que a veces llamaba del "derroche absoluto", aunque en otras ocasiones, con un poco más de petulancia, la nombraba "Ley de la Desproporción Universal de la Eficiencia". Alguna vez, con esa brutalidad que de alguna manera me causa sonrojo (lo que me desagrada profundamente, pues me hace

sentir un pequeño burgués ridículamente ingenuo), afirmó que "el universo parece ser una enorme...". Y no me atrevo a formular inferencias o sacar conclusiones, porque no quiero que las personas que respeto me acusen de blasfemo. Aunque siempre he pensado que Don Q lo dijo sin mala intención: amaba profundamente la Vía Láctea y hablaba con cierto sospechoso primitivismo del esplendor y la hermosura de las esferas y luminarias que se extienden por el Teuhtlampa. Creo que amaba a Dios en la medida de lo que a veces supongo era un panteísmo elemental, en el que él mismo se identificaba con algún principio integrador. Con frecuencia reflexiono en que no debí acercarme a sus conversaciones: me abruma, me irrita, me sorprende, y no sé, bien a bien, si lo quiero, lo admiro o me aburre infinitamente.

He aquí uno de los monólogos típicos de Don Q con los que llenó de hastío mi atención, y que a pesar de ello me complace recordar, a pesar de sus obras, si no es que desagradables implicaciones hegelianas.

"¿Es el esfuerzo, en sí mismo, objeto del ser?

"¿Es el juego de los contrarios que entre sí se anulan, el motivo del existir?

"¡Oh brutalidad de la sinergia!" (Siempre, al recordar estas petulancias, me dan ganas de no mencionarlas.)

Y añadía para completar el sentido de su famosa ley:

"¡Qué largo es el camino que devora millones de espermatozoides para una sola fecundación!" (Estas crudezas siempre me han molestado. Podía haber empleado otros símiles, sin implicaciones desagradables.)

Y seguía diciendo:

"¿El camino es el sentido? El resultado ¿Qué es, en sí mismo, sino otro contrario que seguramente se va a anular con otra fuerza, aunque sólo sea la fuerza del tiempo, el fecundo caducador?" (sic)

En forma más comprensible, concluía así:

"Hay una ley del gran equilibrio entre el derroche y el

saldo mínimo. Esta, es una ley natural. La eficiencia, la economía del resultado, es obra humana, hija de la razón". Y con esa su gran suficiencia, añadía: "¿Es la razón el gran corrector, el gran rectificador del derroche universal, o un simple avaro transitorio —("¡avaro transitorio!" ¡Qué ocurrencia!)— ante la universalidad del derroche generoso que todo lo penetra y todo lo transforma para llenar la bolsa inagotable de las posibilidades?"

¡Llenar lo inagotable! Aquí cabe un gran paréntesis: siempre he creído —y nunca lo comenté con Don Q, pues seguramente le hubiera dado envidia— que la palabra tiene lo que me atrevería a llamar una diabólica libertad: basta juntar significaciones, para que resulten conceptos impensables, absurdos, ridículos; contradicciones insoportables, poesía, filosofía pura o todo un universo, antiuniverso, o qué sé yo. * Si Dios creó al Logos, el demonio le dio la libertad. ¿El demonio?, lástima que no se lo puedo preguntar a Don Q, ni deslumbrarlo con ese hallazgo de la diabólica libertad de la palabra. Todo esto, que conste, porque el mismo Don Q hablaba de "llenar la bolsa inagotable". Se juntaron unas cuantas significaciones y resultó una expresión plena de sugestiones, pero que no resiste el mínimo análisis lógico. Lo que más me molesta es que, de alguna manera, entiendo lo de "llenar la bolsa inagotable de las posibilidades". Pienso que esa bolsa, de existir en algún lado, ha de tener la forma de una galaxia espiral. (Cierro paréntesis.)

En forma conexa con su Ley de la Desproporción Universal de la eficacia, en alguna ocasión me decía el gran Don Q:

"Siempre llegamos al misterio del individuo. El individuo, en sí mismo, es un resultado evidente de la eficacia, aunque sea nido de contradicciones. Es el único límite eficaz del

* No puede negarse la influencia de la máquina de fabricar palabras que patentó Don Miguel de Unamuno, tío de Don Q. (Nota del autor.)

algo así como "que la cantidad... —No. ¡Ah! ¡Ya sé!— Que el infinito era cuantitativo, aunque necesariamente esférico, pero reversible a partir de un ojo u ombligo que estaba en todos los puntos cuantificables de una esfera en reversión infinita. Y que un buen ejemplo era nuestro universo: a cualquier punto que se asome uno, se contemplan esferas tan completas, como la primera, a modo de pompas de jabón (este símil se me ocurrió a mí para inexplicar la ocurrencia), que crecen lo mismo para afuera, que para adentro, y para todos los rumbos de la esfera al mismo tiempo, igual en lo grande, como en lo pequeño. Y lo que es más, repitiendo el fenómeno ¡en cada una de las esferas!

Como le dijera que no entendía yo ni papa, me dijo que eso no se podía explicar con palabras, sino con música. Y en una flauta de carrizo intentó reproducirme pasajes sinfónicos de Beethoven. No sé si la Quinta, o la Novena. A lo mejor fue algún cuarteto o sonata. De cualquier modo no entendí ni lo que me dijo, ni lo que me tocó. Insistía, al tocar la flauta y querer hablar, ¡al mismo tiempo!, de la "progresión infinita del desdoblamiento de las esferas que se recogen sobre sí mismas". De donde concluía, no sé por qué, que el infinito era necesariamente temporal, o que el tiempo era convenientemente esférico y particularmente ¡desdoblante! (¡sopla!)

CAPÍTULO II

SOBRE LA YOEIDAD, EL OMBLIGO DEL INFINITO, LA ESFERICIDAD DEL LOGOS, LA REDONDEZ DE LA MUSICA, EL VIENTO Y LAS TINIEBLAS Y OTROS DETALLES IMPORTANTES SOBRE LA PERDIDA DE LA MEMORIA, LA PLENITUD HERMETICA Y ETERNA DEL LOGOS Y LA SOLEDAD DEL VERBO

Cuando le dije que no entendía sus palabras, me contestó muy sonriente:

"Querido Pepe" (cuando me decía "querido Pepe" con ese tonillo protector, creo que, o se burlaba de mí, o me despreciaba cariñosamente)... "Querido Pepe, oye mis palabras como música, por eso te las digo a través de la flauta de carrizo".

"Hay ocasiones —añadía— en que el Logos sólo es música. No trates de entenderlo en una serie lineal; gózalo en su plenitud esférica. El logos en el fondo no está hecho de una y otra palabra que se van juntando y que cada una tuviera su sentido. No. El Logos es un totalidad esférica que debes gozar como la música; es una esfera que se integra en el tiempo. Espérate a que transcurra el tiempo del Logos para que lo puedas gozar en su completa esfericidad. De otra manera estás confundiendo las cuentas con el rosario. Que el tiempo —me decía— no te haga su esclavo. Te hará viejo, eso sí, pero

que no se apodere de ti. Que no te venza la transitoriedad. Apodérate del sentido esférico de las cosas, especialmente dos: el Logos y la música. Vence al tiempo con la plenitud esférica de tu memoria (no puede uno menos que reconocer que el tipo era soberbio). La memoria —me decía—, es el anti-tiempo. Es un recurso más inteligente que la inteligencia. Quién sabe a quién se le ocurriría dotar de memoria al ser. Pero en el momento en que apareció la memoria, apareció el *yo*. Lo demás fue, tan sólo, un problema de soberbia y algunas otras cosas. De ese modo —me decía— se llegó a la yoeidad.

"Aprovéchate de tu memoria mientras la tengas, pues cuando de ella carezcas, te olvidarás de ti mismo". (Al decirlo soplaba sugiriendo un huracán que todo se lo llevara en la obscuridad, y al final casi gritaba: ¡Yohali Ehecatl! ¡Viento y tinieblas!)

"Aprovéchate de tu memoria para captar la plena unidad esférica de la música y para que las notas no te goteen una a una, sacrificadas al tránsito: espera recibir todas y acuérdate de todas. Entonces te inundará el Logos en toda su plenitud y te habrás burlado de ese fecundo caducador que es el tiempo."

(Como es natural, repetía ciertas expresiones con las que yo creo que se encariñaba; por ejemplo, esta de "fecundo caducador". La repetía con especial sonoridad a la combinación de la "c" fuerte, con la "d" suave. Tengo la impresión de que gozaba efectivamente las palabras como música y éstas le daban especial deleite. Las repetía varias veces y no sólo las decía y las oía; supongo que las pensaba y creo algo más: las paladeaba. Yo estimo que le sabían (de sabor, no de saber), a algo. Y que no estoy desencaminado en esa estimación, me lo indica el hecho de que vivía cada instante y cada detalle con todos los sentidos que de alguna manera pudieran captar algo.

Por ejemplo: las palabras. Aparentemente le proporcionaban una satisfacción intelectual, si las decía dialécticamente. Halagaban su memoria cuando a ella llegaban con oportunidad; pero además las decía en voz alta y, cuando le gustaban, no sólo se le hacían música, sino las degustaba, se las tragaba y muchas veces ¡se le indigestaban! Estoy haciendo muy largo este paréntesis —abuso—; pero de una buena vez quisiera dejar liquidado este asunto de las palabras: su inteligencia —decía— las captaba en su totalidad esférica. Cuando captaba esa totalidad, la llamaba "logos" "estoy en la plenitud hermética y eterna del Logos" —me decía ¡Logos Logos, Logos!— saboreaba la palabra. El Logos es permanente. Ni transcurre, ni necesita, estrictamente, de memoria, porque es el saldo de la recíproca anulación del tiempo y la memoria.

"Es —continuaba— el pensamiento tal y como resulta después de haber sido articulado, cuando ya no necesita que la palabra gotee y la memoria retenga. Es el pensamiento total, ya quieto, pleno y eterno. Es, tal vez, la forma en que los sabios y no los santos quieren entender a Dios. Logos, Logos, Logos".

Pero no por eso despreciaba a las palabras, palabras, palabras. No. Las palabras las vivía, en ocasiones con deleite y en otras con dolor. Aunque, claro está, que a muchas era indiferente. Pensaba en cada instante en las palabras. "Estas sí —decía— están puestas en el fluir del tiempo. Cada palabra, cada significación, en sí misma suelta e incompleta, tiene una insuficiente belleza propia, destinada a combinarse con otras para ganarse el derecho al Logos. Mientras las palabras no llegan al Logos, son simples penitentes imperfectos que lloran en el Valle de Lágrimas o con vistas a su condenación final. Las palabras —decía— se parecen demasiado a mí. Tienen la misma falsa plenitud. Son falaces transitoriedades que aspiran al Logos, como los santos y los locos aspiran al cielo.

"El verbo —me dijo alguna vez cuando quise que estableciera distingos— (sin duda soy un mal aspirante a escolástico), es otra cosa. El verbo es voluntad, es responsabilidad, es comportamiento. Con él nos salvamos o condenamos. El

verbo es la única e íntima responsabilidad de hombre". Y me decía en un tono dramático que espero fuera muy sincero: "¡El verbo es la íntima soledad del hombre!" Es el propio universo de su voluntad y su conducta. Por el verbo, el hombre es bueno o es malo. El verbo es el hacer, el qué hacer, el deber hacer. El único compromiso del *yo* con su deidad. ¡Por el verbo el hombre está solo ante sí mismo, libre de Dios, solo, solo, endemoniadamente solo!

Capítulo III

UN PARENTESIS SOBRE LA FASCINACION DE LAS PALABRAS, Y AQUELLA QUE ES LA MAS HERMOSA

Sí. Le gustaban las palabras por su sonido, por su representación y por su significado. Cuando se reunían las tres cosas, los tres gustos de las palabras, era casi feliz. Supongo que la palabra que más le gustaba era una palabra india, náhuatl. Esa palabra era "Teuhtlampa": Teu-h-tlam-pa... Teu-h-tlampa... Misteriosa, musical, deliciosa, hermosa. Creo que significa firmamento, en la medida que por él se extienden las esferas y habitan o transcurren los dioses. Le fascinaba oírla y decirla: Teuhtlampa. Pensarla. Gozarla: Teuhtlampa. En su seca soledad, le gustaba. Pero calificada por el castellano, también le gustaba como producto mestizo: "inmensidad del Teuhtlampa", "profundidad del Teuhtlampa", "el Teuhtlampa infinito"... —"Es la palabra más hermosa que ha inventado la garganta humana —me confiaba, y añadía—: Afortunadamente su suprema hermosura musical, corresponde a su representación: La entendí —me dijo— una noche que estaba acostado con la cara hacia el Teuhtlampa, mi espalda sólidamente apoyada en la curvatura de la tierra *, amorosamente pegado a su solidez, confiado y quieto. Veía a las estrellas —otra hermosa palabra—; la mancha alargada y so-

Antoine de Saint Exupery, primo de Don Q, tuvo una experiencia parecida. (Nota del autor.)

berana de la Vía Láctea; la profundidad helada de las tinieblas, y de pronto, a fuerza de mirar cada vez más hondo, de toda la inmensa profundidad del Teuhtlampa, me llegó una vibración constante, la presencia del universo, el sentido de las estrellas, más, muchas más de las que veía; más, muchas más en la obscuridad. Eran presencia, eran música quieta y presente, hecha de esferas y galaxias, con las que comulgué acostado sobre mi amada tierra. Y fui humilde y soberbio. Fui sombra y nube, luz y tinieblas. Estuve en la mitad de todas las cosas; fui alguien en la insondable inmensidad. Fui un punto quieto y referido a un sistema que me penetraba y que en su equilibrio me permitía gozar con la espalda, la curva de mi tierra, y con los ojos y mi piel, la profunda inmensidad vibrante del Teuhtlampa". "Fue una hermosa noche" —me dijo en plan de confidencia—. Una de las hermosas noches que he pasado en mi vida. Ya te contaré de otras que se pueden contar." Y todavía concluyó: "Si el sonido y la representación del Teuhtlampa corresponden a la hermosura, el significado, en su plenitud, se acerca mucho al logos y es casi Dios."

Con esto justificó su preferencia y yo me quedé pensando si conocía alguna palabra más hermosa, y tuve que contestarme que ni siquiera se me había ocurrido formular un juicio sobre la hermosura de las palabras, y menos sobre la más hermosa. Y en mi reconocida mediocridad, que se me impone ante la determinada decisión de Don Q, pienso con humillación que no he llegado a la condición de producirme sobre la palabra más hermosa. Analizo muchas, y antes de concluir algo, me parece estúpida la empresa y la dejo en la indefinición. Qué me importa cuál sea la palabra más hermosa. Sin embargo, reflexiono en que es bueno que alguien tenga tiempo y preocupación en plantear estas cuestiones innecesarias: ¿Cuál es la palabra más hermosa que conoces? (Ahora sí cierro el paréntesis.)

Capítulo IV

DE LOS CAJONES CON GUSANOS VERDES, LA PROPIEDAD DINAMICA DEL PROPONERSE UNO A UNO MISMO COMO MOTIVO DE REFLEXION, Y MAS EXCESOS SOBRE LA MEMORIA

Si mal no recuerdo, antes de este excesivo paréntesis, estábamos en la memoria. Fue un largo paréntesis para acreditar la sensibilidad de Don Q, que mucho he de insistir en ello, era tal vez, más que nada, un poeta trascendido. Confundía frecuentemente la belleza con la verdad y armaba cada lío que se enchina el cuerpo. Pegado a una pista hermosa, predicaba su descubrimiento como si fuera verdad y se aferraba a consideraciones estéticas como si fueran ontológicas o lógicas, o dialécticas. Era curioso contemplarlo en sus momentos de "penetración", como los llamaba. Creo que la mayor parte de sus absurdos errores derivaban precisamente de que nunca se decidió a buscar sólo la belleza o sólo la verdad, por lo menos, no al mismo tiempo. Cuando le hice esta observación, me miró con una triste rabia y me dijo:

"Correspondes al tipo de los enterradores. Te gusta encajonarlo todo y sepultarlo, en la tierra o en las gavetas, no importa. Cuando abras tus cochinos cajones los vas a encontrar llenos de gusanos verdosos, amoratados y viscosos. A mí qué demonios me importa si lo que me pasa es estético, ético u ontológico. Simplemente me sucede. Odio los gusanos, los mismos gusanos que van a convertir tus sesos en una horrible gusanera viscosa encerrada en la caja de tu cráneo."

Qué curioso —pensé yo, sin saber por qué— que pueda pensar con los sesos, que algún día los mismos sesos se van a convertir en gusanos, y, sin querer, me di cuenta que estaba incurriendo en lo que, ya dije, llamaba Don Q "la propiedad dinámica del proponerse uno a uno mismo como motivo de reflexión". No me atreví a decírselo, porque hubiera inmediatamente sacado conclusiones muy desagradables. Pero me quedé con la inquietud de imaginarme mi calavera llena de gusanos, y lo que es peor, pestilente. Creo que estos temas de meditación han de ser los que se proponen los cartujos. No puede negarse que son temas muy desagradables. Precisamente por esas sugestiones, huía yo de la presencia de Don Q, a quien, tengo que decirlo, no aguantaba yo mucho tiempo. Por lo menos, me cansaba.

Eso de la memoria creo yo que es muy importante. ¿No les parece? No creo que sea descubrimiento de Don Q. Lo ha de haber leído por ahí y me vino a impresionar. ¡La memoria! ¡La memoria es el anti-tiempo! Tiene razón, creo yo. ¿Qué sería de mi responsabilidad sin mi memoria? ¿Podría yo pecar o arrepentirme? (Qué fácil es hacerle al Don Q, y seguir por mi propia cuenta.) Efectivamente: la memoria permite vivir en el presente y darse cuenta de que es presente, anulando el transcurrir. ¡Claro! Ahora entiendo por qué Don Q me dijo un día:

"La piedra inerte es a la escultura, lo que la memoria a la música. La materia de la música es la memoria, mucho más que el sonido, que es un simple pretexto. ¿Qué habría si no nos acordáramos? ¿Qué seríamos si no supiéramos qué sabemos, o qué no sabemos?"

"Mi yoeidad —solía decir Don Q— es memoria y voluntad". Y me dijo, aunque lo procuré olvidar, pero ahora precisamente lo recuerdo: "Quien quiera que sea Dios, necesita que alguien lo recuerde, por eso creó a los hombres. Y añadió: "Les dio memoria para existir, voluntad para conducirse, y libertad para olvidarlo. La voluntad y la libertad están entre sí amarradas, en el fondo son la misma cosa. Cuando las piensas como una sola cosa, se llama "res-pon-sa-bi-li-dad". (Apartaba las sílabas de esta palabra en forma chocante, como chocante era, entonces, su cara casi de moralista.)

Sobre la famosa responsabilidad, decía muchas cosas que procuraré recordar en mejor ocasión.

De lo que sí quedé convencido, fue acerca de esa cuestión: ¡Qué gran cosa es la memoria! Imagínense un mundo sin memoria. ¡Imposible! Porque —y esta es una conclusión que seguramente habría sacado Don Q por alguna cosa que me dijo—. Imposible; porque la imaginación es la memoria al revés, proyectada al futuro, anuladora, por lo menos parcialmente, del transcurrir. "Memoria e imaginación —me dijo Don Q— son las grandes absorsoras del tiempo, el pasado y el futuro. Gracias a memoria e imaginación, puedes vivir sabrosamente el presente. Más aún, sin ellas, no habría presente. Todo sería un mazacote que haría imposible mi yoeidad". Y en forma francamente ofensiva, añadió agresivo: "Y sería imposible hasta la ceniza sequedad de tu solemne licenciatura, tu ridículo yo, mi querido Pepe Seco".

Por alguna razón que desconozco y a pesar de que estoy cierto que le gustaba dialogar conmigo, le molestaba profundamente mi personalidad: mi edad, las bolsas debajo de mis ojos, la escasez de mi pelo; pero particularmente mi título profesional: no soportaba que fuera yo Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Siempre que podía, y aun cuando no se pudiera, por ejemplo, cuando se agotaba un tema de conversación, me decía en distintos tonos, pero casi siempre en forma despectiva: "Pues bien, mi querido Licenciado Pepe Seco". O también: "Con que éste es el gran licenciado Pepe Seco", y algunas otras expresiones de este tipo, de las que yo no quiero acordarme, por manifiestamente desagradables. Además, creo yo, esta es una cosa poco interesante.

Capítulo V

ACERCA DE LA SATURACION UNIVERSAL DE LOS INFINITOS, GENERADORA DEL TIEMPO Y ESPACIO, LA NECESARIA IMPERFECCION DEL INFINITO. CON UN APENDICE SOBRE EL RITMO DE LA MARCHA Y LA CAPTACION INTEGRAL DE NUESTRO MUNDO REDONDO, AZUL Y MARAVILLOSO

Interesante es, en cambio (supongo), esto que sigue y que nada tiene que ver con mi título profesional:

"Existe un principio —me dijo en cierta ocasión Don Q— que yo llamo de la saturación universal de los infinitos, que explica y hace posible tanto el tiempo como el espacio. Eso se puede explicar de mejor manera con un dibujo". Y me lo hizo: Era un ocho acostado, cuyos contornos en la parte baja y de uno de los círculos del ocho y en forma ininterrumpida, se metían en forma de brazo que terminaba en una mano cuyo índice y pulgar quedaban arriba y abajo de la línea superior del ocho. Igual en el otro lado, en el que los contornos correspondían a dos brazos con dos manos, una arriba y una abajo, con índices que sostenían un reloj de arena cuya línea media tocaba también la parte superior del ocho correspondiente. Como verán ustedes, una descripción absolutamente incomprensible. Sólo viéndola. Estoy seguro que no entendieron la descripción del dibujo, como estoy seguro que tampoco van a entender la explicación oral de lo que gráficamente pretendía significar, entre otras razones porque sin

duda yo tampoco lo entendí muy bien y tengo que confiar en mi flaca memoria y mi ya escaso entendimiento. En fin, consignaré lo que pueda, confiado en que su capacidad de comprensión va a suplir mis notorias incapacidades de transmisión.

"Desde que me di cuenta de las cosas, me ha inquietado el misterio del tiempo y el espacio, dimensiones que condicionan nuestro existir como un transcurrir —me empezó a explicar Don Q, con la profunda seriedad con que hablaba de sus temas favoritos. Transcurrir es la mejor manera de vaciar el espacio en el tiempo, mediante el principio de la saturación de que te he hablado: Es la primer consecuencia limitante —añadió— de la constante transformación de las imperfecciones infinitas. Porque las cosas son imperfectas, son distintas; porque son distintas hay espacio, y porque se transforman hay tiempo. Eso es lo que yo llamo —añadió con gran seriedad— el peso específico de la imperfección, cuyo más grave defecto es la infinidad, que es la ausencia total de lo absoluto".

"Don Q —le dije desesperado—, ¡no le entiendo nada!"

"No te desesperes —me contestó— aguarda a que termine para que te des cuenta de que yo tampoco. Pero te va a interesar, —concluyó con una enigmática sonrisa.

"Mira —me dijo—, a donde quiera que voltees la cara y profundices, encuentras algo que no tiene fin. La profundidad es una constante e inacabable posibilidad. Lo grave está en que el infinito se encuentra en lo grande, en lo pequeño y lo que está en las dos mitades. Lo mismo en esto (y separó pulgar de índice), que en esto (y separó ambos brazos), que en toda la redondez de la tierra (e hizo un gesto sugestivo). En donde quiera cabe el infinito. El mismo no tener fin está en todas partes. Y es entonces cuando ocurre el principio de la saturación de infinitos. Como tanto aquí como acá, como allá (y volvió a hacer los gestos correspondientes) hay infinitos, acabas por entender que los infinitos se saturan y sobreponen

y entonces ocurre el espacio y transcurre el tiempo, posible ante la continua saturación de que te hablo. Precisamente porque todos los infinitos se saturan, hay distancia y hay momentos. Tan infinito es el pulgar, como el índice, como el espacio que los separa. Se saturan y entonces puedes entender los finitos.

"No entiendo exactamente por qué —añadió con una expresión de extrema concentración—; pero como el constante imperfecto es el infinito, lo puedes cortar como de hecho constantemente se corta, y tienes entonces pedazos convencionales de infinitos con forma finita y todo. Si yo fuera matemático —añadió muy serio— estoy seguro que encontraría la fórmula de la saturación con la que el universo me entregaría su máximo secreto: la identidad de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, en cuya exacta mitad se encuentra el hombre. Con esta fórmula pienso que podríamos encontrar la saturación de las grandes distancias, con lo que llegaríamos, además a la infinita aceleración, tal, que podríamos estar quietos en cualquier punto del universo. Algún día, en alguna parte (problema de tiempo y espacio), alguien encontrará las técnicas para aplicar el principio de la saturación de infinitos. Tal vez entonces ese alguien, si es hombre, va a estar tan aburrido que tendrá que crear alguna otra combinación."

Tengo la sospecha de que Don Q no estaba muy convencido, o no entendía del todo lo que decía, o que no había penetrado bien en la entraña del asunto aquel, o que no me lo supo explicar bien. También es posible que yo no lo haya entendido y por eso no lo puedo transmitir. Creo que somos vasos limitados que sólo retenemos y en consecuencia podemos trasladar, lo que literalmente nos llena. Y ese tema, evidentemente, es demasiado, no sólo para mí, sino para el mismo Don Q, en su increíble pretensión. Tendrían ustedes que ver el dibujo de Don Q. No deja de ser interesante en su sencillez. Francamente es más comprensible que lo que les acabo de decir.

A este propósito Don Q siempre recordaba una expresión de Beethoven: "La música es una revelación más alta que la filosofía". Insistía y hasta llegó a realizar algún experimento en desarrollar un mismo tema con diversos medios de expresión, especialmente letras, pintura y música. Y aunque había obvias correspondencias, había temas que evidentemente eran expresados de mejor manera con alguno de los medios de expresión. Yo creo que hubiera querido ser un artista polifacético para trasladar las cuestiones que le importaban de una a otra arte, en busca de la expresión perfecta que, decía, tal vez resultaría la simultánea captación del tema por todos los medios de expresión, mediante la integral recepción de todos los sentidos. Ese asunto se le ocurrió, me dijo, una noche que descendía de la Sierra de Oaxaca rumbo al Istmo de Tehuantepec.

"Capté el paisaje nocturno —me decía— con todos mis sentidos. Fue otra noche inolvidable de mi vida. Noche plena. Había marchado todo el día; se hizo noche y salió una hermosa, primero enrojecida y después plateada luna del trópico. Haz de saber, mi querido José, que a mí el ritmo elemental de la marcha me produce un efecto casi hipnótico. Después de caminar horas y horas, acabo flotando: casi ingrávido, me desplazo por mi mundo, esta hermosa esfera azul llena de vida, con toda felicidad. Caminando pierdo el peso. El uno-dos repetido una y otra vez, sostenido, invariable, me va diluyendo en el ambiente y ya no sé si termino en mi piel o mi conciencia se engloba con el horizonte. No sé exactamente cuál es mi límite. Tan sólo me doy cuenta del centro de mi conciencia; pero no pienso, sólo vivo y camino. Uno-dos, uno-dos. Uno-dos. Esa caída interrumpida con cada paso. El rítmico reconocimiento de la gravidez de la tierra y la majestad del paso. ¡Qué hermoso es caminar! ¡Qué privilegio! Uno-dos, uno-dos, uno-dos. Desplazarse, convertir tus músculos en paisaje. Sentir el latir del corazón como un contra-ritmo del de tu paso. Uno-dos. Uno-dos. Ir midiendo la redondez de la tierra. Irte sembrando y desarraigando en cada paso. Acabo por identificarme con el ambiente.

"Aquella noche, de manera muy especial me había hipnotizado el ritmo de mi paso. Tanto, que se hizo noche y seguí caminando. Fue entonces cuando todos mis sentidos me llevaron, por sus distintos canales, un mismo tema nocturno: la luna, a fuerza de caer sobre el paisaje, de ser vista, empezó a ser respirada en la fragancia tropical; la fragancia se hizo música en el agua del río Tehuantepec que bajaba de la sierra reflejando los rayos de la luna; su agua que tibia y suave, me acariciaba cuando tenía que vadearlo, y mis propias piernas, añadían notas al canto del río. Al pasar por un enorme árbol de mango, arranqué uno rotundo y carnoso, como pecho de tehuana. Y así, al morderlo, me iba comiendo el paisaje. Todo al mismo tiempo, José, todo: la vista, los oídos, la piel, el olfato, el gusto. ¡Todo al mismo tiempo! El mismo tema expresado de modo distinto; pero identificado, integrado en aquella inolvidable noche en la que sentí, con el más grande y salvaje de los júbilos, lo que era existir, ser joven, ser fuerte y poder caminar al ritmo que nos permite nuestro mundo, redondo y maravilloso...

Capítulo VI

DE COMO DON Q DESCIENDE DEL TEUHTLAMPA Y SE INICIA EL RELATO DEL SUICIDIO FRUSTRADO POR UN CHORRO DE ATOLE, A MODO DEL CUENTO DE LA BUENA PIPA

Por lo que acabo de contar, se entenderá que Don Q, no sólo se interesaba por las cosas del Teuhtlampa y sus anexidades; ni que fuera un tipo exclusivamente trascendental metido siempre en las profundidades del firmamento y enredándose a cada paso en y con el infinito. No, también descendía a la tierra y amaba entrañablemente la vida, y era humano. Hasta sabía estar en la compañía de los hombres.

"¿No te he contado —me preguntó una vez— cómo pude evitar que un joven torturado se suicidara? Me valí de un chorro de atole. Las cosas te las contaré como si hubieran sucedido en un tiempo comprensible para ti; más que comprensible, que no es la expresión, porque son cosas sencillas, diré un tiempo familiar para ti. Ocurrieron así:

"Estaba yo oyendo música, como lo hago todos los días y a distintas horas. Has de saber que mi vida está llena de música: la oigo con los oídos, la veo con los ojos; ciertos pasajes me llegan directamente a la caja torácica y algunos a lo que, no sé por qué, llaman la boca del estómago, y aun a otras partes que no son para dichas. Pero estas son frivolidades. Vamos al asunto:

"Era de noche y llovía con relativa intensidad. Me gusta la lluvia. La amo profundamente. Tú sabes que nunca me

protejo de ella. No soy como tú que usas impermeables y sombreros. Tú nunca la afrontas. Yo sí. Me gusta ver las nubes grises, panzonas de agua, imaginarme cómo revientan. Levanto la cara tratando de ver el trayecto de la gota que me va a caer en el ojo o que me va a escurrir por los cachetes. (Qué fea palabra ¡cachetes!, ¡lástima que mejilla sea tan cursi!)

(Abro un paréntesis para hacer constar que me desconcertaba este Don Q con sus inesperadas salidas de cuadro. Perdónenme ustedes, pero estoy tratando de reproducir su conversación. Estén ustedes prevenidos. Yo, por mi parte, procuraré no interrumpir. Que el desconcierto, si a ustedes les desconcierta, porque a lo mejor no, corra por su cuenta. Cierro.)

"Llovía, y el ritmo de la lluvia desconcertaba, me acuerdo bien, el concierto para Cuatro Pianos de Vivaldi. No sabía yo a qué ritmo acudir, cuando llegó a mi casa el flaco Albert, con su cultivado tipo de alemán, aunque insoportablemente bien peinado. Venía escurriendo agua, como perro callejero, y, también como perro, llegó jadeando. Creí ver hasta alguna irritación en sus ojos, a lo mejor eran gotas de lluvia. Lo que sí me dí cuenta, es de que estaba desconcertado, hasta pálido. Me dio su mano para saludarme y jalarme. Era una mano larga, huesuda y un poco blanda, de esas manos que al apretarlas, parece que las exprimes. En este caso, estaban frías y mojadas. ¡Vaya!, pensé. La lluvia moja a todos. Hasta al bien peinado de Albert. Nunca me hubiera imaginado que la lluvia lo mojara. Acepté el hecho de que su mano estuviera mojada y fría, con toda naturalidad. Ni siquiera traté de resistir su jalón, pues venía tan asustado que no quise molestarlo safándome, como otras veces lo hacía cuando estaba borracho. (Le sudaban las manos cuando bebía cerveza; entonces eran húmedas y pegajosas. ¡Insoportables!)"

(Abro un paréntesis, perdónenme. ¿A qué viene este largo preámbulo de música, lluvia, manos, etc.? Se trataba de contarme cómo salvó una vida con un chorro de atole, y todavía no sabemos del principio. Pero Don Q era así: a veces

sólo hablaba de su yoeidad, del viento, las tinieblas, Yohali-Ehecatl, el nombre más terrible que hombre alguno haya puesto a la Divinidad. Ya volveremos sobre esto. Pero cuando se soltaba hablando de cosas de este mundo, era interminablemente minucioso. Me atrevo a seguirlos molestando, tan sólo para qué se formen una idea completa de lo que era este ser tan raro que respondiera al nombre de Don Q. Cierro.)

"Este Albert, por cierto —continuó—, era hijo de alemán y mexicana; pero cultivaba francamente el tipo alemán. Asumía, siempre que podía, actitudes inteligentes. Había aprendido, incluso, una muy bien lograda expresión de seriedad inteligente, en especial cuando discutíamos el que llamaré Don Lu y yo sobre nuestras respectivas yoeidades. Pero no te voy a fatigar hablándote demasiado de este flaco y excelente bebedor de cerveza. Por cierto que bebía cerveza para acreditar su alemanidad. Me acuerdo bien de él: flaco, flaco, y bebe y bebe. Cuando se emborrachaba, además de sudarle las manos, como ya te dije, se ponía a cantar la canción de la pulga (tengo la impresión de que le había puesto música, confieso que no demasiado desagradable, a la canción que cantan los alegres camaradas en una de las primeras escenas del Fausto de Goethe). Cuando cantaba fingiendo una voz de bajo que de ningún modo era natural, pues se ahogaba con frecuencia, quería decir que al muy poco tiempo iba a vomitar, lo que hacía espontáneamente y con gran estrépito."

(Abro un paréntesis: ¿Y el suicidio? ¿Y el atole? Se le habían olvidado, me preguntaba yo; pero no, continuaba como sigue.) (Cierro.)

"En esa ocasión venía casi sobrio y no le sudaban las manos. De ninguna manera cantaba, aunque traía cara de vómito. Si te he de decir la verdad, nunca me llegó a simpatizar el flaco Albert. (¿Y a mí qué me importa?, me pregunto, aunque no se lo dije, pues hubiera acabado la conversación. Don Q era muy susceptible.)

"Me tomó la mano y me dijo alterado y sin 'agastrag

las egues que el flaco agastgaba', cuando cultivaba su alemanidad.

" 'Q' (él no me llamaba Don Q como tú —me aclaró—. Entonces nadie me decía Don Q. Era yo simplemente Q, aunque debo aclarar que no por eso estaba menos metido en mi yoeidad)".

"—Q —me dijo—. Lu (tampoco le decía "don" a Lu) se va a matar hoy antes de las 12. Ni Ugartechea ni yo lo podemos convencer de que no se suicide. Tienes que ir tú y convencerlo".

Don Q abrió un paréntesis con su tono de voz, para explicarme quién era Ugartechea: "Obviamente era un vasco auténtico, sólo que éste era bruto como un auténtico peñasco de los Pirineos. Pero, debo decírtelo, era muy bueno."

(Ahora el que abre el paréntesis soy yo, pues contemplé con escalofrío que iba a interrumpir el cuento del suicidio y el atole para contarme de Ugartechea. Para evitar escribir ese nombre, le voy a decir, simplemente "Ug". Corresponderá, creo yo, a su brutalidad y sencillez. Cuando aquí ponga Ug, se entenderá que Don Q decía con toda su boca, lentamente, sabrosamente. U-gar-te-chea. Cierro.) Y sigo con el paréntesis de Don Q.

Capítulo VII

ALGO ACERCA DE UG, LA CREENCIA EN LA CREACION. OTRA VEZ LOGOS, VERBO Y LITERATURA Y SE INFRINGE LA LEYENDA DEL PAN, DE UN AUTOR ANONIMO DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

"Ug era muy bueno. Para que te des una idea de lo bueno que era, y además, estés en antecedentes de algunos de los personajes que intervienen en estas sencillas cosas que te estoy contando..."

(Abro paréntesis: ¿por qué, me pregunto, me subrayaba tanto lo de las cosas sencillas, como si se apenara de contarme cosas que suceden a los mortales en su vida de relación? Tal parece que sólo le satisficiera hablar de "trascendentalidades abismáticas o cósmicas", como alguna vez las calificó, y recuerdo que entonces observé la satisfacción que sentía por las esdrújulas. Alguna vez, inclusive, llegó a decir "infínito". No creo que valga la pena que me siga ocupando de estas cosas enfáticas. Cierro.)

"...te relataré la 'Leyenda del Pan', que este Ug inspiró tal y como fue recogida e interpretada por un cronista contemporáneo".

Y empezó así: (Pero antes abro un paréntesis pidiendo perdón por molestarlos con estas interrupciones; creo tener derecho a expresar mis dudas y formular observaciones. Advierto con verdadero terror y desde luego mantengo el escalofrío, que Don Q nos infringirá una muy larga distracción del objeto principal de este relato. Nos va a soplar la Leyenda

del Pan, escrita por un cronista anónimo. ¿Por qué ese afán, digo yo, de retardar el relato sencillo, sucinto de los hechos que motivaron su decisiva intervención para evitar un suicidio con un chorro de atole? ¿Por qué no se ciñe a lo que los abogados procesalistas llamamos un sumario? Yo creo que, en el fondo, se apenaba de ocuparse de hechos humanos y no de esencias trascendentales y por eso distraía la conclusión del relato que, estoy seguro, les va a parecer una babosada, después de tanto circunloquio y paréntesis. Otras veces he supuesto que Don Q pretendía incursionar por los vericuetos del relato literario que, no sé por qué, creo él creía (qué expresión tan rara: creer que se cree. Nunca le sugerí a Don Q ese tema de reflexión: la creencia en las creencias: "creo que crees"; "creo que creías"; "creías que creo". Además tengo que observar dos cosas, que fonéticamente, la palabra "creo", creer, es brutalmente primitiva por su guturalidad; yo creo que fue de las primeras que se emplearon después de que se convinieron las que se refieren a las necesidades primarias.

La otra cosa que tenía que observar, ya se me olvidó. Hago un esfuerzo y me acuerdo: ¡Ah, sí! Creer, está, por lo menos en castellano, muy cerca de Crear, que también es palabra primitiva. Y a lo mejor resulta que creencia y creaciones están también muy cerca: La creación de las creencias, la creencia en la creación. ¡Cuántos temas de reflexión trascendental perdidos para Don Q! Conque continúo mi paréntesis: Yo creo que él creía que la creación literaria era descomponer la esfera total del relato que a priori tiene el creador, en momentos circunstanciados e irreductibles, para hacer el tema privativo y originalmente suyo. O en otras palabras, y no se crea que esto se me está ocurriendo, no, de una u otra manera lo infiero de las conversaciones con Don Q, y a él lo responsabilizo de todo esto —yo soy demasiado serio para prestarme a estas reflexiones, por lo menos en forma espontánea—. Conque yo creo que él creía que la creación literaria consiste en coagular el tiempo existencial. (¿O tal vez la

existencialidad del tiempo?) En momentos irreductibles, procediendo al revés de como se llega al Logos según Don Q. Recuerden que Don Q creía que debe esperarse el transcurso de las palabras para lograr la plenitud esférica del Logos. En el caso de la literatura (y con esto se concluye pasmosamente el análisis sistemático Logos, palabra, verbo, literatura —que viene de letra—, el creador parte de la esfera total... No, no esfera, algo menos trescendental: el conocimiento global, eso es, global. El conocimiento global del tema para descomponerlo, mediante el relato, en palabras amarradas a un tiempo recreado, verdaderamente artificial, con el que la creación juega en forma verdaderamente arbitraria: "Hubo una vez, hace muchos, muchísimos años, un buen rey que tenía tres hijos...". Estos hijos nacen, crecen, son malos o vanidosos todos, menos el chiquito, se reproducen y mueren. Pero viven, en el relato y de algún modo, en un presente permanente, y saltan de una a otra edad y etc. ¿Ya ven ustedes cómo literatura es al revés del Logos? Descompone el globo en la recreación del tiempo. Recrea la existencia global en una serie sucesiva de momentos artificiales. "Es, en consecuencia, la trascendencia al revés" —hubiera dicho Don Q, estoy cierto—. Yo creo que en estas curiosas reflexiones, de las que no soy plenamente responsable, andan dándome vueltas, además de las influencias, que no siempre acepto y que, contra mi voluntad he recibido de Don Q, las ideas madres de Platón, o las Entelequias de Aristóteles. ¿No creen ustedes? Pensándolo más, estimo que la influencia de Don Q en estas reflexiones, deriva de algo que alguna vez me dijo, cuando discutíamos del problema de la evolución. (Yo, desde el punto de vista científico, apoyándome en las ideas de Teilhard de Chardin, y él desde su peculiar y absurdo punto de vista.) Me dijo:

("Yo estoy convencido, mi querido Pepe Seco, que cada cultura, y lo que es más, que cada especie, tiene un dios literario". En aquel entonces supuse que era una observación frívola y puramente poética. Ahora, que me ha madurado la

observación, como es evidente, me parece que era una más de las trascendentalidades de Don Q, sólo que al revés. Ya no recuerdo si debo cerrar paréntesis. Como supongo que sí, cierro.)

Siguiendo con nuestro tantas veces interrumpido relato, tengo la remota impresión de que estábamos nada menos en lo que Don Q llamó, con esa su tendencia a la importancia, "La Leyenda del Pan", para ilustrar no sé si la bondad o idiotez de Ug y fijar algunas características iniciales de Don Lu. Se trata, como ustedes lo advertirán en breve, de un relato primitivo, reiterativo e ingenuo, de un estilo dudoso que puede atribuirse a los cronistas anónimos del primer tercio del Siglo XX, todavía no bien investigado por la gran cantidad de material acumulado, que requerirá de mucho tiempo para clasificarse, tiempo en el que, por cierto, se acumulará todavía mayor cantidad de material, de donde se sigue lo gigantesco de una tarea que sólo podrán emprender los tiempos futuros que, estoy seguro, inventarán máquinas electrónicas paleontolíticas, para buscar en las bibliotecas y en los basureros "la sublimación de la miseria intelectual y emotiva de todos los tiempos", en cuya acumulación geométrica creía Don Q, "para agobio de la esfera en que doy vueltas".

Conque, va la leyenda:

"Era un hombre legendario que ni siquiera reencarnó en diversos cuerpos. Era el mismo cuerpo y la misma alma que, invariables, asistían al tránsito de la Historia. El tiempo detuvo su marcha para ese cuerpo y esa alma y los fue cambiando de espacio y de generación, siempre iguales a sí mismos. Era el hijo de la tierra: El pan lo ganaba con el sudor y el sudor todavía ablandaba el barro de sus labios. Sí, porque era el mismo que entonces... y oraba y daba gracias también como entonces. Porque el pan se lo daba el Padre Sol y la Madre Tierra, y él era bueno y estaba bien con Dios. Y el pan es cosa rica: también es hijo de la tierra y mete el sol en nuestros cuerpos. Por ello el hombre legendario vive y su cuerpo y su alma son los mismos de hace miles y miles, y ni la Historia es capaz de quitarle el barro que se ablanda todavía con el sudor. Sigue dando gracias a la Madre tierra por su presente, y el buen Dios está contento y sus manos omnipotentes bendicen el pan de cada día. Y el Pan es sagrado.

"Aquel hombre era precisamente como te imaginas al hombre de la tierra que la acaricia con el arado y le hace florecer crujientes cabelleras de vida, ahora como antes, hace mucho tiempo, tanto que ya ni él mismo sabe cuánto".

(Siguen aquí algunos conceptos sobre la tradición, el cuerpo, el alma, la inmovilidad de la Historia y la bendición de Dios que con mi indiscutible carácter de transcriptor, omito, por estimarlos excesivamente literarios y reiterativos.) Continúa el relato así:

"Intentaré describírtelo (al hombre de la leyenda, esto es, en el fondo, nuestro Ug), aunque tú, tal vez, ya lo conoces. Era tosco, amasado a golpes de la Providencia, tosco, muy tosco; pero con la distinción del hace mucho tiempo; porque era muy antiguo, tanto, que ni él mismo se acordaba de cuando se desgajó de una roca de la montaña. Tenía unas manos que eran dos de las mías, enormes, fuertes, toscas, tal como deben ser las manos del que toma puños de tierra y los besa.

"Era bueno, muy bueno; tan sencillamente bueno, tan bondadosamente bueno, que muchos decían que era tonto, muy tonto. Pero yo sé que era bueno, con la sencilla e ingenua bondad de los tiempos de hace mucho tiempo. Y sé que era bueno porque un niño que me quería mucho y al que yo le contaba muchos cuentos, lo prefirió a él, sin apenas conocerlo, tan sólo porque lo tomaba en sus enormes manos y lo cargaba, y así se estaban inmóviles los dos muy buenos y tal vez muy felices. Y porque era bueno, era muy sano y muy fuerte y muy tosco. Y no era tonto, nada más era sencillo y ni su cuerpo ni su alma estaban lacerados por la inteligencia. Su mirada no era fría, ni instigadora, ni siquiera cerrada: todo el que podía,

veía, a través de sus ojos, ingenuos y leales, tiempos de hace mucho.

"Era bueno, sencillo, leal, tolerante y no podía decir mentiras. Comía muy bien y amaba a la tierra y al sol y a los animales y a los niños. Era, ya lo he dicho, tosco, aunque distinguido y sabía amar y luchar. Y también sabía llorar, como te lo voy a contar.

"Pero aquel hombre no estaba solo, y por no estarlo, fue una tragedia, una pequeña tragedia en que ni siquiera murió nadie... y tal vez por eso la cuento.

"No estaba solo, no. Estaba también otro, que tú sin duda conoces, porque es el que sabe burlarse de la bondad que dura miles y miles...

(Siguen aquí consideraciones reiterativas sobre la Bondad, Mefistófeles, la pureza, la sencillez, la envidia, la inferioridad, la destrucción, la burla y los desprecios, narrados con una convicción tan sospechosa por parte de Don Q, que tengo la impresión de que conocía al cronista anónimo. No las reproduzco, porque carecen de interés para las complicaciones críticas de nuestros tiempos contemporáneos.) Continuó la narración:

"...estaba ese amigo, y también yo, el espectador, que en ocasiones hacía las veces de coro.

"Comíamos y la vieja sirviente nos servía.

"Y llegó el pan y el pan estaba duro.

"El amigo dijo: ¡Puf! ¡Qué porquería! ¡Vieja estúpida! ¡Este pan está más duro que tu cabeza y es por lo menos de tu edad! ¡A quién se le ocurre dármelo. Tan sólo traérmelo es injuriar la delicadeza de mi paladar!

"Dijo, y arrojó el pan, con desdén, al suelo.

"El hombre legendario palideció y la niebla del tiempo veló sus ojos cuando dijo: ¡No tires el pan! ¡Es sagrado!

"La vieja sirviente se fue mascullando lo que una vieja sirviente masculla en esas ocasiones. El hombre bueno recogió el pan y con sus enormes manos lo limpió del polvo.

"En el espíritu del amigo, penetró la burla:

"¡No seas bruto, ni ridículo! ¡El pan! ¡Bah! ¡Esa porquería hecha de tierra y llena de sudor! ¡Puf! ¡Bendito! ¡Je, Je, Je! (exactamente tres veces "je" —dijo Don Q, en un tono francamente mefistofélico—, así: ¡Je! ¡Je! ¡Je!) —¡Bendito! No seas niño. El pan es un castigo de tu Dios desde que Eva, etc... Tener que comerlo y arrojarlo después para hacer esto que se llama vida y que come tierra para volver a la tierra después de pisar la tierra y soportar el sol. ¡Es estúpido! ¡El pan sagrado! ¡No seas bruto! Bueno, y qué opinas de un pan tan sagrado, que de tanto ser tierra es ya una piedra. ¡Bah! —dijo, y volvió a tirar el pan con más desdén todavía.

"El hombre bueno era ya todo leyenda y su cuerpo y su alma venían rodando desde hace mucho tiempo para enfrentarse con la Historia.

"Pálido ante el sacrilegio y tolerante en su sencilla sabiduría, volvió a recoger el pan, lo volvió a limpiar del polvo y repitió: ¡No tires el pan! ¡El pan es sagrado!

"Y el otro, fuera de sí, ya no pudo burlarse.

"¡Imbécil!, ¡ridículo! ¡Yo tiro el pan porque se me da la gana! ¡Lo tiro porque quiero y porque puedo! ¡Ahora lo tiro porque tú no quieres que lo tire! ¡Lo tiro porque no debo tirarlo! ¡Lo tiro, porque si es sagrado, yo quiero zurrarme en lo sagrado y me río de lo sagrado que me parece solemnemente estúpido! ¡Vaya! ¡Lo tiro porque lo tiro!

"Dijo, y otra vez arrojó el pan al suelo, sólo que ahora con tanta fuerza, que el pan endurecido se rompió y se hizo polvo.

"El hombre bueno enrojeció. Mudo y resignado recogió por tercera vez el pan hecho polvo y ya no lo limpió del polvo.

"Bajó la cabeza y de sus ojos empezaron a gotear dos lágrimas tan intensas y silenciosas como las de un viejo Cristo.

"Las lágrimas venían rodando desde el último ámbito de los tiempos.

"Y el enemigo enmudeció.

"Y hasta yo me sentí malvado.

"Y las lágrimas escurrieron por sus toscas mejillas, hasta caer en el polvo, que se hizo lodo..."

Así terminó este relato de Don Q, y debo dejar constancia de que estaba emocionado. Observo que es curioso que un personaje tan complicado como él, que hablaba cosas tan importantes y que con tanta seriedad se refería al dolor del universo, como después veremos, y a la muerte de miles, y al fracaso, la miseria, el hambre y otras cosas terribles, apenas sin inmutarse, se conmoviera con un relato como el que me atreví a consignar, porque lógicamente colijo que el hombre bueno y legendario debo identificarlo con Ug, y el amigo destructor, con Don Lu. No tengo duda. Me habría resistido a consignar el final del relato; pero creo que será ilustrativo por algo que inmediatamente después voy a decirles. El relato, en realidad, terminaba así:

"Desde entonces no he vuelto a saber nada del hombre legendario. Tal vez..."

Capítulo VIII

ACERCA DE LA CUASI SOLEMNIDAD ESCOLASTICA DEL AUTOR (PEPE), Y SIGUE EL RELATO DEL SUICIDIO FRUSTRADO POR UN CHORRO DE ATOLE, CON ALGUNAS NOTICIAS CURIOSAS SOBRE EL GRANIZO Y LA CONJUNCION DE PRINCIPIOS QUE ENTRE SI PROBABLEMENTE SE IGNOREN, Y OTROS EXCESOS DE INTEGRACION DIALECTICA

Así concluyó en realidad el relato. Ahora bien, en forma totalmente casual, vine a enterarme con el tiempo, aunque no podría jurarlo, pues fue una noticia muy vaga, que Ug, a quien para esta parte llamaré de nuevo Ugartechea, andando el tiempo casó con mujer rica, extranjera y extravagante, dueña de un hotel en algún lugar de Baja California, y que el tosco Ug administraba con éxito el bar y dormía durante el día en una hamaca y hasta era muy bien mimado por su esposa que, eso sí, no le soltaba dinero, por lo que parece ser que el bueno de Ug se iba sobre la caja del bar. Tal vez lo esté calumniando.

Había terminado Don Q uno de sus relatos intermedios, y no hemos podido avanzar mayormente en el relato aquél del suicidio y el atole. Nos hemos estado atorando en todos los ganchos de nuestras erizadas conversaciones y, debo confesarlo también, nos hemos detenido, seguramente con exceso por ésta mi tendencia a los paréntesis que ¡oh vergüenza! a veces lleno de paréntesis por falta de recursos narrativos. A

propósito de esta tendencia mía a los paréntesis, un día me dijo Don Q:

"Mi querido licenciado" (cuando me decía licenciado, sin mi nombre, me amenazaba algo sumamente desagradable, como en esa ocasión lo confirmé, van ustedes a ver). "Mi querido licenciado, lo que ocurre, es que usted padece de una cuasi solemnidad escolástica en su funesta y agresiva tendencia a los distingos y subdistingos que, no pudiendo expresar en grandes sorites, descompone usted en paréntesis porque, y esto es lo peor que le puede pasar a un cuasi escolástico, está usted en muy precaria condición: sin sistema y sin trascendencia, por lo que se tiene usted que conformar con los subproductos de mi conversación. O en otras palabras y para decírselo con el más erudito de mis desprecios: es usted un prospecto, mediocre por cierto, de glosador."

Claro está que no vamos a detenernos en consideraciones a mi carácter, ni en analizar la conmovedora Leyenda del Pan. Bastante hice con expurgarla de los excesos narrativos de Don Q, con lo que se demostró aquella su tesis (¿o fue paréntesis mío?) de que la literatura consiste en fabricar una dosis bastante arbitraria de momentos a partir de una idea global, distendiendo el a priori logístico (de logos) para comprimir después tiempos artificiales.

De la narración yo saqué una inmediata y rápida consecuencia: era evidente que Don Q me había querido pintar a un personaje estúpidamente bueno y a un personaje fuertemente inclinado a la grandilocuencia del mal, de corte mefistofélico, aunque, aparentemente, muy inmediato y sin demasiadas sutilezas.

Tenemos ya tres personajes además de Don Q: Albert, Ug y Don Lu. Creo que es todo lo que hemos sacado en claro de este cada vez más complicado proceso narrativo, en el que, sin plena conciencia de lo que hacía, me metí para descubrir o subrayar, mejor dicho, una afirmación casi inocente: la de que Don Q no sólo se interesaba por las cosas del

Teuhtlampa, sino, también, por las cosas de los hombres, y era bastante humano. Debí haberlo dicho sencillamente y ustedes me lo hubieran creído bajo mi palabra. En vez de ello quise poner un ejemplo que me ha venido llevando hasta límites difíciles de prever.

Hace muchas páginas nos habíamos quedado con que Don Q afirmaba que Ug era muy bueno. Pude a mi vez, habérselo creído; pero no tuve ocasión de manifestarle mi fe en sus palabras. En vez de ello, me endilgó la Leyenda del Pan, de la que ya les corrí traslado. Sabemos, pues, que Ug era muy bueno y casi bruto, y que ni él, ni Albert, podían convencer a Don Lu de que no se suicidara, como era su propósito hacerlo antes de las 12 de la noche del día al que el complicado Don Q se refería.

"Cuando salimos a la calle Albert y yo —continuó Don Q (ya se me había olvidado la participación de Albert)— seguía lloviendo con bastante insistencia. Como era de noche, no podía ver las nubes grises y panzonas. Cuando alzaba la cara, todas las gotas que en ella me caían me tomaban por sorpresa, pues no podía verlas, ya que de la obscuridad llegaban. A la sorpresa de las gotas, añadía yo una especial sensibilidad al suave chicotazo con que llegaban y descomponían su redondez y escurrían rumbo a mi cuello para evaporarse, más adentro, con el calor de mi cuerpo. En el trayecto, se calentaban". Y continuó:

"Siempre he logrado establecer una muy precisa relación entre el agua y mi cuerpo. ¿No te he contado —me dijo— cuando bajé del Ajusco en medio de una fuerte granizada?"

Tuve que confesar que no, que no me lo había contado.

"Me quité casi toda la ropa, menos la que el pudor y la comodidad de la marcha exigen; me la eché a la espalda, bien envuelta en la mochila para tenerla después seca, y empecé a bajar, corriendo, el Espinazo del Diablo" (yo supongo que el tal espinazo ha de ser un paraje de aquella montaña).

"El granizo, bastante grande, me azotaba con cierta fuer-

za y, al principio rebotaba en mi cabeza y en mi cuerpo, en medio de un júbilo recíproco muy peculiar (era evidente la alegría del granizo. Se le notaba en la forma de rebotar). Conforme me fue golpeando, empecé a dejar de sentir la impresión helada y me dí cuenta, por medio de mi piel, que los granizos son en rigor, gotas de agua, pues al poco rato algunos, al caer, se quedaban prendidos a mi piel, en ella se fundían y se escurrían con la misma delicada gravedad de una gota ordinaria. ¿No es extraordinario, mi querido Pepe, que eso ocurra en la naturaleza tan sólo por una conjunción de unos cuantos principios que entre sí se deben ignorar y algunas circunstancias que entre sí pueden coincidir?"

No entendí la pregunta, y como ya me había hecho el ánimo a que llevara el relato del suicidio frustrado en la forma que mejor le pareciera, tuve la delicadeza de preguntarle qué quería decir.

"¡Hombre, licenciado, qué falta de comprensión! Tú no te das cuenta de lo maravilloso que es existir y comprobar el encuentro de principios entre sí autónomos, pero destinados a mezclarse para crear infinidad de efectos, entre otros, poéticos:

"Hay un principio que ocurre en la panza de las nubes, en virtud del cual éstas, gaseosas, en un momento, o se licúan o se solidifican, y desde su altura ¡zas! se precipitan ciegamente sobre la superficie, ignorando a dónde van a caer. Piensa que tienen que estar preparadas para caer sobre cualquier cosa y disponer de un adecuado comportamiento para cada caso, porque es evidente que no es lo mismo que caigan en el mar, que en una roca, en una hoja o en un torso desnudo ¿No te parece? Y para cada evento tienen una peculiar respuesta, un comportamiento: o se funden, o confunden, o rebotan, o se rompen. Luego añade el problema adicional de los ángulos de golpeo que tienen sus propias leyes. Esto de las gotas es muy importante, tú no te das cuenta de ello. ¿No has visto llover en una lámina de agua, en un charco cualquiera? Cada gota origina ondas concéntricas que se alcanzan, se incluyen, reaccionan, se aplastan, se extienden, se agitan, les caen otras encima, llegan al límite de la lámina y ahí muere su efecto, por lo menos el perceptible para mis ojos, que no para mi imaginación.

"Alguna vez —añadió Don Q— se me ocurrió pensar que así era la Humanidad: una gran reserva de agua acumulativa, como transfondo de gotas individuales comunicadas a partir de su centro en combinaciones inacabables, incalculables, que llegaban a sus límites comprensibles y contra ellos rebotaban.

"Cuando me imagine eso, del fondo del charco creí ver, o mejor, me propuse ver, unas manos de hombre y mujer que sostenían un corazón, aparentemente gris, que se evaporaba y subía hacia las nubes que estaban lloviéndose.

"Ya ves qué ciego y poco trascendental eres. Para ti, la lluvia ha de ser, simplemente, un obstáculo más que tienes que vencer para ir al trabajo.

"No quiero aburrirte, porque te noto impaciente, lo veo en tus ojos un poco enturbiados. Has de querer que llegue pronto al suicidio. La muerte o su posibilidad sí que te conmueven. Sin duda por importante. Y es que tú no sabes ver la muerte de cada momento, el suicidio universal del transcurrir. En el caso, el alegre morir del granizo sobre mi cuerpo. Pero tienes que aguantarte. El otro principio, y nada más voy a hablar de dos, entre miles, es un principio fisiológico: has de saber, eso sí, que cuando un cuerpo fuerte mueve vigorosamente sus músculos, genera calor, y que lo mismo ocurre si se frota con hielo. En uno y otro caso, la circulación se activa. Pues bien, el efecto de uno y otro principio, el del granizo y el de mi cuerpo, produjeron un efecto totalmente inesperado: en mi jubilosa bajada por el Espinazo del Diablo, mi cuerpo iba desprendiendo vapor, literalmente humeaba entre el granizo y los pinos de la montaña.

"Debe haber sido un espectáculo que me atrevo a cali-

ficar de extraordinario. Y adviértelo, licenciadete, tan sólo porque se conjugaron dos principios que, sin pensar en ese efecto preciso, lo produjeron como lo más natural del mundo. ¿No es extraordinario? Piensa que el calor de mi cuerpo estaba contribuyendo, modestamente, a formar las nubes de las que caía el granizo que, a su vez, contribuiría a generar el calor con su frío. ¿No es trascendental?"

Este es precisamente el rechinante tipo de trascendentalidades que no soportaba yo de Don Q, que en todo buscaba símbolos, correspondencias y ochos.

Confieso que al oír lo que supongo era una anécdota personal, me quedé mudo aunque vislumbré el curioso espectáculo: un hombre en cueros, con un atillo de ropa a la espalda, dando brincos por la montaña y echando humo. Y si a eso añado el convencimiento de que ese hombre era el gran Don Q, la cosa debió haber sido extraordinaria, con total independencia de principios autónomos y circunstancias coincidentes.

Capítulo IX

ACERCA DEL SUICIDIO UNIVERSAL DEL TRANSCURRIR Y LA COINCIDENCIA TOTAL DE TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS Y SE PROFUNDIZA EN LA NECESARIA IMPERFECCION DEL INFINITO Y LAS INSUPERABLES DISCREPANCIAS ENTRE ESTE Y EL TODO

En esto de las circunstancias y las coincidencias, por cierto, Don Q tenía expresiones muy peculiares: decía, por ejemplo, profundizando en la ya dicha expresión del suicidio universal del transcurrir, que cada circunstancia estaba destinada a coincidir con toda otra circunstancia de cualquier otro momento, pues de lo contrario sería imposible el suicidio universal del transcurrir, pues bastaría suponer que dos circunstancias no coincidieran, para entender la imposibilidad de ese suicidio universal que se hace necesario por la "ley de la generación infinitiva de la imperfección."

"Todo tiene que transcurrir en todo, para que el todo se agote y se entienda el infinito" —decía Don Q con un tono de serenidad desconcertante, esa serenidad que asumía cuando tenía ocasión de hablar del infinito o 'infínito', como alguna vez ya dije que dijo. Naturalmente que en aquella ocasión en que me trató esta cuestión (y debo reconocer que no fue cuando me narraba lo del suicidio, sino mucho tiempo antes), no lo entendí y así se lo dije, y entonces me endilgó el siguiente que llamaremos razonamiento (supongo que ustedes estarán totalmente resignados a una interrupción más

y a un nuevo paréntesis. Esta interrupción tiene la ventaja de que tratará un tema conexo, o mejor consustancial al suicidio).

"En alguna ocasión te dije —me dijo— que el tiempo es el fecundo caducador. Profundiza en el tema y encontrarás que, en el fondo, el tiempo no es otra cosa que el tránsito de lo imperfecto a su anulación en busca de la perfección. Si te pones a pensar las cosas a fondo —añadió con una irritante suficiencia— encontramos que el Universo, o sea la unidad de la diversidad, está unificado exclusivamente en la imperfección y por eso transcurre, porque si fuera perfecto, tendría que ser siempre igual a sí mismo y, como no habría variaciones, no habría transcurrir, porque el tiempo es la diferencia entre dos cambios sucesivos.

"Luego, sólo lo imperfecto es temporal y cambia por necesidad de su imperfección, porque lo imperfecto nunca puede ser igual a sí mismo, pues si lo fuera sería el perfecto imperfecto, inmóvil en su propia imperfección, lo que es una perfecta contradicción. Te darás cuenta de por qué, de la imperfección, nace el infinito, que es la aspiración de lo imperfecto a la perfección, que, para aquél sólo puede cumplirse en una serie infinita de cambios imperfectos."

Debo dejar constancia de que cuando le oía yo decir esta razonada serie de consideraciones, claramente oía yo cómo le rechinaban los sesos, del mismo modo que cuando se vicia un sistema de sonido electrónico, a fuerza de reproducirse a sí mismo.

No sé si les interese el que sigamos ocupándonos de este chirriante tema. Pero estimo que no quedaría completo el conocimiento de Don Q si no seguimos considerando algunas otras cuestiones relativas a esta materia. Supongo que habrá alguien interesado en estas trascendentalidades. Lo malo para los que no estén interesados, es que como no sé exactamente cuándo y en qué términos continuará el relato de Don Q, no

puedo recomendarles que se salten algunas páginas, y menos que dejen de leerlas.

"En lo personal —me dijo Don Q, no al narrar el asunto ese de la lluvia y el suicidio, sino otro tema, el de la temporalidad de la imperfección, que, recuérdenlo ustedes, ocurrió mucho tiempo antes— tengo fuertes dudas respecto de la perfección del infinito. Estimo que sólo la idea de la totalidad nos da la perfección; pero me encuentro con un obstáculo serio". (Me decía esto con el ceño fruncido y aire de gran preocupación): "La fundamental contradicción, irreductible, entre el todo y el infinito, resulta de que la idea de totalidad, de alguna manera entraña límite, y la del infinito, no. Por esta razón yo pienso —me dijo esto con gran esfuerzo y tono de trascendental seriedad— que la idea del Todo se asimila a la individualidad y que una y otra son las limitaciones contradictorias de la ilimitación del infinito. En ese punto pienso que la individualidad personal de la Divinidad, tendría que ser total; pero me encuentro con el problema ese de la contradicción con el infinito y me repugna no otorgarle infinitud. Tal vez si substituyo la idea de la infinitud por la de permanencia, y la de permanencia con la de inmovilidad para hacerlo intemporal, podría entender la grave cuestión. Pero eso me llevaría a la necesidad de suponer al Dios creador, distinto del universo creado, con lo que padece mucho la idea de totalidad."

(Y cuando decía esto, se le veía francamente contrariado, tanto, que hubo un momento en que me causó lástima. Parece ser que ése era el único punto que definitivamente se le cerraba a la comprensión de su mente y que ya no podía trascender. Digo esto, no porque crea que hubiera resuelto todos los problemas ante este verdadero nudo gordiano de las trascendentalidades de Don Q.)

Estos temas eran verdaderamente obsesivos para Don Q, que, puedo afirmarlo, me daba la impresión que estaba siempre en lucha personal con el infinito. De ahí, creo, su pasión

por la yoeidad. Se refugiaba en la individualidad finita con verdadero deleite, pues, afirmaba, podía entenderla "en su total unidad indivisible". De ahí sus múltiples afirmaciones, ya antes mencionadas, de que el individuo era el único límite eficaz del infinito. Recalaba en su comprensible individualidad, para oponerla a la monstruosidad del infinito. De ahí también, creo, ese esfuerzo, siempre frustrado, de darle una individualidad totalizadora a la Divinidad.

Capítulo X

ACERCA DEL UNO Y EL TODO COMO LIMITANTES DEL CIRCULO, Y CASOS CRITICOS DE GEOMETRIA TRASCENDIDA COMO PROBLEMAS DE PENSAMIENTO SIN PALABRAS

Recuerdo a este propósito que en cierta ocasión, con acento francamente indostánico, me confió:

"El uno y el todo entrañan la única y comprensible limitación del círculo, si los concibes como dos posiciones contiguas: un principio y un fin."

Se quedó callado un rato, y me dijo con un profundo disgusto: "lo malo es que estos dos puntos, por contiguos que los conciba, si no los identifico, tengo que concebirlos separados por un infinito", y todavía añadió: "Y si los identifico, además de cometer un horrendo sacrilegio, vuelvo a dejar sin límites al círculo, que es el problema de geometría trascendida que estaba yo tratando de despejar". Y entonces, francamente exaltado, me gritó: "¡Ahora entenderás por qué tengo que refugiarme en el único punto fijo, indivisible, comprensible, total de mi yoeidad, dentro del infinito esférico que, por central es indivisible, por central y por definición. Pero lo malo es que tengo que otorgarte la misma condición contradictoria a ti, a otros; en rigor a todos los que son, han sido y serán, de donde se sigue la indiferencia inespacial e intemporal de estas posiciones, lo que notoriamente está reñido con la Historia y la Geografía". Enfurruñado, guardó silencio y se fue a oír música.

Cuento todo esto para que se percaten ustedes de lo que tenía yo que sufrir soportando los chirridos de Don Q.

La única ocasión que lo sorprendí con una reflexión por lo menos que yo me haya dado cuenta, fue cuando, viéndolo sufrir con estas para él graves cuestiones (digo para él, porque yo soy un tipo quieto, muy consciente de mis serias limitaciones, que espera tranquilamente la muerte para seguir ignorándolo todo, con una resignación que Don Q nunca entendió) le dije, dándole tratamiento de "usted", por cierto:

Oígame usted, Don Q, yo creo que se ha esclavizado demasiado a las palabras y que son estos instrumentos imperfectos, la fuente de sus contradicciones. Trate usted de no pensar en palabras y probablemente encuentre usted alguna tranquilidad, porque me alarma su exaltación. Le va a hacer daño a su sistema nervioso. Está usted tenso como cuerda de violín. (Este símil le agradó; estoy seguro) y como es usted una gran caja de resonancia (esto lo dije abusando ya), agiganta usted cualquier impresión y eso le puede hacer daño." (No me agradeció mi conclusión, me imagino, por cuanto podría significar una protección que nunca estuvo dispuesto a aceptar.)

"Tienes razón, José Guillermo (única vez que usó dos de mis tres nombres propios. El otro nombre con el que fui bautizado, fue Abel, pero ese, ni siquiera él me lo dijo en la única ocasión que tuvo oportunidad para ello). Y tan tienes razón, que creo que precisamente por eso me gusta la música, porque me hace pensar sin palabras.

(No puedo menos que consignar que un poco tiempo después de que sucedió esa conversación, elaboró la teoría de la que ya he dado noticia, y que llamaba "de la trascendentalidad de las palabras totales para la generación del logos", nombre que a mí nunca me gustó, debo decirlo, tanto por largo, cuanto porque empleaba la expresión "generación", que es equívoca.) No es que quiera atribuirme el mérito de una teoría, de cuyo valor dudo, por cierto. Lo observo, nada más, para

contribuir al entendimiento de este tan peculiar sujeto, que nunca se quedaba con una afirmación que le interesara. Se apoderaba de ellas, como propias y las hacía florecer, aunque en ocasiones las estropeaba lamentablemente. De esto último alguna vez daré probablemente algún ejemplo.

Capítulo XI

DONDE SE SIGUE EL RELATO DEL SUICIDIO FRUSTRADO Y APARECE DON LU

Hace algunas páginas estábamos con el relato de Don Q, que me había dicho (tomo el hilo de la narración donde lo habíamos dejado después de jugar un rato con el tiempo, el paréntesis, el infinito y otros detalles de ese jaez, para acreditar la forma tan arbitraria en que Don Q jugaba con el tiempo artificial que en su relato fabricaba, creo yo, para acreditar sus posibilidades literarias):

"Cuando salimos a la calle Albert y yo (se acordarán de la visita de éste a Don Q, etc. Pongo un etc., porque no es del caso volver a repetir todo hasta llegar a este punto. Mejor etc.) seguía lloviendo con bastante insistencia..." (Vienen reflexiones sobre las gotas sorpresivas que desde la obscuridad llegan, etc.) Lo importante es dejar constancia que "era de noche aunque llovía". Continúo con el relato de Don Q:

"Las calles estaban mojadas y los rayos se reflejaban en los charcos de agua, multiplicando su brillante tono violeta; poco tiempo después se escuchaba el retumbar del trueno... (Aquí se entretuvo Don Q en hacer algunas consideraciones sobre la correspondencia entre la luz y el sonido.) Algún día —me dijo— se inventará un procedimiento que vaya del trueno al rayo, porque considero perfectamente posible convertir el sonido en luz". (Se extendió mucho sobre este punto, en afirmaciones fantasiosas a las que ningún valimiento científico otorgo, por lo que no las consigno. Que queden rayos y

truenos como recursos poéticos y no como dudosos asuntos científicos.)

"Consigno lo de los rayos —tuvo la discreción de precisar Don Q— porque uno de ellos causó la interrupción de la corriente eléctrica, con lo que se apagaron todas las farolas. (No sé por qué curioso primitivismo llamó así a la iluminación pública y doméstica.) Eso explica que, al llegar al relativamente lujoso departamento de Don Lu, éste y Ug estuvieran alumbrándose con alguna hermosa vela de cera que impregnaba con su peculiar olor el cuarto y creaba ángulos y condiciones de iluminación muy poco frecuentes en este siglo, dándole al ambiente un dramatismo que no se podía negar. Imagínate: lluvia, rayos, truenos y luz de vela de cera y dos rostros conmovidos: Ug y Don Lu, este último presunto suicida.

"Había estado en alguna ocasión en aquel departamento, último gesto de prosperidad de Don Lu; pero la luz de la vela cambiaba todas las perspectivas y creaba rincones misteriosos que la sencillez del cuarto de ninguna manera merecía.

"Cuando entré, Ug se incorporó y con expresión de perro de San Bernardo en los ojos, me miró con relativo gesto de alivio, aunque con un rictus de bien madurada preocupación. Nada me dijo, nada le dije. Sólo nos estrechamos la mano.

"Don Lu ni siquiera se movió. Se mantuvo codos en la mesa, las manos en los cachetes y mirando fijamente a la vela, cuya luz subrayaba las arrugas artificiales provocadas por el apoyo de las manos.

"Nada dije. Me senté junto a la mesa, atraído también por la luz que miré fijamente... (Siguió aquí un largo relato, demasiado literario, sobre el pabilo, negro y rojo en la punta; los tonos de la llama descritos del azul al verde, al amarillo, al casi naranja, hasta descomponerse en el gris del humo; consideraciones sobre el estado líquido y sólido de la cera, y algo sobre fenómenos de refacción y simbolismo de los colores que, salvo esto último, no vale la pena consignar. Lo del simbolismo, a lo mejor lo diremos adelante).

"Como una media hora estuvimos en silencio los cuatro, sentados alrededor de la mesa, viendo cómo la luz se nutría de la cera... (Aquí siguió alguna reflexión asociativa sobre las abejas, la miel y la luz que debe formar parte de las expresiones poéticas de Don Q, pero que desgraciadamente se me olvidaron).

"Una reanudación de la corriente eléctrica seguida por una nueva interrupción, casi instantánea, permitió por un momento una visión normal a nuestro siglo y dejó a la llama de la vela, convertida en una pequeña anécdota sobre la mesa y no como el centro que habría sido y volvería a ser. Esa interrupción rompió la casi hipnosis en la que estábamos, lo que me permitió observar:

"Bueno, ya sé la hora aproximada del asunto. Lo que no sé y tengo curiosidad, es cómo, dónde y con qué va a ser.

"Don Lu levantó la cara y me contempló con una turbia mirada de irritación y desdén, casi con la misma mirada con que deben ver los difuntos cuando, en un velorio, algún compadre, bien cafeteado, dice alguna intemperancia que rompe el dramatismo del momento.

"Estoy seguro que ya estaba saboreando el zumbido de la muerte y mi brusca y prosaica intervención, lo volvió a la vida. En ese momento se volvió a apagar la luz y nuevamente la vela cobró importancia central.

"¡Insisto en ver los preparativos! —dije en tono imperativo, y añadí—: ¡Ya que voy a ser padrino de este ridículo asunto, tengo derecho a contemplar el aspecto artístico de la cuestión!

"Don Lu se levantó furioso". —Habrás comprendido —me aclaró Don Q— el aspecto estratégico de mi elemental intervención, que dio mucho más fruto del que esperaba yo, dada la sutileza de Don Lu, al que seguramente tomé desprevenido y fuera de forma, lo que era de explicarse dado el constante contacto que en los últimos tiempos había tenido con la cer-

vezoica alemanidad (¡qué neologismo tan atrevido!) de Albert y la inofensiva animalidad de Ug.

"Y furioso me dijo: ¡Lárgate Don Q! ¡Este es un asunto mío y si acaso de este par de imbéciles! (Los imbéciles quedaron muy halagados por el reconocimiento legítimo de su participación en un asunto de tanta significación.)

"Se dio cuenta de que había caído en mi trampa, cuando con toda tranquilidad le repuse:

"¡Vaya, la cólera como prolegómeno (esta expresión usé, precisamente esa chocante expresión que a ti te había oído, mi querido Pepe, cuando me hablabas de lógica). La cólera como prolegómeno, es recurso suicida de los alacranes. No es un estado normal en un prospecto de suicida que abandona esta vida por aburrimiento.

"Comprendió que había caído en mi trampa y con desdén me dijo:

"¡Bah! ¡Sutilezas! —y volvió a sentarse y a ver la vela, sin mirarme a mí.

"Ug aprovechó el incidente para llamarme aparte. Vi sus ojos enrojecidos de perro bueno, como si hubieran llorado. (Imaginé algún cuadro particularmente dramático, armado por Don Lu, para destrozar a Ug y alarmar la flema de Albert.)

"Q —me dijo—. ¡No seas así! ¿Cómo te burlas de una cosa como ésa? Piensa que Lu se va a matar dentro de muy poco tiempo. Lo tiene resuelto desde que nos salimos de la casa de su padre, llevándonos la colección de monedas. Ya se le acabó el dinero. Ya hasta se desmayó dos veces platicando conmigo de lo que tenía que hacer yo después de su muerte.

"Pero —le dije yo. (Acuérdense de que estaba hablando Don Q)—. ¿Por qué se va a matar?

"Me dijo, desde hace mucho, que él sólo viviría como un señor y que en el momento en que la vida no lo dejara vivir así y tuviera que hacer las mismas idiotas vulgaridades que los 'huevos tibos arrebañados', la dejaría tranquilamente, pues él no se iba a doblar.

"¿Y cómo se va a matar?

"No sé exactamente; me dijo que como Petronio, y que estuviera yo listo para hablar con él hasta el final, pues me iría contando sus impresiones. Lo mismo le dijo a Albert —añadió con humildad.

"Don Lu se había levantado y pudo oír esta última contestación de Ug. Se me quedó viendo a los ojos y me preguntó: ¿Tienes algún inconveniente? ¿Te parece cursi?

"¡No! —le contesté—. Simplemente me parece lento, y demasiado espectáculo para tus dos perritos. Yo creo que ellos se van a morir antes, uno, aullando; el otro, de delirium tremens, tarde o temprano. (Debes comprender, mi querido Pepe, que había yo ganado un punto, pues se había abierto la posibilidad del diálogo y ya Don Lu afrontaba una anticipación de su muerte: el juicio sobre su forma, que debió pensar durante mucho tiempo.")

(Yo estaba sorprendido de las agudezas de psicología estratégica que desarrollaba Don Q.)

"¡Bah! Eso es asunto nuestro. Y tú. ¿A qué viniste?

"¡Hombre! —le repuse—. Primero, a hacer un débil esfuerzo para que no te mates, y eso, a petición de Albert. Si no lo logro, a consignar el espectáculo para la posteridad, pues obviamente tus alegres camaradas no son cronistas a la altura del arte."

(Hago un paréntesis: creo que el diálogo ocurrió más o menos en esos términos. Don Q solía ser grandilocuente y manejaba bien los adjetivos, los adverbios y aun las locuciones adverbiales, aunque no tanto la sintaxis. Claro que puede parecer convencional el diálogo. No es imposible que yo mismo lo esté mejorando al no confiar demasiado en la memoria.)

"Don Lu me repuso (continúa narrando Don Q): Sigues con tus sutilezas y tus provocaciones a una discusión que no voy a soportar. Mejor anticipo mi muerte. Al rato vas a

empezar con tus profundas profundidades y me moriré, o de aburrimiento, o de desesperación...

"Albert terció, haciéndose francamente el gracioso: 'Entonces sería un asesinato'".

"Le agradecí la observación, porque aliviaba una tensión y daba lugar a algún comentario. Este estuvo a cargo de Ug, que no entendió la situación y dijo. "No sé cómo pueden jugar así con la vida de un hombre. Son ustedes muy frívolos, hacen guasa hasta de la muerte. ¡La muerte es muy importante, ustedes no se dan cuenta!"

"Albert siguió con su humor alemán: ¡Claro, como que nunca nos hemos muerto! —y se rió lentamente, como si fuera un alemán ventrudo: ¡Jo! ¡Jo!, y no un flaco prospecto de alemán.

"Yo consideré oportuno intervenir con alguna expresión que estuviera entre las fronteras de la sutileza y la profundidad —continuó Don Q— de modo de irritar más a Don Lu, y le dije:

"El que casi está muerto, es nuestro antes alegre camarada Don Lu. Transita, ahora, a paso lento, rumbo al gran zumbido gris que es la muerte. Pisa ya el filo de la navaja; presiente la desesperación de dejar el cómodo y tibio refugio de un cuerpo sano; anticipa en sus cuencas el trémulo de los gusanos y en su paladar el turbio sabor de la tierra tragada sin saliva, en prematura comunión que no merece."

Capítulo XII

DONDE ABRO UN PARENTESIS PARA TRATAR DE LOS DERECHOS DE LA NARRACION Y EL ESCANDALOSO PRINCIPIO DE LA ALTERIDAD MEDIANTE LA GENERACION ARTIFICIAL DEL TIEMPO

(Estoy seguro de que ninguna persona es capaz de endilgar sin sonrojo una oración de esas características. Sin embargo estoy obligado a creer lo que Don Q me dijo que dijo. Debo confesar que no tuve la fortaleza suficiente para callarme la boca, y le expresé a Don Q mis serias dudas respecto de que, en un momento así, tuviera la tranquilidad de construir frases y figuras como las usadas. Don Q me miró, no sé si con disgusto o con desdén, y me dijo:

"Mira, Pepete, la narración tiene derechos adquiridos desde que el hombre dejó de ser una bestia con el hocico pegado a la tierra. Lo que cuenta son las situaciones que el hombre percibe y no sólo lo que en ellas se dijo, sino lo que pensó decir, lo que pudo haberse dicho, lo que debió decirse y, sobre todo, lo que merecería decirse, para estar a la altura del arte que es básicamente, expresión cultivada.

"Los sucesos para el narrador —añadió—, son como la piedra para el escultor. Tienes pleno derecho a sacarles tus propias consecuencias y a expresarte con ellas como mejor satisfaga tu vanidad, tu propia autoestimación o tu sincera vocación a emocionar a los otros. Ya te he dicho que la literatura es la gran creadora de tiempos artificiales que construyes y

transmites para otros, para los demás, proyectando tu emoción para enajenarte.

"A esa pretensión —todavía añadió Don Q— la llamo el "Principio de la alteridad mediante la generación artificial del tiempo." (La expresión es rigurosamente literal.) "En el fondo el relato, como cualquier manifestación artificial distinta a la naturaleza, a fuerza de ser hija de tu intención y de tu voluntad, es una forma de practicar el amor o el odio". (Me dijo cómo llamaba al principio implícito en esa afirmación; pero, tal vez afortunadamente, lo he olvidado. Quizá más adelante lo recuerde. Era algo así como la "equivalente enajenación auto-anulante por medio del odio y del amor", sólo que mucho más complicado.)

"Pero además —continuó Don Q, después de haberme hecho víctima a mí de su alteralidad emotiva, o como haya dicho, lo que te estoy contando sucedió tal como te lo cuento. Tendrías que entender la relación entre Don Lu y yo.

"Ahora que si te molesta, puedo buscar la versión del cronista anónimo o imaginar la conversación de Ug, para continuar un relato que te suplico no sigas interrumpiendo."

Todavía dentro de este paréntesis, del que, conste, últimamente ya no he abusado, debo destacar ante ustedes, algo que sin duda ya habrán observado: la aparente tendencia de Don Q a estarme instruyendo. No se dejen influir por la apariencia. No es que Don Q quisiera darme clases. Era, simplemente, su forma de investigar en sus trascendentalidades. De otra manera se hubiera enajenado. Lo tomo como un desahogo y no lo acepto como un constante ejercicio de instrucción que desde luego mi orgullo y mi vanidad hubieran rechazado. No sé hasta dónde la técnica moderna del relato acepte los recursos que emplea Don Q. Yo, simplemente, los transcribo, expurgándolos, eso sí, y hasta donde pueda, de crudezas excesivas. Yo, en el supuesto caso de Don Q, habría sido más directo. No se me hubieran ocurrido tantas exquisiteces desagradables (como quesos podridos, pienso yo). Habría sido más directo. Pero en eso, y en otras cosas, reconozco mis limitaciones. Aunque, de privar a Don Q del derecho por él reclamado a decir lo que estima merece cada situación, tendría yo que hacerlo —caso que tuviera importancia y potestad— con, por ejemplo, Homero, que no podría cantar aquello de "¡Oh crudelísimo cronida! ¡Qué palabras proferiste!" Y, desde luego, nos hubiéramos privado, este es otro ejemplo —del "Ser o no ser, es el dilema...", y otros monólogos del Genio de Avon que de ninguna manera parangono con Don Q, que conste. Puestos en antecedentes, les suplico que sean tolerantes con este Q. Claro que el largo paréntesis va a privar de dramaticidad a la contestación de Don Lu. Imagínensela inmediatamente antes, y listo.

CAPÍTULO XIII

ACERCA DE LA VOLUNTAD DE NO ADMITIR SEMEJANZA, COMO NOTORIO CONTRASTE ENTRE DON LU Y ROUSSEAU Y LAS SEMEJANZAS LUCIFERINAS DE AQUEL A PARTIR DE LA SOBERBIA. TAMBIEN TRATA DE JUDAS Y OTRAS CUESTIONES ESCALOFRIANTES

"¡Mandrágoras! —casi me gritó Don Lu. (Recuerden que ya sigue aquí el relato de Don Q.) Yo no comulgo con la tierra ni muerto. Ni con la tierra, ni con nadie. Simplemente no comulgo. No admito nada en común, y si algo hubiera en común, con toda mi vida lo rechazo. Y si ese es el orden de la vida, te la dejo, mi compasivo Don Q. Odio profundamente la igualdad, tanto, como amo la diferencia, mi diferencia, que es el amor a mí mismo y el odio a mis semejantes en la medida que lo sean. Y si lo son, no comulgo, porque no admito la semejanza! ¡No quiero semejantes!

(¡Oigame usted, don Q —le observé—, qué tipo tan radical era ese Don Lu. Me suena demasiado convencional, demasiado anticristiano. Especialmente no entiendo —añadí—, eso de que se ame a sí mismo y no ame en los otros las semejanzas, como, por ejemplo, el amor de cada uno a sí mismo. Recuerdo que el despeinado Rousseau, fundaba sobre el reconocimiento de un común amor a sí mismo, la existencia de la sociedad y las calidades de la voluntad general. Ahora resulta usted con un tipo, sin duda también despeinado, que fundaba el odio a los demás en el amor a sí mismo, rechazando

la semejanza que pudiera nacer del amor que cada uno tiene a sí mismo. ¿No es eso muy curioso, Don Q? ¿No es demasiado convencional?)

A Don Q, aunque no le pareció bien la cita de Rousseau, con la que acredité mi información en teoría política, le satisfizo la inteligencia de la pregunta, porque interrumpió con gusto el relato para decirme:

"En efecto, Don Lu era, o es, porque no sé lo que últimamente haya sido de él, un tipo aparentemente raro. Pero raro, sólo en la medida en que había sublimado un sentimiento, o mejor, actitud, que todos en alguna proporción tenemos: la soberbia, que es la forma luciferina de resolver los problemas de la Yoeidad."

Le pedí a Don Q que me explicara más esta cuestión, que, soy franco, me pareció bastante sugestiva.

"Está bien, Don Pepe (el Don me indicó que estaba agradecido con la oportunidad de extenderse en un tema que le interesaba), "te diré algo más sobre ese luciferino Don Lu: había querido resolver el enfrentamiento del *yo* con la angustiosa imperfección del infinito, rechazando toda admisión de sus implicaciones en su propia voluntad, que es la forma en que, por amar a un Dios perfecto y total, se perdió Lucifer al rechazar la creación hecha de piedras estúpidas, vegetales que se pudren, gusanos que tremulan, hombres miserables que se odian, y todas las demás cosas que están en perpetuo movimiento, deshaciendo sus imperfecciones para integrar el tiempo y sus caducidades. Hay una grandiosa semejanza entre Lucifer y Judas, que la Teología no ha explorado. Hay una fatalidad dialéctica voluntariamente aceptada que hace, de los dos, uno, en el valor de aceptar la condición de juzgar la integridad del Ser, admitirlo imperfecto y protestar, que es la soberbia de haber conocido y no gustado de Dios. Cosas estas —tuvo la humildad de decir Don Q—, que digo sin entender plenamente, pero que creo caracterizan tanto a Lucifer como a Judas. Por eso creo, al no entender bien a bien lo que te digo, que Dios ha de amar entrañablemente al uno y Jesucristo perdonado al otro, que de quererlo y tal vez en alguna vuelta del universo quiera, —podrá estar sentado a la vera del Hijo."

(Confieso que a mí todas estas cosas me dan escalofríos. No sé por qué Don Q se atrevía a meterse con estas cuestiones. Nada sacaba en claro, fuera de asustarme y quedarme perplejo. Pero como en esta ocasión yo fui quien lo metió en estas reflexiones, tuve que suplicarle que continuara el relato, lo que hizo como sigue:)

"No quieres semejantes —le repuse— (habla Don Q a Don Lu), y dices que te vas a matar, que acaba en morir, una de las vulgaridades que a todos nos hace iguales. Yo creo, simplemente, que tienes miedo, un horrible miedo a afirmarte y valerte en el mundo, y que es tu miedo el que no acepta el orden del mundo; es tu miedo a ser demasiado igual a los demás, demasiado igual a mí, por ejemplo, demasiado parecido hasta a Ug y aun a Albert. Es, en el fondo, un problema de soberbia."

(Advertirás —me previno Don Q— que estaba yo empezando a plantear la cuestión atacándola francamente en su aspecto luciferino, aunque me di cuenta —y esta confesión de Don Q me desconcertó mucho— que no quería yo que la soberbia de Don Lu lo llevara al suicidio, porque hubiera sido una prueba excesiva para mi propia soberbia, que hubiera sufrido una grave humillación al comprobar que Don Lu, por soberbio, hubiera sido capaz de matarse, acto que de ninguna manera admitía mi soberbia, con lo que comprobé que no era yo tan soberbio como creía y justifiqué mi intervención en aquel curioso caso.)

"Don Lu se quedó callado un rato, mientras todos contemplábamos cómo la vela se seguía consumiendo. Ug afirmó que parecía que estaba llorando. Literalmente dijo: —"Yo creo que la vela está llorando porque no entiende qué está

alumbrado", observación que, reconoció Don Q, me asombró en Ug, pues yo mismo no entendía qué era, exactamente, lo que estaba yo haciendo ahí.

Después de un rato, Don Lu habló muy despacio y quedo:

Capítulo XIV

MAS ACERCA DE LA SOBERBIA. ALGO SOBRE EL PARAISO. EL TOQUE DE EVA Y LA SERPIENTE

"Sí —afirmó—. Soy soberbio. Reconozco que quiero matarme por no parecerme a ti o algún otro imbécil pensante, lleno de cuestiones y preguntas sin respuestas, formuladas en los ratos que el ocio lo permite. Bueno, vamos a darte gusto, vamos a hablar. Iba yo a hacerlo con estos dos buenos amigos, tan diferentes a mí, a quienes si pudiera, pediría perdón por despreciar tanto y soportar porque ellos me soportan como soy."

"Esa es una forma de amar al prójimo —le dije a Don Lu—, lo que demuestra que eres un pobre animalito asustado en este rincón del mundo."

"¡Claro! —intervino Ug—, lo que pasa es que estamos acostumbrados a estar juntos. Lu no puede estar sin nosotros, asustándonos o asombrándonos con las cosas que nos dice o se le ocurren, y nosotros lo queremos. Por lo menos yo lo quiero, no sé Albert. Me llevo bien con Lu, viajamos y nos divertimos juntos. Compramos buena ropa, nos parrandeamos y esas cosas. Lástima que se acabó el dinero. Yo tendré que trabajar de nuevo. Me tendré que regresar a la tienda de mi tío, detrás del mostrador otra vez. Que si un kilo de patatas; que si el cambio no está completo y esas cosas. Pero ni modo, es mi vida. Lo que siento es que Lu se vaya a matar. Yo le digo que por qué no ponemos un negocito juntos, un negocio de. . .

"¡Cállate, imbécil! —lo interrumpió Lu—. Deja esas idioteces para cuando estés con tu tío o con quien quieras; pero que yo no te oiga. ¡Negocios! ¡Negocios! A mí qué diablos me importan tus patatas y tus mostradores. Te he dicho mil veces que yo no admito la servidumbre del trabajo. ¡A mí no hay quien me castigue! Y mira, Q, para que me entiendas: yo no debí haber salido del Paraíso. Y si algo o alguien me quiere obligar a 'hacer negocios' para vivir, o rasparme los codos en el mostrador, o sudar las nalgas en una silla, o arrastrar las patas en la calle, lo mando al diablo o me mando al diablo y tranquilamente me voy de esta vida. ¡Para maldiciones ajenas estoy yo! Mira, Q: No acepto el castigo del trabajo. Nada de ganar el pan con el sudor de la frente. A mí, si no me viene todo sin que yo haga nada, nada haré. Primero muerto. A mí, puro lirio del campo. ¡A mí nada de correrme del Paraíso!"

Albert estaba afortunado esa noche, pues con una sonrisa francamente teutónica comentó: "Ahí la hacías de serpiente" Y festejó su ocurrencia con una carcajada.

"¡Claro, payaso! No iba a ser Eva. Y en cuanto al palurdo de Adán, ya sabes lo que opino de su especie y de la tuya, que vienes de la rama de Caín, porque el menso de Abel ni hijos tuvo. Mientras de mi voluntad dependa —y tengo derecho a mi voluntad plena o me mato—, no saldré del Paraíso. Es un problema de principio: enrollado en el árbol, tentando a Eva (aquí Ug se sonrió por primera vez en toda la noche) o con la manzana en la boca —que maldita sea si me gustan las manzanas— yo no he de hacer lo que todos tienen que hacer para vivir. O me llega todo para gozarla como me merezco, o se van todos al infierno, o yo mismo me voy al infierno; pero del Paraíso no salgo por mi voluntad. ¡No quiero! ¡No quiero, y punto!"

CAPÍTULO XV

ACERCA DE LOS DERECHOS DE LA VOLUNTAD HUMANA. LAS COSAS QUE SUCEDEN Y OTROS ASUNTOS IGUALMENTE RESPETABLES

Aquí Don Q abrió un paréntesis y me dijo:

"Advertirás, mi querido José, que en su brusquedad y aparente poca sutileza, Don Lu estaba planteando un problema muy trascendental: los derechos de la voluntad humana, tema que tú, como abogado, naturalmente no vas a entender porque no está en los códigos y nada sobre el particular dijo Ulpiano, y ni siquiera Bártolo, ni encontrarás en los precedentes, ni en la última Jurisprudencia y ni siquiera en las tesis conexas: los derechos de la voluntad humana. Como la cita de Ulpiano y Bártolo me molestará bastante, no sé exactamente por qué, traté de replicarle: —Oigame Don Q, suponiendo, sin conceder...

"¡No sigas, licenciado, no sigas! Que pocas expresiones odio tanto como la que has tenido el atrevimiento de proferir, ¡oh petulantísimo Pepida, qué palabras proferiste! 'Suponiendo sin conceder', argucia leguleya para explotar la idiotez de los jueces. ¡Hazme el favor de callarte!" Y me callé, para seguir escuchando a Don Q, que me dijo:

"Estoy firmemente convencido que la voluntad tiene derechos en la medida que es libre. Algo tiene que pasar en el Universo cuando un hombre libre quiere o deja de querer. Acepta o rechaza. Así nacen los santos y los demonios, o mueren los suicidas."

"¡Hombre, Q —le dije—, no me vengas con eso, pasa lo que pasa y nada más. Las cosas suceden', como dijo Chesterton."

"¡Buen sujeto, amigo mío, por cierto —dijo Don Q—, pero no basta con que las cosas sucedan. Yo pienso en las que deban suceder o en las que no es justo que ocurran!

"Este es uno de los problemas más importantes que a la libre voluntad humana puede plantearse —insistió Don Q—. Su plena conciencia da sentido trascendental a la rebeldía o a la resignación, que no es simple conformismo, sino solidaridad o no, con las obras de Dios. De ahí nace, o Lucifer, o la oración del Padre Nuestro."

Confieso que me pareció sumamente interesante que el tema del suicidio nos fuera llevando a esas cuestiones religiosas de las que ya casi nunca me ocupo. Pedí a Don Q que siguiera, y me dijo:

"Te transmito estas inquietudes porque forman parte de las cuestiones entre Don Lu y yo. A mí, se me planteó con toda claridad oyendo el segundo Movimiento de la Séptima Sinfonía de Beethoven que me hace llorar siempre que la escucho con toda mi capacidad de oír. Es, si te puedes fijar, que lo dudo, pues ya estás viejón, la resignación elevada a la más sublime aceptación de la necesidad universal de la Voluntad de un Dios por amor a la creación. Recordarás que esa oración, única que nos enseñó Jesucristo, lo único que en el fondo dice, es "Hágase tu voluntad", que no es el fatalismo que nada puede, sino la transubstanciación de la propia libertad mediante la voluntaria suscripción a la voluntad de Dios, que es el mérito de la resignación; pues hay otros caminos, el luciferino, sin duda también grandioso, aunque no sublime sino terrible, no resignar, sino renegar del orden de la creación y no aceptarlo porque la libertad permite el enjuiciamiento, que es su máxima excelencia, porque da ocasión de llegar a la soberbia, que es el parangón con Dios.

"Otro es el problema de la potestad. Podrá la voluntad libre no hacer otra cosa que renegar y no aceptar y rebelarse aunque de cabeza vaya a dar a los infiernos en donde ya no sé qué pase.

"Pero en el momento que tuvo libertad, renegó, protestó, no aceptó. Y eso es lo verdaderamente importante: la tremenda responsabilidad de la libre voluntad: o se resigna o reniega; o acepta o rechaza. Por un lado se puede ir a la santidad y por otro a la soberbia. Si en uno y otro caso hay conciencia de que está en juego la posibilidad misma de elegir a fondo y al máximo de la fuerza de que puede disponer la propia Libertad ante toda la creación, y al límite de la propia voluntad.

"Claro que en el caso, el problema no se había planteado con esa claridad; pero en el fondo, a eso atendía y era la diferencia que nos separaba a Don Lu y a mí.

No sé realmente —pienso yo— si un intento de suicidio sea la oportunidad de plantear estas cuestiones tan brutalmente desconcertantes. Confieso que Don Q me tomó de sorpresa al revelarme un aspecto así como medio místico. Y tuve la ocurrencia de comentárselo:

"Oiga usted, Don Q, pues mire que me está usted resultando medio místico, se ocupa de cosas teológicas..." A lo que él me repuso con cierta preocupación:

"Mira, José, aunque tu observación es de una vulgaridad increíble, debo reconocer que hay cosas que me aterran y ésta es una de ellas. Cámbiale, si quieres, para que varíe mi calificación de místico, los nombres a las cosas.

"No le digas Dios, sino Orden Universal; Ley de la Naturaleza; Pensamiento Dialéctico, o como se les ocurra a tus anginas, y de todas suertes el problema se puede plantear. Tan se puede, que lo acabo de formular, y ése precisamente era el problema con Don Lu."

Como esta observación me dejara apenado, ya nada repuse, y Don Q pudo continuar:

Capítulo XVI

DONDE EL FLACO ALBERT CAE PATAS ARRIBA Y SE DAN NOTICIAS SOBRE LA SERVIDUMBRE DE LA AMISTAD. ALGUNAS CONSIDERACIONES NEGATIVAS SOBRE EL SUDOR. TAMBIEN SE TRATA DEL GRAN ANGEL DE LA ESCOBA, Y APARECE UNA BRUJA DE GOYA

"Entonces el flaco Albert volvió a hablar y dijo en tono festivo:

"¡Ajá! Conque ahora Lu nos resulta serpentino y tentador."

"Ug le dio un manazo en la mitad del pecho, que tiró al flaco Albert patas arriba con todo y silla, mientras le decía en su tono más ofendido:

"¡Cállate, flaco!" No te metas en esto que no entiendes. Ahora que llegó Q, te sientes más seguro y ya estás con tus burlas y payasadas. ¡Cállate, o te. . .!

"¡Quieto Ug! —gritó Lu como si se dirigiera a su mastín—. ¡Quieto! Albert tiene razón. Caí en la trampa de Q y aquí estoy hablando de las mismas idioteces de siempre, sólo que ahora resulté 'serpentino y tentador.' Pero eso no cambia la situación, porque hasta ser serpentino y tentador me asquea si no tengo la oportunidad de seguirlo siendo sin más esfuerzo que el que me da mi existir. No quiero hacer cosas que no me gustan, rutinas que no entiendo, saludos y zalemas en que nunca he participado. Despertarme a una hora

fija, ir a donde siempre, estirar la mano para recoger la moneda que me he ganado y no el tributo que necesito porque sí, y que exijo, si la gana se me pega, a chicotazos. No el dinero de un sudor, sino el dinero de mi excelencia, el dinero que...

"En este momento lo interrumpió Ug con un gesto de humildad que le ha de haber abierto la puerta de los cielos:

"Ya te he dicho, Lu, que yo trabajaré solo; que tú no cambiarás tu vida. Yo me sé pegar, yo sé sudar y nada pierdo con sudar. Ya me has dicho muchas veces que soy un ganapán. Déjeme pagar tu vida, tu excelencia, o como la quieras llamar. Ya sabes que yo..."

"Ya está hablando el siervo fiel y resignado" —empezó a decir Don Lu.

"O el buen amigo —tercié yo.

"Es lo mismo —dijo Lu—, la amistad es una servidumbre ridícula. El idiota de Ug está cultivando su buena naturaleza. Se siente obligado a servir porque lo he dejado acompañarme un trecho de camino; hemos gastado el dinero que él robó bajo mi más estricta dirección. Le he enseñado aspectos de la vida en los que ni siquiera hubiera podido soñar, dada su evidente condición de ganapán imbécil, y ahora me viene con conmovedores gestos de sacrificio sudoroso. Me repugna el sudor. No puedo ver el sudor. El dinero que trajeras vendría manchado por el sudor, escurriendo agradecimiento. ¡No! ¡Gracias, Ug! Aquí yo solo doy mientras tenga. Mientras tuve, porque ya se me acabó y por eso me largo.

"Obviamente —continuó Q—, Ug se sintió aludido y observó tímidamente.

"Servir no es malo. A mí me gusta servir, ser útil yendo, viniendo, y haciendo cosas que me dicen que haga o que se me ocurren. (Aquí se sonrio esperando algún comentario burlón que nadie hizo.) No creo que haya nada malo en servir o en ser amigo. Alguien tiene que hacer cosas y querer a la gente y todo eso, mientras otros dicen cosas muy importantes

y se ocupan de leer y escribir y hacer música y pintar y discutir y todo eso que no sé cómo decirlo. (Era evidente que Don Q se esforzaba en hablar como un hombre bueno, pero tonto.)

"No lo digas y ponte a ladrar —le dijo duramente Lu.

"¡Caray, Lu, cómo eres! —se quejó Ug— ¡No me ofendas!

"No te está ofendiendo —observé (está hablando Don Q)—. Es la forma en que su soberbia le permite agradecerte tu lealtad...

"¿Cuál soberbia y cuál agradecimiento? —me interrumpió Lu— andas siempre con tus frases y tus profudidades psicológicas, introspeccionando a los demás, como si te lo pidiéramos o tuvieras derecho a estarnos juzgando: 'tú eres esto, tú eres lo otro; y esto así, y por esto o por lo otro, o por lo de más allá...' Yo no ando investigando por qué le andas haciendo siempre al psicólogo de las almas; hasta del alma universal, aunque tal vez si tuviera tiempo y sólo para fastidiarte, me pondría a pensar en por qué haces y dices las cosas y te sientes la gran cosa. De una u otra manera ya me estás convirtiendo en una subespecie de Lucifer, mientras que tú...

"¡Oh! —interrumpió el flaco Albert, que ya para entonces medio se había repuesto del manazo y había recuperado el habla y hasta perdonado a Ug—. ¡Oh! ¡El gran Q es el Angel Guardián del Paraíso, siempre con su espada flamígera en la mano, diciendo quién está dentro y quién está fuera, y por qué!

"¡Vaya! hasta que dijiste algo inteligente, Von Albert —apoyó Lu—. Es cierto, Q es el Angel Guardián de cofres y arcanos que, estoy seguro, cree tener llenos con los puercos secretos del Universo, siempre buscando que alguien corte la manzana para ir a recoger las cáscaras y tirarlas fuera de los límites del Paraíso. Sólo que para hacer eso, no se neces

una espada, sino, si acaso, una escoba. ¡Salve, gran Angel de la Escoba! —dijo y me hizo una reverencia.

"Era evidente que la escena regocijaba a Ug. Tenía cara de '¡qué gran puntada de Lu, las cosas que se le ocurre decir!'.

(¡Caramba, don Q! —lo interrumpí— ¡qué duro le tiraba Don Lu! Yo siempre lo he respetado por su solemnidad; ahora hay que añadir mi admiración por su honestidad para contarme las cosas. Se lo agradezco, porque con esto acredita usted ser bastante humilde.)

"Bueno —me contestó— siempre fue así con Don Lu; en cuanto nos veíamos, nos hacíamos tiras. Pero entonces lo importante era calentar la conversación para resucitarlo. Ya no me contestaba con ¡puf! Ya había palabra, brusquedades, manazos, injurias, sonrisas: en pocas palabras, circulaba la vida, aunque mi vanidad sufriera un poco al provocar que me vieran otros ojos y me juzgaran otras intenciones y no yo mismo, como ha sido mi costumbre. Pero en aquella ocasión, las cosas facilitaban cada vez más que llegáramos al fondo y planteáramos con toda hondura el problema del suicidio aquel. Tenía así oportunidad de discutir con Don Lu. Entonces era conmovedoramente joven y se sentía obligado a ser endemoniado, porque no quería aceptar la vida sencilla, ni sus dones fundamentales.

¡Hombre Don Q! —le repuse— esa explicación es un poco desilusionante. Estaba usted hablando de cosas muy radicales y de repente habla Su Merced de juventud y miedo, ubicando una polémica muy trascendental en un pequeño cuadro histórico-psicológico, con lo que adquiere usted una ventaja indebida, tanto sobre Don Lu —que no está aquí para contestarle algo desagradable— como sobre mí, pues no me ha dado material para inferir por mí mismo y de la palabra del propio Don Lu, como es que verdaderamente era. Me priva así de la satisfacción de sacar mis propias deducciones y monopoliza usted el relato. Pero en fin, ya lo hizo. ¡Adelante! Estábamos en que era usted el reverenciado gran Angel de la Escoba...

Don Q se quedó un poco mohíno, pero como era honrado, hizo un leve gesto de "tienes razón" y continuó como sigue:

"Me tuve que poner a la defensiva, pues no pude menos que pensar en la escoba, lo que distrajo mi atención por un momento. Sólo que no pensé en la escoba como un instrumento para barrer, sino para volar, y lo asocié con aquel grabado de Goya en el que aparece una bruja pestilente enseñando a volar a una preciosa que va a la grupa de la escoba, con las manos sobre los hombros de la bruja y la cara cubierta por el pelo. Esto me distrajo el tiempo suficiente para que Albert observara:

"¡Zas! Lo tocaste. Fuerte escobazo a la solemne sabiduría de Don Q, que guarda silencio.

"¡Soberbia, escobas, sabiduría, silencio!, tuve que resumir para recuperar ventaja. ¡Qué rica y sugestiva es la relación humana! Me obligan a ocuparme de mí mismo y tratar de justificarme. En realidad —añadí—, no los juzgo. Trato tan sólo de entenderlos, tal vez para entenderme a mí mismo. No sé qué me conmueve más, si la humildad de Ug o los esfuerzos de Lu para mantenerse en la línea que eligió y que lo ha venido arrastrando del señorío al suicidio, pasando sobre el agradecimiento de Ug, la expectación de Albert y mi propio temor. Confieso con toda ingenuidad que temo tu suicidio como a la muerte de parte de mí mismo. Lo temo como a una demostración definitiva, pues no habrá lugar a rectificaciones. Sólo hay una oportunidad, acreditada por lo menos, para vivir, y es esta que confrontamos ahora, 'ahorita', como decimos los mexicanos en nuestro exquisito afán de precisar el presente. Pienso con mucha curiosidad y frecuencia y debes tú hacerlo también, Don Lu, en el momento preciso de atestiguar

nuestra propia muerte: el 'ahorita' de nuestra muerte; esa fracción inconmensurable, irreductible, tan indivisible como nosotros mismos, que separa el ser y el no ser, o, por lo menos, el ser del no saber. Porque creo que la forma de ser yo, es básicamente, saberlo. Ser y saber, son...

"Me interrumpió Lu:

Capítulo XVII

REFLEXIONES SOBRE EXQUICITECES MEXICANAS. LA INOCENTE BLASFEMIA DE UN JEHOVA BIZCO, DE CODOS EN LAS NUBES, Y SE INICIA EL INTERESANTE TEMA DE DON NADIE EL DE LAS CULPAS DE TODOS Y OTRAS SUTILEZAS

"Dale con tus exquisiteces mexicanas, tus chorros de sabiduría y tus eternas suposiciones. Ya estamos como siempre, hablando, hablando, hablando, dándole categoría e importancia a todas las cosas. Para mí el problema no es la muerte, sino la vida y en rigor no la vida, sino mi vida, la mía, la que no puedo vivir como quiero. Todo lo demás que dices no me importa.

"Pero a mí sí; a mí sí me importa muy estrechamente todo lo demás, y me llama la atención algo que tú dices y sobre lo que mucho he teorizado: cómo vas al camino de la muerte porque no puedes vivir como quieres. ¡Qué curioso que algo tan vital como el querer se convierta en morir! ¡Que algo originado en la vida acabe con ella! ¡El querer contra la vida! Hay ahí una equivocación monstruosa de la que alguien tiene que ser responsable!

"No seas tan dramático, Don Q. Le estás dando a la vida una importancia que no tiene. Nadie puede ser responsable de esta porquería. Ante quién pudiera haber responsabilidad y de qué. Me imagino a un Jehová bizco, de codos en las nubes, tomándole cuenta a Ug de que robó la colección de monedas de mi padre (que a nadie le servía para nada, llenas de

polvo y herrumbre y que convertidas en dinero de este siglo nos fue deliciosamente útil). Ug le diría: 'Lu es el culpable, él me indujo, me enseñó la forma, me obligó con presiones morales; me dijo dónde venderlas, y cuánto cobrar, etc., etc., (Debo dejar constancia, aclaró Don Q, que aquí el pobre de Ug se puso colorado, se revolvió en su silla, iba a hablar, pero con un solo gesto lo aquietó Lu.)

"Yo, naturalmente, reconocería ser cierto todo lo que hubiera dicho o ladrado Ug y que hubiera sido comprensible y le diría: todo es cierto, pero no tengo ante quién responder de lo que se me pegó la gana de hacer. El único culpable de todo este infernal enredo si es necesario encontrarlo, eres tú. Un ojo le echaría la culpa al otro y eso explica el que estuviera bizco. La responsabilidad sería entonces un eco ridículo.

"¡No seas bárbaro! —se decidió por fin Ug a hablar—. No seas irrespetuoso. Te vas a salar. ¡No digas esas cosas! ¡No seas así! Además, yo no te echaría la culpa de nada. Dios sabe por qué lo hice. Yo...

"No te preocupes, mi buen Ug. No hay jueces ni puede haberlos. De existir jueces, tendría que haber jueces de jueces y el último quedamos en que tendría que ser bizco. Es la gente como el solemne de Don Q la que está empeñada en esa ridícula cuestión de las responsabilidades, que es el cuento de nunca acabar. A base de responsabilidades les van colgando las culpas que ellos deciden a los burros que quieren cargarlas. Y como yo no reconozco juez ni soy burro, no admito ninguna responsabilidad, ni le echo la culpa de nada a nadie."

(Oiga usted, Don Q —interrumpí—. ¡Qué curiosa expresión!: 'La culpa de nada a nadie...'

"Sí —me dijo don Q—, hay una sutil lógica, varias veces observada, especialmente por autores españoles, con la sola diferencia de que para ellos, nadie es un 'don', como yo, respecto de la necesidad de personalizar a nadie, para culparlo de las nadas del mundo, con lo que por el principio dialéctico de la 'negación de la negación' se resuelve en la extraordinaria afirmativa de que Nadie es el gran culpable de todo, que es lo que en el fondo estaba queriendo decir Don Lu, creo yo que para librar de responsabilidad a Dios, que en eso se parecía Don Lu a todos los grandes blasfemos, desde Lucifer y Judas para abajo. Hay ahí una gran cantera que explotar; pero continúo, 'si le parece bien'.)

"No es un problema de culpa, sino de responsabilidad —tuve que precisar— que no es lo mismo, si bien te fijas.

"Q se pone sutil —anunció Albert.

"Sólo preciso, pues es necesario distinguir entre ser culpable y ser responsable. La primera idea está unida a la del pecado y el delito; la segunda nada más a la idea básica de la libertad y es lo que lleva a la dignidad a las personas. Es, por otro lado, la fuente del mérito, que es el otro extremo de la culpa. Sólo una persona digna puede ser culpable o ameritada. Entre uno y otro extremo actúa la libertad.

"El joven maestro diserta —observó Albert.

"En efecto, vomita su sabiduría —subrayó Lu—; pero para mí tiene un serio inconveniente: es culpable de su mérito.

"¡Otro escobazo! —se rió Albert.

"Ug no entendió muy bien, pero se sonrió con alivio, viendo que Lu estaba ya chisporroteando como en sus buenos tiempos.

"¡Precisamente! —confirmé—. Este es el secreto de la libertad y la hermosa síntesis que, junto con la risa, completa la dignidad de la persona humana: tener el mérito de la culpa, que sólo se logra cuando se reconoce.

"Bueno —dijo Lu en tono de transacción—. Dime qué quieres que reconozca; de qué pecados quieres que me arrepienta ahora y en la hora de mi muerte y amén. Me dejas en paz, y listo.

"No quiero que te arrepientas de nada, porque no eres culpable de tu vida. Tan sólo pienso que tienes la responsabilidad de tu muerte. Hay tantas cosas por las qué morir, que morir por nada me parece la más grande de las idioteces. No

encuentro ningún mérito en eso. Lo mismo se muere por una que por otra cosa. La muerte es la misma muerte, cualquiera que sea su causa. ¡Hombre! Si vas a escoger la hora de tu muerte, escoge también la causa de tu muerte...

"¡Válgame el cielo, Don Q...! —empezó a interrumpir Lu; pero Ug lo atajó:

"Por favor, Lu, déjalo que hable, eso que dice lo entiendo yo muy bien y muchas veces te lo he querido decir: Vámonos muriendo por algo que valga la pena y nos morimos juntos. En un incendio salvando niños. Evitando accidentes. En un hospital dando nuestra sangre. ¡O hasta vámonos a la guerra!, o, o... (Era evidente que la imaginación de Ug se había agotado y no iba a dar mucho más de sí.)

"¡Claro! —lo reforcé—. La muerte es exactamente la misma causada por una enfermedad o porque le rompan a uno la cabeza en un asalto, o arrojándote al vacío para que el enemigo no tome tu bandera. Todos se han muerto. Todos nos moriremos. Sin embargo, hay muertes que tienen mérito y hay muertes que sólo son eso. Ya que se trata de escoger, escoge la causa de tu muerte. Porque o tienes el mérito de tu muerte, o tienes la culpa de tu muerte, o...

"O simplemente te mueres —comentó Albert— que, por otro lado, es lo que pasa todos los días. En este momento, les aseguro que hay muchísimos que se están muriendo tranquilamente. Nada más muriendo. ¡Pensándolo bien, no sé por qué hacemos tantos aspavientos!

"¡Cómo que por qué hacemos tantos aspavientos! —se le encaró Ug—. Pues porque tiene razón Q. A mí, a pesar de que soy muy bruto, no se me va de la cabeza que aunque nadie me pidió mi consentimiento para nacer, sí puedo escoger, si hay oportunidad, el porqué me vaya yo a morir. Y, ¡caray!, no hay ninguna causa para que Lu se mate.

Capítulo XVIII

DONDE SE HABLA DE LA PRESUNTA SANTIDAD DE DON LU, INMEDIATAMENTE DESMENTIDA POR SU SOBERBIA SATANICA, HASTA CASI IDENTIFICARSE CON DON NADIE QUE QUERIA MORIR POR TODO. APARECEN, NATURALMENTE, LOS HERMANOS KARAMAZOV

"¡Ah! —se rió Lu—. ¡Ustedes me halagan, mis queridos marqueses! Me están reconociendo madera de héroe o de santo mártir. ¡Muchas gracias! Ya me imagino un hermoso mausoleo de mármol en el que el buen Ug con sus propias manazas, estuviera esculpiendo lo que doctoralmente le iba dictando Q, mientras Albert, recargado en un triste ciprés del camposanto más indicado, se empujaba un tarro de cerveza a la salud de mi hermosa muerte: 'Aquí yace Don Lu de Tal y Ba, esforzado paladín del pueblo, que murió por la patria envuelto en el lábaro heroicamente defendido...' O bien: 'Aquí y en olor de santidad y sin que su cadáver fuera putrefacto, yace San Lu de Tal y Ba, muerto por redimir los pecados de los borrachos que frecuentaban la taberna a la que solía asistir para...' ¡No, mis alegres camaradas! Nada de eso, ni héroe ni mártir. Esta conversación con el sugestivo Don Q, cosa que no puedo negar, me ha forzado a analizar a fondo mi situación y llego a la conclusión de que, propiamente, no tengo móviles que merezcan, si de muerte hablamos, mi muerte. En realidad si me he de matar, me mato por Nada: que si por algo hubiera de hacerlo, no creo que lo hiciera.

"Estamos llegando al fondo de las cosas (continúa Don Q), y para agotar el filón descubierto, todavía dije:

"¿Ya ves, mi buen Lu, qué tremendamente satánica es tu soberbia? Estás tan endiosado que sólo admites Nada como móvil de tu muerte. ¿No hay algo digno de vivirse? ¿No hay algo por qué morir?

"Bueno, mi querido Sócrates —me repuso Lu—. Si quieres saber mi más íntimo pensamiento, para que después lo descuartices en tus laboratorios, te diré: Por qué vivir si encuentro: ¡mi ocio! ¡mi divino ocio!, clima y sustancia de mi gana, mi re-ga-la-da- ga-na. Así: ¡regalada! No pagada, ni comprada, ni alquilada, ni sudada. Mi real y regalada gana. Por eso sí vivo. Encuéntrame la fórmula tú, no yo, de cómo seguir viviendo en un ocio inconmensurable y no tendré ningún inconveniente en seguir viviendo. Pero esa posibilidad ha de llegarme así, porque sí, sin ningún esfuerzo de mi parte. Tan sólo porque yo soy yo. Esa es la condición que le pongo a la vida, o me muero. Y como no he de morir de hambre, porque sería indudablemente desagradable y del peor de los gustos posibles, mejor me desangro. ¿Qué te parece? El último esfuerzo que hice, tan sólo por investigar en mi capacidad de resistencia, fue el asunto ese de las monedas del viejo, que tú ya sabes. Pero fue un esfuerzo excesivo para mis nervios. Demasiadas emociones incontroladas; demasiadas instrucciones al imbécil de Ug lleno de escrúpulos pueriles. Toda una noche tuve que estar rompiendo la concha de su honradez para que se decidiera a hacerlo, y sólo hasta que lo emborraché, se decidió. Y tú sabes lo que es este monstruo borracho. ¡En fin! Me da flojera seguir narrándote el último de mis esfuerzos para continuar en mi ocio. ¿Quedó claro? Respecto de la muerte, definitivamente te digo que no, que no hay algo por qué morir. Tan sólo por nada."

(¡Oígame usted, Don Q, qué interesante se está poniendo su relato, qué postura tan extrema está asumiendo este extraordinario Don Lu. Ahora me explico por qué lo respeta usted y le dice "don"!)

"Sí —me contestó Don Q—. Era un 'Don' muy bien templado, era lo más próximo que he encontrado al Don Nadie, que quería morir por nada, del que antes hablábamos.

"Supongo que en alguna época pudo haber muerto por todo o por algo; pero le faltó vocación."

Pues esto está muy interesante —hube de insistir—, parece así un personaje como de novela rusa del siglo pasado. ¿No lo cree usted?

"Pues puede que sí, ya que quieres ser tan vulgar y asociar este relato que es autónomo con otros; pero si deseas que tratemos el tema, no tengo inconveniente: si bien te fijas, era una especie, un poco más radical, de los Karamazov. Hasta dos hermanos tuvo, que vivían con profunda devoción el sentido de la existencia trágica, que descubrieron desde muy jóvenes. Uno murió de delirium tremens a fuerza de ser débil; al otro creo que lo mandó matar su mujer. Pero ese es otro relato, otros dos relatos que, si quieres, en otra ocasión en que yo tenga ganas y esté de humor, te los cuento. Creo que debemos continuar este asunto. Y continuó así:

Capítulo XIX

SOBRE HEGEL, LOS MEXICANOS Y OTROS ASUNTOS QUE SE TRATAN PORQUE "EL TIEMPO ES NUESTRO; LA HORA SANTA, Y LA OCASION PROPICIA PARA PLATICAS SEMEJANTES"

"Aprovechando algo que te acabo de decir y que anticipé por el apremio de tus observaciones —le repuse a Don Lu:

"Si bien te fijas y quieres ser sincero contigo mismo...

"¡Oh sabio consejo de Polonio! —interrumpió Albert.

"...contigo mismo, ya que no tendrás por qué serlo con nosotros, o conmigo, morir por nada es morir por todo...

"Paradójico te pones, mi buen Sancho —me interrumpió Lu—. Ya anda por ahí cabalgando Unamuno en un rucio.

"Es que no ha cenado —explicó Albert—. Lo saqué de su cuarto temprano, y miren las horas que son. (Eran ya pasadas las once de la noche.)

"Lo único que puedo ofrecerles —dijo servicial Ug— es un poco de atole de maíz, bien espeso, que dejó aquí la cocinera antes de irse porque no le pagábamos. Y ese Unamuno ha de ser mi paisano, porque me suena a vasco.

"Yo no hice caso de la interrupción y continué:

"...morir por nada es morir por todo. Mira, Lu, creo que en el fondo tienes madera de redentor: quieres redimir todo el ocio del mundo, ya que te lo encontraste redimido de pecados, y debo reconocer que es importantte profundizar en el tema, porque andan en juego problemas que a mí me in-

quietan mucho: la libertad de la voluntad, que es un tema apasionante; el Espíritu Absoluto al modo de Hegel y una herencia mexicana que pocos entienden, y que tú compartes en forma inconsciente, mi estimado Lu, y que yo llamo 'la firme voluntad de ocio', que se celebra 'ahorita', se aplaza para mañana y se santifica el 'San Lunes'. Si ustedes me permiten, y considerando que todavía no dan las doce, hora mágica fijada por Lu para ausentarse de esta vida por algún absurdo complejo de ceniciento, yo podría desarrollar ese tema, ya que el tiempo es nuestro, la ocasión propicia y...

"¡No, no Hegel, no, por favor! —suplicó Albert.

"¡No, 'mexican curious', no! —protestó Lu.

"Ug nada dijo, y tan sólo se sonrió aliviado".

(Oígame usted, Don Q —lo interrumpí— ¿cómo es posible que seriamente pudiera usted proponer una cuestión así en un momento tan peculiar como aquél? Es natural que el abigarrado grupo no lo hubiera admitido, y si usted me hubiera dicho que lo habían admitido, yo hubiera sospechado seriamente que estaba usted adornando el relato, pues una amenaza tan académica, de ninguna manera entra en la lógica de los sucesos, ni en la psicología de los protagonistas tal y como me he dado cuenta de su idiosincrasia. Imposible suponer siquiera, que al cuarto para las doce, alguien, aun usted, pudiera andar con esas conversaciones...)

"Simplemente se trataba de agobiarlos con una conversación trascendental, para romper el propósito —me repuso con cierta ingenuidad Don Q—, pero no prendió.

(Bueno —le dije—, el hecho de que usted mencione el tema, me está indicando que lo quiere desarrollar, y como entre usted y yo "el tiempo es nuestro; la hora, santa, y la ocasión propicia para pláticas semejantes", pues ¡adelante!

(No puede negárseme un gran atrevimiento al no sólo admitir, sino de alguna manera provocar, una nueva interrupción, cuando el relato se había convertido ya en un diálogo de relativa agilidad: por lo menos bastante desenvuelto y hasta

sabroso. Pero como no se trata tanto de saber qué pasa con el asunto ese del suicidio que ya se planteó y del atole que ya apareció —para mi tranquilidad, pues no sabía cómo iba a llegar el famoso menjurje— cuanto de narrar para la posteridad las cosas de Don Q, me resolví a invitar a éste para que desarrollara un tema que evidentemente le interesaba. Me hubiera parecido sumamente injusto que además de Lu, Albert y Ug, también yo me hubiera negado a enterarme de lo que aquellos semitrágicos, si bien casi alegres camaradas, se habían rehusado terminantemente a que se dijera. No es imposible que esta sea la única oportunidad de que se diga lo que probablemente se va a decir, pues aunque debo adelantar que Don Q casi me lo dijo entonces, si no lo narro ahora, no es difícil que se me olvide, y entonces se quedaría en el enorme, casi inconmensurable almacén de las cosas que se han pensado y no se han dicho, y en el que probablemente se encuentran registradas en algún modo de memoria, las mejores de las cosas, aquéllas que se les han ocurrido a los silenciosos; a los que no tienen la vanidad de creer que tienen algo que decir; a los solitarios que no han tenido a quién decírselas; a los desesperados que no tuvieron ocasión de hacerlo; a los humildes que no se han dado la importancia para molestar; a los egoístas que no han querido transmitirlas, y a todos los demás que podemos imaginar tenían algo que decir y nunca lo dijeron. Considero inconveniente que estas cuestiones de Don Q se pudieran encontrar en ese caso, porque alguien podría interesarse por este extraño mestizaje entre uno de los abuelos de Don Q, Don Guillermo Federico Hegel, y los mexicanos. Pero como probablemente muchos de ustedes no quieran seguirme, les propongo como alternativa vayan a la página correspondiente, donde encontrarán la continuación de un relato que se ha ido alargando muchísimo más de lo que yo creía, tanto, que ya parece el cuento de la buena pipa.)

Capítulo XX

DONDE SE ABRE UN PARENTESIS PARA TRATAR CUESTIONES QUETZALCOICAS Y SE HABLA DE LA REDENCION, EL PECADO, LA CULPA, EL DESTIERRO DEL CAOS, LA HUMILDAD TRASCENDENTE, Y OTRAS COSAS MEXICANAS IGUALMENTE IMPORTANTES

En fin, le propuse a Don Q que abriera un paréntesis y después de ciertas reticencias, lo abrió para decirme lo que sigue:

"Pues bien, mi intrigado y buen Don Josefo (recuerden ustedes que me daba tratamiento de 'don' cuando de alguna manera me ganaba ese derecho, ya por la inteligencia de mi pregunta, o por la oportunidad de mi observación), yo siempre he pensado que nosotros los mexicanos, como un eco del autosacrificio que aceptamos del Quetzalcóatl, conservamos un invencible afán: denigrarnos, desgarrarnos y sangrar por las heridas que nosotros mismos nos causamos, en el afán de salvar nuestro mundo del ridículo o del desprecio de los otros mundos, en la conciencia de que uno y otro, risa y desdén, corresponden al acervo de las más íntimas esencias humanas, de aquéllas que se encajan directamente en la dignidad. En otra ocasión te hablaré de esto, si te parece; por lo pronto, acéptamelo. Pues bien, en ese afán de desgarrarnos, nos reconocemos titulares de todos los defectos de los hombres, del mismo modo que los rusos pre-revolucionarios se sentían responsables por todos los pecados de la Humanidad. Creo que en uno

y otro caso, hay una decidida vocación por el mesianismo que puede o no merecerse (temo el ridículo, si lo afirmo categóricamente), pero que de todas suertes condiciona nuestra conducta. Y no podría ser de otra manera (y aquí voy a extenderme, tenme paciencia). Recuerda que nuestros pueblos aborígenes reconocían como su responsabilidad —fíjate bien: responsabilidad y no culpa, para que entiendas bien mi conversación con Don Lu— mantener las luminarias del cielo en sus cuencas y sus órbitas. A esa responsabilidad atendían muy a su costa: o con el sacrificio propio, dolor y sangre, vertida no para redimir pecados, es cierto; pero sí para alimentar los cielos, que es uno de los sentimientos quetzalcoicos; o bien con la sangre ajena, vertida para el mismo fin cósmico, que fue el sentido tezcatlipoico, del que Huitzilopochtli fue significativa expresión. . ."

(Abro un paréntesis, aunque era para mí evidente que Don Q no sabía náhuatl, era claro que le gustaban las palabras de una lengua que tuvo el gran acierto de eliminar las "r" y las "rr", sonido horrendo, según me decía.)

". . .No hubo en nuestro mundo indio, propiamente, la idea del pecado, culpa trascendente; pero sí, y ello es importante, un increíble sentido de responsabilidad del hombre ante la creación, que hay que entender, para entendernos. El hombre indio, en su modestia, nunca se creyó el objeto de la creación. Reconoció, tan sólo, y con una firme humildad, su responsabilidad a mantenerla, a servirla sin esperar nada a cambio, fuera de la conciencia de compartirla y vivir en ella. Nuestra gente no pecaba; simplemente se responsabilizaba, que es una forma digna, humilde, conmovedora e inquietante de reaccionar ante el misterio que queremos sondear con nuestra ciencia o nuestra voluntad hasta llegar a un zumbido incomprensible que a unos hace santos, a otros hace sabios y a muchos, nada más blasfemos. Pues bien, el hombre indio no fue un hombre de culpa y pecados, sino de responsabilidades. En su humildad no construyó un paraíso, y ni siquiera in-

fierno para los hombres: concibió tan sólo la gloria anónima de mantener la creación, de ir manando sangre, propia y ajena, en el afán furioso de querer sus dioses que se alimentaban no de conducta humana, sino del dolor de los hombres. No fue la conducta la que halagaba a los dioses, fue el dolor del que se responsabilizaba el supremo renunciamiento de nuestra vieja gente, un dolor que, adviértelo bien, no era un castigo, sino una suerte de tributo. No importaba tanto cómo se viviera, cuanto cómo y por qué se muriera. Fíjate qué distinto. . ."

(Oigame usted, Don Q. Todo eso es muy interesante; pero no le encuentro relación con lo que me estaba diciendo. Será que yo soy muy objetivo y no entiendo esas brutalidades primitivas que usted sutiliza tanto.)

Don Q me contestó muy serio:

"Ten paciencia, Pepe, que son cosas importantes, nuestras cosas de las que hemos dejado que hablen los demás, y en las que casi nunca nos detenemos sino para destruirlas. Espera un poco, más adelante te hablaré de otras cosas, para ti más comprensibles."

(Perdóneme Don Q, pero es que ahora, como siempre, empezamos con el "ahora" y el "aquí" de una flor, como dijo el difunto Hegel, y nunca sabremos dónde y cuándo vamos a recoger el fruto.)

"Espérate, déjame decírtelo desde el fondo, para explicarte cómo es que nuestro afán autodestructor ha confundido nuestra humildad trascendente con 'sentimientos de inferioridad', y nuestra conciencia del presente, con la 'irresponsabilidad', que es el tema conexo que nos trajo, por tu solicitud, tienes que reconocerlo, a esta conversación. Déjame seguir". Y siguió como sigue:

"Es importante darse cuenta que nuestro hombre indio no era un hombre que amaba, si no que dolía. No nació para amar, sino para doler, y de una u otra manera tienes que reconocer que en las ramas de la cruz, en una encuentras amor, y en la otra, dolor, expresado en el misterio del sacrificio, pro-

pio o ajeno, voluntario o impuesto; pero en todo caso, sufrido. Esa nuestra gente vivió hondamente la ternura del dolor y lo aceptó en toda su trascendencia y lo llevó a sus últimas conclusiones en una responsabilidad mucho más honda que la de cualquier otro pueblo, que todos, en algún momento de su enfrentamiento con el misterio, acudieron al sacrificio para resolverlo o para propiciarlo. Yo, debo decírtelo, amo entrañablemente a mi esencia india; me conmueve profundamente su responsabilidad primigenia, aceptada con la más profunda humildad que raza alguna se haya autoimpuesto. Amo mis raíces, Pepe, éstas y las otras, las que atraviesan el mar y de un lado se van a los Pirineos y de otro al Africa. Amo a los indios, a los míos, en su profundo horror al caos, en su dolorosa responsabilidad cósmica, en su increíble vocación al orden de la creación; aunque en esta época ya no tengan más sentido que fundirse con todos nosotros para hacer una gran unidad, con todos los defectos y todas las virtudes y transmitirnos su profunda ternura hacia el mundo, su orden y sus dolores."

(Un momentito, Don Q, un momentito. ¿A qué viene esta repentina declaración? ¡Yo no le estoy reclamando nada! Parece como si se estuviera usted justificando. Trato, nada más, de que ordenemos esta conversación para que tenga fruto. De repente se me lanza usted con una pasión desbordada...)

"Sí, una gran pasión por mis cosas, por mis raíces, por esas raíces que me tienen asido al mundo, prendido a su redondez, las mismas que me permiten entender la raza humana, amarla y sufrirla, tanto más, cuanto más profundas.

"Amo a mi gente, que es una forma de amar a la Humanidad. Me gustaría sufrir por ellos. Fíjate lo que me gustaría: me gustaría el dolor por ellos."

(¡Ah, caramba, Don Q! ¡Me está usted resultando también con madera de redentor! ¡Pero cálmese, tranquilícese! Piense en lo que está diciendo: ¿De qué le serviría a su gente el que usted sufriera? Eso es estéril, irracional, no tiene sentido. Usted siempre tan analista, tan sereno, hasta solemne, y de repente rompe los diques de la razón y quiere resolver los problemas con el dolor y el sufrimiento. ¡Ya me lo imagino a usted pasándose puntas de maguey por la lengua y haciéndose sangrar las piernas! ¡No sea bárbaro, Don Q! ¿Qué le pasa? ¡Cálmese!, ¡cálmese! (Debo decir que no eran frecuentes estos arranques de Don Q. Sin embargo, en aquella ocasión, seguramente estimulado por el relato del suicidio, fue particularmente extremoso y desorbitado en su conversación y sus juicios. Ustedes se estarán dando cuenta de ello.)

Capítulo XXI

ACERCA DEL DOLOR Y POR QUE FUNCIONA, CON REFLEXIONES COMPLEMENTARIAS SOBRE LA FE EN LA JUSTA ARMONIA DEL UNIVERSO, EL VALOR DE LA RESIGNACION Y DE LAS ACTITUDES FUNDAMENTALES ANTE EL SER, CON OTRAS EXQUISITECES TRASCENDENTALES

"Déjame decirte todo esto o reviento —continuó Don Q—. Lo traigo aquí dentro (se golpeó el pecho) desde hace tiempo, y no lo he podido articular. Escúchame: ¿Sabes lo que pasa con el dolor y por qué funciona? Porque nos falta técnica para hacer el bien o para resolver las cuestiones. Te entregas al dolor por la desesperación de la ignorancia ante la fuerza de tu propia buena voluntad. Quieres y no puedes. No entiendes que no basta querer, y entonces la desesperación te hace entregar al dolor. Por eso los pueblos primitivos son pueblos que sufren. O hay dolor, o hay técnica. Lo importante es querer. Es, adviértelo, un problema de eficiencia de la conducta. Cuando esta llega al límite, la fuerza de la voluntad se desborda y se va por los caminos misteriosos del dolor, del sacrificio, buscando la compensación que la práctica no consigue. Ve en la voluntad del dolor la más profunda protesta humana contra la debilidad. No tienes fuerza para hacer; pero puedes entregar tu dolor para superar, o por lo menos compensar la impotencia. Claro que hay irracionalidad (la razón es tan nueva en el universo); claro que hay igno-

rancia, que es una forma de la impotencia. Ahora explícate que, a falta de capacidad, haya momentos en que quiera yo entregar dolor. ¡He visto tantas veces sufrir a nuestra gente! Pero no con ese dolor admitido por el orden de las cosas. Ese parece ser un dolor estúpido y vil que también me hace sufrir. Yo hablo del dolor buscado, del dolor admitido; del dolor abrazado. Es la moneda que los pobres, los miserables o los humildes, usan para pagarle a Dios."

(Oigame usted, Don Q, se me antoja que estuviera aquí Don Lu para que le contestara a usted alguna cosa que me está haciendo cosquillas y que sobre ese tema quisiera decirle...)

"No me lo digas y cállate la boca. Ya sé lo que dirías y desde luego te contesto: No sé para qué le sirve a Dios el dolor del hombre; no sé cuál es el papel que juega en el universo. Lo único que te quiero subrayar es que, existiendo, al aceptarlo pagas, redimes deudas o compras intenciones, en la medida que tu voluntad a eso va orientada. Es la última moneda con la que compras o con la que pagas las cosas definitivas. Hay una horrible semejanza entre el dolor y la muerte: se sufre y se muere de mil maneras; pero hay formas de sufrir y morir atadas a la vocación del sacrificio, y entonces resulta el mérito, el merecer, que es, en el fondo, la fe en una suerte de justicia, la convicción profunda de que, de algún modo, el dolor tendrá su balance. Adviértelo, en el fondo, el pueblo que sufre está afirmando su fe en la armonía y el equilibrio del universo. Y nuestro mundo indio puso todo su dolor en un lado de la balanza para que el equilibrio universal se mantuviera. Por eso, admiro a los que sufren y se resignan. Por eso, y tú lo sabes muy bien, amo a Beethoven."

(No puedo menos que observar estos pintorescos arranques de Don Q. Fíjense ustedes cuáles eran sus temas de reflexión. ¡Y puede que no anduviera muy desencaminado! Es cierto que la gente ruda e ignorante hace sacrificios en vez de usar antibióticos; camina de rodillas para obtener una bue-

na cosecha, porque no tiene un buen tractor y fertilizantes. Creo que la técnica, con todo lo que supone, es un enorme aparato por medio del cual el conocimiento está redimiendo al dolor en sí. Me gustaría haber platicado de esta cuestión con Don Q. ¡Pero no era el tipo de cosas que le atraían! No hay misterio en la técnica. A mí en cambio me interesa profundamente, a pesar de que soy un simple y modesto hombre de letras. Marcada la diferencia entre mi civilizada objetividad y la primitiva subjetividad de Don Q, lo que sin duda me pondrá a cubierto de crítica, como cautelosamente me lo propongo, continuaré con el relato de aquel singular personaje.)

"No creas —añadió— que esto que con vehemencia te digo, es un desvarío, ni que he perdido de vista el propósito que persigo con este paréntesis. Es que una cosa trae otra, cada momento su flor y cada flor su propio fruto en su mismo momento. Pero a mí me conmueve nuestro universo indio, al que tanto debo, a pesar de que pienso como occidental. Creo que pocos pueblos han tenido una humildad tan profunda como el nuestro. Y la humildad no es sentimiento de inferioridad, sino un severo sentido de la proporción universal y una plena conciencia del misterio. No voy a hacer un elogio de la humildad. Ya está hecha por autores y santos cristianos y contradicha por la vesanía de orgullosos cristianos. Leyendo El Chilam Balam me encontré esta pregunta, de una humildad angustiosa que, por sí sola, santifica al mundo indio:

"¿Soy alguien yo?, dice en su espíritu el hombre.

"¿Soy éste que soy?, dice en medio de la tierra.

"Estas preguntas fueron prueba brutal para mi yoeidad, porque entendí la más radical humildad que hombre alguno ha admitido ante el universo.

"Ante el problema del ser, los grandes libros han dicho frases extraordinarias:

"Yo soy el que es —dice Jehová.

"Yo soy el que soy —afirmó el Quijote.

"Ser o no ser, es el problema —planteaba Hamlet.

"Pero nadie, desde lo más profundo de su *yo* y ante el pasmo del infinito, se había preguntado si es alguien y si es el que es. La duda todavía más radical en su inacabable humildad, que aquella observación que resulta de que "la vida es sueño y los sueños, sueños son". Fíjate bien, licenciado en derecho, fíjate bien: hay alguien que se ha preguntado si es alguien; hay alguien que se ha preguntado si es el que es. ¿No lo encuentras extraordinario, de una increíble profundidad? ¿No crees que es una de las más graves preguntas que se han planteado para la inquietud ante la existencia y persistencia del *yo*? Fíjate en la profundidad de las cuestiones: ya no se trata de saber qué o quién soy; tan sólo se pregunta si es alguien, si es el que es, que vale tanto como a inquirir qué papel juega esto que soy en el insondable problema de la conciencia universal. ¿No te parece?"

Aproveché la ocasión de esta última pregunta para hacer alguna observación al respecto, arriesgándome, por cierto, a incurrir en el disgusto de Don Q; pero como la conversación había derivado por tan extraños vericuetos, pensé que nada perdía si se interrumpía, pues ya estaba yo bastante cansado de tanto andar de flor en fruto y de fruto en flor, así que le dije:

"Oigame usted Don Q, usted siempre les da interpretaciones demasiado trascendentes a las cosas, aun a las más simples. Si me pregunta a mí lo que me parece esa cuestión a la que tanta significación y sentido le da, tengo que decirle que me parece de un primitivismo aterradoramente ingenuo y sin sentido. Es contradictorio y balbuceante. En fin, no sé por qué se ocupa usted de esas cosas y saca inferencias y conclusiones y se entusiasma y hasta se exalta. Analice usted con la razón la pregunta y convendrá conmigo en que es inquirir por nada. Al fin y al cabo, ¿qué cuestión plantea? Lo invito a que analicemos parte por parte y verá usted cómo. . ."

No pude terminar. Don Q se me quedó viendo con gran

fijeza hasta que tuve que bajar los ojos, porque me puso nervioso y entonces me dijo:

"¿Ya ves por qué te digo el licenciado Pepe Seco? Pues porque tienes el alma disecada entre los tres o cuatro palos del análisis o cinco, diez o los que quieras, si te vas a poner a analizar lo que te digo. Hay palabras que no son palabras. Hay cuestiones que no son cuestiones: son estrellas, y las que te dije son eso: estrellas, esferas y música. Si tienes, como la tienes, el alma seca y la imaginación caduca, nada te han de decir. Peor para ti. Resígnate a tu imbécil racionalidad. Córtate las alas y estrecha tu pecho, seca tu corazón y llénate tu calabaza con el aserrín del análisis, ese que queda después de sacudir el árbol de Porfirio. Si no entiendes la importancia del asunto que te estoy planteando, verdaderamente no sé por qué estoy hablando contigo. Mejor me callo la boca y aquí dejamos el asunto."

Guardó silencio sin dejar de mirarme, con lo que se planteó una situación muy tensa, pues yo no podía permanecer con los ojos bajos y sabía que, si le mantenía la mirada, nos íbamos a pelear y yo no quería llegar a ese extremo, por lo que con la mejor de mis sonrisas pude decirle con cierto balbuceo:

"¡Hombre Don Q, no sea usted intolerante! A mí me interesa mucho lo que me dice y piensa, precisamente porque no lo puedo pensar ni decir. Pero me parece notoriamente injusto que se enoje usted porque pienso y digo con sinceridad las cosas que me sugiere lo que usted conversa. ¡No es justo! ¡Yo le suplico que continúe usted! Perdóneme, no se impaciente y dígame si puedo opinar o nada más oír. Quiero mantener el privilegio de su amistad y sería muy doloroso para mí que usted se enojara y me privara de sus conversaciones. Yo reconozco mis defectos. Efectivamente me he ido secando conforme el tiempo ha pasado y me ha impuesto exigencias. He transigido, lo reconozco. Con toda humildad le suplico me diga si, en mi desagradable sequedad, me considera usted alguien, y si así es, continúe usted."

Don Q se sonrió con esta última salida y me dijo:

"Claro que eres alguien: eres un licenciado seco y analítico a quien a pesar de todo aprecio y con el que me gusta conversar porque, de otra suerte, estaría yo monologando, lo que además de monótono, es bastante estéril. Olvidémonos de este incidente y sigamos adelante con la cuestión."

(Continuó como sigue, pero claro está que yo me quedé firme en la impresión de que Don Q era un ser sumamente fantasioso que de cualquier cosa que lo impresionara sacaba inferencias trascendentales y establecía situaciones inesperadas y frecuentemente absurdas; pero eso era precisamente lo que lo hacía pintoresco y por eso me ocupo de él.)

"Todo aquello te lo decía —continuó Don Q— para acreditar la peculiar condición de nuestro mundo indio, en el que tú también de alguna manera estás metido, aunque no te des cuenta. Quería acreditar una cosa fundamental, en la que debo insistir aunque vea en tus ojos el vacío de la incomprensión y hasta cierta expresión de burlilla. Pero no me importa. Ya te perdoné y con eso justifico la posibilidad de seguir hablándote de lo que a mí sí me interesa. Mira: quiero destacarte que, mientras el hombre indio fue autónomo y dependió de sí mismo, cultivó la responsabilidad de mantener el orden universal mediante el culto a la sangre y al dolor. Fíjate bien, para que no lo clasifiques como algunos imbéciles lo han hecho como un masoquismo trascendental. El dolor como parte de un culto, no como castigo sino como la obligación más exquisita del ser humano, de una categoría más alta que la misma moral. Ellos elevaron a norma máxima algo que de algún modo late en todas las religiones de todos los pueblos: el sacrificio. Pero ninguno llegó al fondo, como el nuestro, que, como te he dicho, tan a su costa lo mantuvo.

"Y en torno a esa idea, o mejor, a esa acendrada responsabilidad; a ese celo cósmico, construyeron todo un orden y mantuvieron una disciplina increíble. Fíjate bien, José, una disciplina increíble, de una rigidez inflexible, especialmente

expresada en el pueblo epónimo, el azteca. Recuerda cómo vivieron y cómo murieron a hierro y sangre: sus dioses se convirtieron en demonios, sus reyes en esclavos y sus vasallos en polvo. Vaciado el mundo de su responsabilidad. ¿Qué se le dio en cambio? El otro brazo de la cruz, me vas a decir. La doctrina del amor (impuesta por la sangre, bien es cierto); pero en el fondo, adviértelo bien, se les ofreció toda una doctrina de conducta para obtener la salvación personal; el mismo dolor era un vehículo de salvación personal. Algo que jamás se les había ocurrido. ¡Otro mundo, José! ¡Otro mundo! Un mundo bastante egoísta, si bien lo estudias: un buen negocio, cambiar conducta y buena intención por una eternidad de venturanza. ¡Otro mundo! ¡Qué distinto al sordo sacrificio sin esperanza personal! De dar todo, a pedir todo. Una vuelta de campana total: ninguna responsabilidad trascendente para la especie; tan sólo la expectativa de la gloria y la inmortalidad personal. ¡Poca cosa para quienes sobre sus hombros sustentaban la responsabilidad de la creación mediante el sacrificio anónimo. ¿Te das cuenta, mi estimado José? —Y aquí Don Q, a fuerza de inquirir, me pelaba tamaños ojos—. ¿Te das cuenta cómo, repentinamente, toda una raza se queda sin responsabilidad? Fíjate: brusca, brutalmente, el universo indio se hundió en la Gloria del Señor de Occidente y toda una raza se quedó sin misión, sin responsabilidad, con todo su dolor sin sentido ni esperanza. Su dolor se convirtió en la sórdida miseria de aquel que no tiene más objeto trascendente que salvarse a sí mismo. ¡Qué contraste!: de salvar al Universo; de alimentar al sol para que tenga fuerzas y pueda vencer a los muertos del Mictlán, que se le cuelgan en su afán de hacer noche el orden del Cosmos, a seguir sufriendo para salvarse a sí mismos."

Capítulo XXII

DONDE CONTINUAN LAS REFLEXIONES DE DON Q SOBRE EL MUNDO INDIO Y SU CAPACIDAD DE RENUNCIACION PARA SALVAR EL UNIVERSO. LANZA DON Q UNA ESCALOFRIANTE PROFECIA

Cuando llegó a este punto, no pude menos que interrumpir a Don Q que me parecía estaba llegando demasiado lejos y lo interpelé:

"Oigame don Q. ¿Se da usted cuenta que está justificando los sacrificios humanos, el derramamiento de sangre propia y ajena en aras de ídolos y creencias primitivas y absurdas? ¿Cómo es posible que se enrede usted en tan aberrantes consideraciones que carecen de todo sentido y lógica? Con razón sobrada el hombre occidental arrasó todo ese mundo absurdo y lo substituyó por la doctrina del amor al semejante. ¿Qué es usted idólatra, o qué le pasa? ¡Explíqueme, porque me tiene asustado! Resulta que hace un rato no quería usted que Don Lu se suicidara y ahora está usted justificando el sacrificio humano y las aberraciones idolátricas. ¿Quién lo entiende? ¡Yo no!"

"¡No seas tarado, mi pequeño Josefino! ¡No seas tarado! Me obligas a descender a explicaciones para niños. Si alguien cree en la función universal del egoísmo, soy yo, metido como sabes en mi yoeidad y desesperadamente dispuesto a salvarme. Simplemente (y es penoso que lo tenga que explicar), estaba describiendo ese mundo y comparándolo con otro, en sus úl-

timas consecuencias, en sus quintaesencias. Olvida ídolos y anécdotas. Haz a un lado la piedra de los sacrificios y las doncellas tiradas al cenote. Olvídate hasta de la sangre y quédate con la actitud. No pretendo que en tu lamentable falta de imaginación, te conviertas a la idolatría y te pongas a sacrificar gente o a sangrarte. Sabemos que los mundos se mantienen en sus órbitas por complicadas leyes de mecánica celestial, en la que casi es seguro que para nada cuente el dolor. Claro está que se dejó de sacrificar y no se quedó el sol en la noche de los muertos, anonadado con ellos. Lo único que te pido es que te pongas en su lugar y trates de actuar como si fuera cierto que el sol, para salir, requiriera del sacrificio. Eleva a máxima de observancia la necesidad de proporcionarlo y trata de entender lo que era una auténtica responsabilidad cósmica, en la que el individuo se fundía sin esperar otra cosa que no fuera el destierro del caos. Analiza los principios, las actitudes y no el valor científico de los supuestos. Piensa. ¿qué harías tú si te exigieran tu dolor para que el sol saliera?"

Confieso que traté de entenderlo; pero no pude. Sin embargo, hice un gesto de conformidad, con vista de lo cual Don Q continuó su conversación del siguiente modo:

"Quiero que entiendas muy bien lo que le pasa a un pueblo cuando repentinamente le quitas la máxima responsabilidad que jamás raza humana se hubiera impuesto. Imagínate el ensordecedor silencio que se hizo en el mundo indio cuando resultó no sólo que no tenía responsabilidad, sino que tenían derecho a la salvación personal, porque sus pecados habían ya sido redimidos por la sangre del hijo que tenía una madre amorosa, dulce y tierna. Toda una historia vaciada de contenido; toda una raza privada de misión, de la misión que su propio genio y su peculiar vocación se había autoimpuesto."

"Pero Don Q —lo interrumpí—, sigo sin entender cómo es posible que usted, precisamente usted, esté de algún modo justificando el sado-masoquismo del sacrificio con base en supuestos absurdos y con vista a propósitos irracionales. Es irritante que gaste tanta saliva. ¿Qué le pudo pasar a un pueblo al que le quitan tan horrible vicio? Pues, ¡nada! Se ha de haber sentido liberado de una carga absurda. Pero además, Don Q, usted habla de pueblo, raza, hombre indio, como si fueran entidades permanentes, y perdóneme, pero las siguiente generaciones a las generaciones aberrantes, no tenían ni siquiera por qué acordarse, educadas como fueron en una mística totalmente distinta. No creo que tenga usted derecho a sacar inferencias para nuestros hombres contemporáneos, de lo que ocurrió hace siglos. No puedo admitir de ninguna manera que diga eso de 'el vacío de la responsabilidad para el hombre indio' y esas cosas y las que seguramente me va usted a decir como consecuencia de lo que ha dicho."

"Mira, mi polémico licenciado: lo que tú quieres, es discutir con argumentos y eso no se va a poder. Yo no argumento; yo me vacío; a mí me fluyen las cosas conforme a los estímulos que recibo y conforme a un montón de imponderables que me opongo a analizar. Sin embargo, es conveniente precisar a tu miopía algo elemental. Es evidente que el supuesto trascendental del mundo indio no era cierto. Claro que el sacrificio, el dolor, no sirven para completar el giro del sol y desterrar el caos. Eso no modifica la situación. Descubierto el error, el sacrificio humano se esteriliza y se convierte en asesinato, de esos que ustedes, los abogados, llaman delitos tipificados por el Código Penal. Pero hasta que se descubrió y se comprobó el error, antes no; antes vale la consecuencia porque se admite el supuesto. Es un problema de sinceridad en el propósito y de fe en el procedimiento, o para que lo entiendas con tu lenguaje forense, 'admíteme sin conceder y ponte en la hipótesis absurda' de que el orden de las cosas es como el mundo indio decía que era. Empápate de ese supuesto y vas a ver, si eres sincero y puedes ser profundo, como, conforme se agranda el mundo de las intenciones indias, se empequeñece el mundo occidental, pues en su historia, sólo Uno y quizá otros pocos más, vertieron su sangre por salvar al mundo mo-

ral. Los demás hemos sido los redimidos. Todos los indios fueron redentores, cierto que no del mundo moral, que esa cuestión, debe decirse, no la plantearon; pero sí del mundo cósmico, de la hermosura del sol y de la belleza de las estrellas; del orden, que rescataban periódicamente del horror del caos y del vacío terrible de la nada. (Esto último lo dijo Don Q en un tono lento, bajo, susurrante que, lo confieso, me impresionó.) Y esa aptitud de la raza, no ha sido substituida por ninguna otra misión: nuestra gente tuvo el madero de la redención como responsabilidad y no la muelle condición del pecador redimido. Algún día (y aquí Don Q alzó la voz y gritó casi) de alguna manera, la sangre india que aún quede, revuelta en las venas y arterias con la sangre de otros pueblos egoístas, contribuirá a redimir generosamente al mundo, sin pedir a cambio nada más que la gloria del orden universal. Algún día, y ese día será el amanecer de la raza humana. Algún día habrá una misión, una responsabilidad que sacuda al generoso volcán apagado de la renunciación india. ¡Oyelo y estremécete! Porque será el fin del mundo de los hipócritas redimidos, de los orgullosos herederos del dolor ajeno, de vientres repletos, intenciones vanas y orgullos vacíos. ¡Será otro sol. . .!"

(Aquí Don Q se calló y se quedó quieto un rato. Confieso que no consideré oportuno interrumpir el silencio, pues era evidente que el hombre estaba endiosado con su profecía que, también debo decirlo, sentí como una amenaza indirecta para mi persona y mi temperamento. Transcurridos algunos minutos, continuó Don Q como sigue:)

"Estoy convencido que, vaciada la misión racial del indio, su mundo se sumió en el silencio y jamás se ha interesado por otra responsabilidad. Los acusan, los acusamos de inertes, desidiosos, irresponsables, quietos, contemplativos, abúlicos. ¿Qué les hemos dado en cambio? ¿Trabajos de minas, canteras y buenos negocios? ¿Qué les ofrecen los bichos como tú? Incorporación al progreso técnico, al aquelarre empresarial, a la

proletarización urbana? ¿Qué les ofreces? ¿Penicilina y tractores? Poca cosa para un enorme mundo interior, aterradoramente vacío".

"¡Ahora sí que protesto! —lo interrumpí—. Eso que me dice es una variante de la actitud literaria y romántica frente al comportamiento con el mundo indio. Esa postura de usted, es inhibidora y estéril. No contento con amenazarme con sus ridículas e improbables profecías, me acusa usted como si yo fuera un encomendero y parece encontrar recomendable que de algún modo vuelvan los sacrificios, los altares ensangrentados y los horrores de un mundo primitivo, sórdido y absurdo. Se calienta usted con sus lucubraciones, y en su afán de trascendentalidades, pierde la honda y se vuelve loco. No lo puedo entender, por más que. . ."

Don Q me interrumpió a su vez:

"Pero eres mucho más limitado de lo que me había imaginado. Nada entiendes. Jamás podrás entender la trascendencia de los principios y la importancia de las actitudes primigenias, y como de seguir aquí me enojaría contigo, aquí dejo esta conversación."

Capítulo XXIII

DONDE SE VUELVE A TOMAR EL HILO DE AQUEL SUICIDIO FRUSTRADO Y SE REFLEXIONA SOBRE LA CULPA Y LA NECESIDAD DEL PERDON PARA ESTRENAR TIEMPOS VIRGENES EN PUNTA DE CINTAS INFINITAS

Y en aquella ocasión se fue disgustado, sin hablar de Hegel y sin añadir cosa alguna respecto de los mexicanos; el espíritu absoluto y el ocio, por lo que es muy probable que se queden en el almacén de las cosas pensadas y nunca dichas, aunque posteriormente, ya más tranquilo, algo expreso. Creo que fue en una ocasión en que casualmente me lo encontré, y le dije:

"Oigame usted, Don Q, nunca terminó de contarme el asunto aquel del suicidio y el atole. Nos enfrascamos en una lamentable discusión sobre los sacrificios humanos y usted me dejó muy apenado. Espero que el tiempo lo haya tranquilizado. Yo, de mi parte, debo decirle que estoy arrepentido y que si alguna impertinencia dije, espero de usted sepa perdonarme."

"Déjate de idioteces, Pepe Seco. Pero es muy importante eso que acabas de decir, lo del tiempo y el perdón. Desde luego que te perdono, si de algo tuviera de qué perdonarte. Más adelante sigo con el cuento ese de Don Lu. Pero ahora se me ocurre la enorme importancia que el perdón tiene en el mundo moral de la culpa y el pecado. El perdón es la antimemoria que, recuerdo ya te dije alguna vez, es el antitiempo. Si en-

tiendes dialécticamente lo que te acabo de decir, resulta que el perdón es un recurso generador de nuevas oportunidades de tiempos vírgenes. En un mundo moral de culpas sin perdón, viviríamos siempre amarrados al pasado. Seríamos sólo la historia de nuestras culpas, sin posible redención. Fue otro gran invento el perdón. ¡Te perdono, José! ¡Te perdono!

"Qué alivio me da, Don Q, no sólo porque me abre una lucecita en la obscuridad en que me dejó nuestra última conversación. Ahí hablaba usted, de la redención de la sangre y el dolor. Ahora, se lo confieso, sentí como una caricia con eso que me dice del perdón. Es otro mundo, aunque, como de costumbre, no entiendo esos 'anti' que me dice y menos esa cosa tan curiosa de 'tiempos vírgenes'."

"Claro, es otro mundo. Aquél es el mundo de las luminarias y los tigres. El mundo de las púas y las garras que sirven para doler y desterrar el caos. Este que ahora te digo, es un mundo distinto. Este es el mundo de la intimidad humana, el íntimo mundo de la voluntad que construye su propia armonía interior. Has de seguir pensando que estoy loco, como me lo dijiste la última vez. Trata de entenderme: yo soy aquél que trata de entenderlo todo y que casi no me comporto. Ahora me conmovió, quiero serte franco, que me hayas pedido perdón y me llamó la atención que hubieras hablado, casi simultáneamente, del tiempo. Voy a ponerme en la hipótesis de la culpa, hija mayor de la libertad, y, como en otra ocasión te dije, hermana carnal del mérito."

(Qué cosas tan importantes decía este bárbaro de Don Q, ¿no le parece? No sé de dónde le salían tantas. Parece como si hubiera estado en constante ebullición. Pocas entendía yo, muchas me aburrían y algunas me daban coraje. Pero ésta resultaba aparentemente amable, así que, si les parece, continúo con la conversación de Don Q.)

"Pues bien, el mundo de la culpa es un mundo exclusivamente humano y privativamente interior. Hasta él no llega la luz de la luna y en él no hay ley de la gravitación. No es

un mundo de conocimiento; sino de reconocimiento. Tú reconoces tu culpa, cuando con toda tu libertad contemplas tus intenciones y tu conducta. Tú eres el juez de tu culpa. Sólo tú, privativa y exclusivamente tú. Reconocida, se fija con todo el horror de la Historia y sería eterna si no hubiera perdón... o tal vez castigo. Pero, ¿quién perdona y por qué? Fíjate bien, hombrecito que tratas con jueces de justicia y de castigo, ¿quién perdona y por qué? Tú mismo, desde luego, no. Te puedes arrepentir, que es el precio del reconocimiento y tu tortura. Te puedes castigar. Pero tú no te puedes perdonar. ¿Quién perdona, entonces? ¿O es que el hombre está horriblemente solo y no hay quien lo perdone? Dime tú, hombre de leyes, ¿quién perdona? ¿Quién perdona al culpable? ¡Necesito a Dios para que me perdone! ¡Si no existiera, tendría que inventarlo mi ansia de perdón! Porque, o es eso, o es otra vez el dolor. Sólo que ahora como castigo. Sería otra vez la suposición de que la armonía del Universo exige, sádicamente, el castigo para la remisión de las culpas. ¿Otra vez el dolor? y ¿para qué? '¿Sube el dolor como el copal, como el incienso, para emborrachar a los dioses?' ¿Se purgan las culpas reconocidas, sólo con el dolor en el cadalso cósmico? Tiene que haber un perdón, para poder empezar de nuevo, para estrenar tiempos vírgenes; para no perderse en el agobio de la memoria."

"Oígame usted, Don Q, escuchándolo parece usted algo así como un gran pecador y yo sé que es usted un señor fundamentalmente bueno, por lo menos casi no se comporta. Sólo está usted piense y piense. Me ratifico en la opinión de que es usted demasiado místico. Plantea usted ahora problemas así como de padre de la Iglesia, y hace tiempo como si fuera gran sacerdote indio (lo que no le dije y creo hice bien, fue que lo que le encantaba era hacer frases).

"Pero —le dije— recuerdo que Don Lu le discutía a usted la existencia misma de la culpa. ¿Y si no hay culpa trascendente? ¿Para qué se tortura usted con la cuestión esa

del castigo y el perdón, que bien es cierto, abre un tibio rincón en el mundo de las posibilidades, algo así como el abrazo del padre a sus criaturas?, es un refugio amoroso en donde está uno a cobijo del frío del Universo."

"Claro —me dijo—, como que está sometido en su propia yoeidad; es, como te dije, una relación directa y exclusiva de tu conducta contigo mismo; no sale del ámbito de tu individualidad... salvo que se advierta la necesidad del castigo o la posibilidad del perdón, como formas de autogeneración de la oportunidad de ser mejor, y entonces es cuando sientes la necesidad de un Dios del castigo o un Dios del perdón. ¡El terrible Dios de los juicios, que hace temblar al hombre de Occidente!

"Pero tienes que entender que es este un mundo admitido y reconocido: el mundo de la culpa. Admítelo y lo demás te vendrá por añadidura. Más aún: admite tu libertad y se te vendrán la culpa y el mérito, las dos caras de la conducta, que te llevan al castigo o a la gloria... o a un silencio horrendo: la intrascendencia de tu conducta ligada, entonces, a la definitiva transitoriedad del yo; que es la angustia de mi ansia de persistencia; esa ansia que a veces comparto con mi tío Miguel" * —y guardó silencio.

"¿Qué le puedo decir, Don Q, si usted nada puede profundizar en ese problema?"

* Tiempo después me dí cuenta que Don Q se tomaba la libertad de considerarse sobrino de Unamuno.

CAPÍTULO XXIV

DEL LIBRE ALBEDRIO

"¡Sí profundizo! —me gritó casi exaltado—. ¡Sí profundizo! Soy dueño de mi voluntad y me siento plenamente responsable de mi íntima conducta. Muchas veces he pensado que, junto con los demás centros de conducta con los que me relaciono y, más aún, pueda relacionarme, soy, como ellos, a modo de la punta libre de una cinta originada en el infinito y destinada al infinito, que va quedando coagulada en el ámbito de los tiempos transcurridos y los espacios enjutados. Me responsabilizo de mi sentido, porque soy, como todos los que lo son, una punta del infinito que no tiene frente nada más que a un tiempo, vacío de todo, en el que voy tejiendo mi propia conducta. No sé si después mi conciencia brillará para contemplar los coágulos de mis pasadas acciones, las buenas y las malas; pero ahora, en este momento concibo la libertad, la mía, y soy libre. Me responsabilizo, por mi voluntad, de los tiempos transcurridos, ante quien quiera hacerme valer la necesidad o la fatalidad de mi conducta. ¡Soy una punta del infinito en busca de tiempos nuevos! ¡Me sé libre hasta del Dios personal que me hubiera creado y al que tuviera que pedir perdón! No sé si entiendes."

Y entonces me pintó —porque también pintaba— un cuadro en el que figuraban extrañas serpentinas de colores originadas en círculos y destinadas a ochos que se integraban de la misma serpentina en la que había un extraño rostro como proyectado en lo que llamaba "el coagular del tiempo", ma-

nos señalando atrás y adelante y en ambos casos manos golpeándose lo que podría ser el pecho. Una cosa rarísima que tampoco entendí, por cierto, aunque no se lo dije, porque él suponía que me estaba aclarando mi estupor. Lo dejé en la duda, y le dije:

"Extraño cuadro, Don Q. ¿Cómo lo llamaría?"

" 'Del Libre Arbitrio' —me repuso muy serio, y añadió—. ¿Ahora sí entendiste? ¿Verdad?"

"No, Don Q, francamente no lo entendí, francamente no lo entendí... No creo que eso sea pintura, porque no se explica por sí solo; no es autónomo; es algo así como literatura."

"Es cierto —me dijo—, es lo más aproximado a la expresión logística —de logos— de la libertad que se haya pretendido plasmar. No lo entiendes. Puede que yo tampoco. Pero no creo haber perdido el tiempo. Por lo menos intenté expresarme y se me salió del alma dolorida una canción sin pentagrama: el Himno de mi libertad en el infinito".

Y se quedó con una expresión de gran placidez en su flaco semblante (porque Don Q, como correspondía, era flaco, aunque con gran fuerza muscular, de la que estaba muy orgulloso. ¡Curioso! ¿No lo creen ustedes?).

Capítulo XXV

SE CONTINUA LO DEL SUICIDIO CON MAS REFLEXIONES ACERCA DE LA REDENCION DEL OCIO

Aproveché la ocasión para suplicarle que continuara con el ya viejo relato del suicidio frustrado de Don Lu, y accediendo, me dijo:

"Recordarás que tratábamos el asunto de la redención del ocio que entrañaba la actitud de Don Lu y que no me dejaron academizar con Hegel y me metí contigo en los vericuetos de la voluntad cósmica de nuestro mundo indio.

"Debo decirte que el solo rechazo de un tema de conversación, tan enérgicamente afirmado por Don Lu, revelaba, ya, decisión de vivir, de donde colegía que estaba logrando mi propósito, y entonces les dije:

"Está bien, no tocaré el tema, si les molesta.

"Nos molesta —dijeron al unísono Albert y Don Lu—. Definitivamente nos molesta.

"Bueno —añadí (continuó Don Q)—, de todas maneras queda viva mi observación de que con tu muerte estás redimiendo todo el ocio del mundo.

"¡Payasadas! ¡Frases vacías! —me repuso Don Lu—. ¡Nada de eso! Yo no redimo nada, ni pretendo hacerlo con mi muerte. Ninguna voluntad expreso con mi voluntad de muerte, salvo la de desaparecer de un mundo absurdo, cuyo orden no admite mi voluntad de existir. Un mundo idiota lleno de trabajo en el que el trabajo nada garantiza; lleno de enfermedades, charcos pestilentes, dolor y miseria ab-

surda. Un mundo lleno de injusticias, rezos, supersticiones y ritos absurdos. Un mundo lleno de bofetadas en las mejillas, un mundo lleno de rutina y construido sin imaginación. ¡Tan fácil que hubiera sido para quien hubiera podido hacerlo, cubrir la redondez de la tierra con puros lirios del campo, flor que tengo en el blasón de mi nobleza! ¡Tan fácil!, ¡pero, nada!: perros que orinan en árboles y se huelen el trasero y se pelean por la perra y te lamen la mano con el mismo hocico. Un solo hocico. En los perros y en los hombres: un sólo hocico para besar y blasfemar, para rezar y vomitar, un solo conducto para procrear y orinar. ¡Qué horrible falta de imaginación! Y así todo lo demás. ¡Qué horrendo mundo que no admito, ni quiero para mí! Mientras más hablo contigo, más me convenzo de que me quiero largar. Y para tu información: cualquier cosa que encuentre, o que no encuentre después, es preferible a esta idiota porquería. Y si no hay nada, ¡mejor! Y si hay y no me gusta y me dan libertad para largarme, también me largo y me estaré suicidando hasta que se me pegue la gana.

"¡Ah, Chihuahua! —dijo Albert con un bien cultivado acento alemán—; eso es lo que llamará, sin duda, una firme vocación de perecer...

"¡Exacto! —aceptó Don Lu—. ¡Exacto!: una firme, arraigada y bien meditada voluntad de perecer; entre otras cosas para que bichos del tipo de Albert no te estén calificando y faltándote gravemente al respecto.

"Reconozco —añadí— que este es un mundo imperfecto. Todas las formas inmersas en el fluir infinito, lo son. Sólo la voluntad de querer lo perfecto, es perfecta; pero impotente. En el fondo de tu vocación por el ocio estás manifestando tu voluntad de perfección, que es, en el fondo, una forma de amar a Dios".

"¡Qué Dios ni qué Dios! —me contradijo Don Lu—. Para qué metes a ese señor en nuestras cosas. ¡Déjalo en paz, sentado en sus nubes y jugando con los juguetitos que se

inventa! Si ese Dios del que hablas fue el autor de esta porquería...

"¡No te metas más con Dios! —le dijo Ug—. ¡Cuando no lo niegas, lo insultas! ¿Qué ganas?

"¿Que qué gano? Nada. ¡Pierdo! Pierdo mi tiempo ocupándome otra vez de lo mismo que tenemos que ocuparnos en cuanto por una puerta aparece Q y se pone a hablar.

"Lo verdaderamente grave para gente como tú, mi querido Lu, es la desproporción entre la voluntad y la potencia. Entre tu realidad y tu ambición; entre tu orgullo y tu capacidad.

"Sí —me dijo Don Lu—. Una distancia del tamaño de la muerte. ¡Lo reconozco! El señor Don Q me clasificó: encontró todos los resortes de mi conducta. Su hábil escalpelo profundizó en todos los planos psicológicos y después de haber destazado a este modesto cuyo, pontificó: 'Desproporción entre la voluntad y la potencia'. Mira: si mi potencia fuera del tamaño de mi voluntad, cambiaría al mundo desde el fondo de sus cochinos calzones.

"¿Ya ves? —le dije—. No eres más que un pobre reformista despistado, un apóstol sin doctrina; un pobre mártir sin cruz.

"Bueno —me repuso Don Lu—. ¿Y qué? ¿Y qué que sea lo que dices? En nada cambia la situación, porque de todas maneras soy como soy: no quiero ser. ¿En algo cambia que me pongas absurdos nombres, los califiques, los revuelvas, los avientes al aire; los esparzas y los vuelvas a coger?

"Las palabras son importantes. Por las palabras los hombres son hombres —dije.

"Las palabras es la forma más estúpida de echar fuera el pestífero aliento, puro aire apestoso. Tú y tus palabras.

"Yo y mis palabras —dije—. Sí, yo y mis palabras. Esas palabras que una a una nos salen, consumiendo nuestro tiem-

po, enriqueciéndolo, humanizándolo. Las palabras humanizan el tiempo, lo hacen nuestro.

"¡Oh! ¡Qué exquisito poeta! ¡Salud! —dijo Albert. Y se resolvió a beberse las últimas cervezas tibias que había en la casa.

"Don Lu, simplemente dijo: ¡bah!

"Hubo un silencio un poco inesperado, que me resolví a romper:

"Bueno —le dije a Lu—. ¿Por qué, si admites desproporción entre tu voluntad y tu potencia, no procedes con inteligencia adecuando tu voluntad a tu capacidad de realización? Este mundo es imperfecto. ¡Bueno! ¿Por que no mejorarlo? ¿Por qué no hacerlo mejor empleando las pocas fuerzas de que estamos dotados? ¡Hay tanto qué hacer! Mira a tu alrededor y a poco que busques encontrarás miseria, una pequeña o grande miseria que tal vez tú puedas remediar.

"Mira, mi querido Q, para acabar pronto, yo no tengo madera de reformador social, ni de mártir de las causas del pueblo, ni de ninguna de esas idioteces. Por mí, que los capitalistas, los fascistas, los socialistas, los comunistas y hasta los anarquistas, revienten al mismo tiempo con sus estúpidas aberraciones. Respecto de la miseria, tú sabes bien que me horroriza. Es una de las cosas que no admito. Recuerda aquel viejo de la miseria que me encontré un día que había yo estrenado zapatos. . .

"¡Oh, sí! —interrumpió Albert—. ¡Lu Gautama Buda salió de sus murallas, horrorizado vio al mundo, y se sentó en busca del Nirvana!"

Capítulo XXVI

DE COMO POR EL "VIEJITO DE LA MISERIA", SE TOCA EL TEMA DEL NIRVANA, CON OTRAS REFLEXIONES FRANCAMENTE BUDICAS. INCIDENTALMENTE SE HABLA DE OTRO SUICIDIO FRUSTRADO

(Oigame usted, Don Q —lo interrumpí—. ¿Qué cosa es eso de "el viejo de la miseria"?

"Fue —me dijo Don Q— uno de los primeros encuentros conscientes que tuvo Don Lu con la vida. Vivía casi encerrado en su gran casa. Un día tuvo que salir a ver a su hermano, que estaba detenido en el hospital con un balazo en el pecho y acusado de haber 'suicidado' a una muchacha. Por cierto, ese hermano de Don Lu, a quien no voy a llamar de ninguna manera, era todavía más radical. Llegaba, de hecho y no sólo de actitudes, al fondo de las cosas. El mismo se había dado el balazo con ánimo de pegárselo en el corazón, sólo que como estaba acostado sobre el codo izquierdo y al lado de la muchacha que se acababa de matar con la misma pistola, la bala no encontró el corazón; pasó el cuerpo de lado a lado y no murió. Nada más se dejó crecer las barbas. Y cuando despertó, en una noche que lo velaba (por cierto, me acuerdo, estaba yo leyendo a Esquilo, poniendo el libro en una estrecha raya de luz que entraba por la puerta entrecerrada, una raya que sólo iluminaba dos o tres renglones, de tal modo que tenía que ir moviendo el libro, acomodando los renglones que iba leyendo, para que los iluminara la raya. Ahí me di cuenta muy clara de la terrible limitación de que hasta

Esquilo tuviera que ir juntando una y otra y otra palabra, para hacer ideas, para decir cosas, y del terrible tributo que la belleza o la verdad le pagan al tiempo)... Se despertó, me vio y empezó a hablarme."

Oigame, Don Q —lo interrumpí—. Pero entonces era una familia de suicidas...

"No —me repuso—, era una familia de no suicidas, porque éste, entonces, no murió, y tampoco Don Lu. Déjame continuar:

"Me dijo el herido con una risa dificultosa (después de describirme un sueño delirante, en el que sintió que se derramaba de la cama e inundaba todo el cuarto hasta que se encontró conmigo leyendo Esquilo en un rayito de luz), que el balazo había sido el más doloroso y desagradable gesto de cortesía que había tenido en su vida, porque —me dijo— la muchacha estaba obsesionada con el suicidio y él, parte por conquistarla y parte por seguirle la corriente y ver hasta dónde llegaba, cultivó la línea del suicidio, hasta que hicieron un pacto que él creyó, nunca cumpliría ella; pero para su asombro, la misma noche que la logró y en la misma cama, de acuerdo con lo convenido, ella cogió la pistola y serena, dulcemente, se dio un balazo en el corazón. Y él, después de pensarlo un momento, comprendió que no podía dejarla sola, y haciéndole un saludo, le quitó la pistola, se la puso en el pecho en donde suponía que estaba el corazón y ¡zas! Me lo contaba débil, pero en un tono profundamente divertido. 'Para que veas, Q, a dónde puede llevar la cortesía, y por andar con "primero las damas".'

"Oigame Don Q —lo interrumpí—. Qué curioso caso y qué rápidamente me lo contó. En cambio el de Don Lu, ya lleva su tiempo, y si bien lo mira, puede que sea menos interesante..."

"Bueno —me dijo Don Q—, hay más argumento en el que te acabo de contar; pero no plantea más cuestiones de fondo que el cumplimiento de la palabra dada, que obligó a quien amaba la vida, de un modo un poco siniestro, es cierto, a descerrajarse un tiro por propia voluntad, pero sin malditas las ganas, sólo para estar de acuerdo con su muy peculiar conciencia..."

"Puede que sí —le dije—. Aunque si hubiera usted elegido ese relato como el principal, todavía estuviéramos en el pacto, creo yo."

"¡No te burles y recuerda que este asunto te lo conté por lo del viejo de la miseria, que es un personaje también sin importancia, pero que tiene su sutileza, pues entenderás el temperamento de Don Lu. Vas a ver. Te lo voy a contar como él me lo contó, abriendo un paréntesis:

"Entonces era todavía más joven Don Lu, y más ingenuo. Pero se le venían fijando ya sus actitudes fundamentales. En aquella ocasión, obligado a salir para ver a su hermano, regresó con los zapatos nuevos muy enlodados y, al verlos, le hice la obligada pregunta:

"¿Quiubo? ¿Qué te pasó?

"Traigo —me dijo— los zapatos llenos de miseria, penetrados de la horrible miseria, la increíble miseria que acabo de ver. Esa miseria que tú, Q, con tu alegre irresponsabilidad, llamas 'necesidad cósmica'; pero que, al enfrentarla como realidad, es insoportable. ¡La odio! Iba yo rumbo al hospital —me empezó a contar Lu—. Entré de pronto a una calle estrecha, marcada por casas bajas y estrechas. Se me vino encima, inesperadamente, toda la miseria del mundo: empedrado lodoso, encharcado por aguas negras, espesas, pisadas, pestilentes, que hacían fláccidas ondas con cada nueva basura que les caía y que lentamente se iban al fondo de las aguas espesas, que, de todas maneras, hacían ondas que iban y regresaban centrándose en una burbuja que reventaba en un bufido lento y asqueroso. Charcos, y donde no había charcos, lodo, que era un charco más espeso porque tenía más basura. Lodo, basura, suciedad, porquería saturada, salpicada, extendiéndose como pústulas y costras que exhalaban un olor

espeso y flojo que flotaba en el aire, que casi se podía ver y se fijaba, pegajoso, en la garganta. Puertas estrechas, sucias, semicaídas, que dejaban ver, como papilas reventadas por la infección, interiores repugnantes en la más perfecta de las miserias, todo empapándose de esa atmósfera densa, lenta y pegajosa, blanduzca, que confundía el hacinamiento de la obscuridad con lo promiscuo, y que empañaba los cristales rotos, remendados con opacas telas de araña que servían de cuna al polvo, o de sepulcro o cadáveres de moscas...

"¡Toda la miseria del mundo, Q, en una sola calle! Y ensuciando más aquel cuadro que nunca había yo visto, ni menos imaginado, mujeres y niños panzones de vientres podridos y mirada espesa tras la cual sólo se adivinaban más charcos pestilentes.

"Y en ese cuadro, en la orilla de la banqueta y con los pies en el lodo y la basura, estaba aquel horrible viejo enfermo y sucio.

"Era toda esa miseria, y además, era viejo.

"Estaba sentado, acurrucado, mirando al mundo con sus ojos legañosos.

"Eran unos horribles ojos viejos y enfermos y sucios. ¡Miserables! En los que la córnea gelatinosa y gris invadía la niña en relajación morbosa. Ojos que veían al mundo tras una capa de lodo, y el mundo así, tiene que ser malo, feo, gris y apestoso. Yo creo que debía confundir los objetos en un hálito hediondo y mirarlos nada más porque todavía y a pesar de todo, le funcionaban los ojos: sin interés, sin repugnancia y ni siquiera con resignación. ¡Era una mirada miserablemente estúpida y vieja!

"No creo que haya sabido que yo, que pasaba a su lado, era un joven sano y limpio, bien vestido, que saltaba los charcos por temor a ensuciarme el calzado nuevo. Lo que más me impresionó, Q, fue que ni siquiera me pidió limosna. No creo que pudiera pedir nada. ¡Así de miserable era! Sin embargo, los ojos gelatinosos tenían una chispa que brillaba ansiosa y

egoísta. Me di cuenta que esa vieja carroña quería ser, ser, ser, aunque no fuera otra cosa que una costra de miseria, a pesar de la miseria y siendo ella. Era una tragedia repugnante, puedes creérmelo: el anhelo, la necesidad de ser y persistir y ¡ser miserable y viejo! y ni siquiera pedir limosna.

"Sentí una angustia terrible y una cólera tremenda.

"Sentí impulsos de hincarme y acariciar su pobre y vieja cabeza que adiviné llena de costras.

"Y al mismo tiempo tenía ganas, unas ganas tremendas de darle una patada fuerte, con todas mis fuerzas, y deshacerlo.

"No hice ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera le tiré una moneda.

"Me fui corriendo con la angustia del espectáculo y recordando con odio la frialdad con que tantas veces has pontificado diciéndome 'la miseria es una necesidad cósmica', con ese tono de fingida resignación abstracta y sin mérito que te hace comprenderlo todo. Pero dentro de mí, en mi pasión, algo se rompió para siempre y se quiso deshacer en lágrimas. Un joven con zapatos nuevos que se rebela y sólo se le ocurre llorar ¡y que ni siquiera lloró!, ¿sólo queda llorar, Q? ¿Sólo llorar, o pontificar sobre la necesidad de la miseria para que exista por contraste su contrario, como tantas veces dices en ese tono suficiente? Pues mira, Q, —me dijo entonces Don Lu—, pido con todas mis fuerzas nunca más ver al viejo de la miseria. Quiero, con toda la cobardía de que soy capaz, ignorar la miseria y no saber nada de ella, ni de costras, ni canas, ni vientres podridos. ¡Juro! —concluyó— que nunca volveré a ver al viejecito de la miseria. Y entonces cogió sus zapatos sucios y los tiró a la calle."

Capítulo XXVII

MAS REFLEXIONES SOBRE EL NIRVANA Y LA RENUNCIA AL TREMENDO ERROR DE LA YOEIDAD

"Oigame usted, Don Q. Era entonces Don Lu muy joven. Sin duda, con toda razón Albert lo asocia con aquella anécdota que le atribuyen al Gautama Buda. ¿No cree usted?"

"Sí —me repuso—. Fue un pretexto similar. Buda, ante la sorpresa de su mundo brutal y sórdido, renunció a la carne, al mundo y a la acción, y desde entonces contempla el ombligo del universo desresponsabilizándose de la carga terrible de la personalidad. Renunció al *yo*. Es un ser, superior sin duda, pero sin los problemas de la yoeidad. Renunció a ellos."

"Qué curioso —observé—. Qué curioso que los hombres, hechos de la misma manera y de la misma substancia, resuelvan los problemas importantes de tan distinta forma: sus indios, Don Q., sacrificando; los otros, estableciendo las técnicas del perdón, y Gautama..."

"Sí, Don Pepe, sí. Es que en el misterio cabe todo. Muchas veces le he dicho que, sin duda, el universo gira todas las ruedas y va llenando la bolsa inagotable de todas las posibilidades. Las cosas no retornan, como lo quería el locote de Nietzsche. Suponerlo sería tanto como admitir que el tiempo se acaba porque concluyen las posibilidades, sus probabilidades y las posibles combinaciones de unas y otras. Sólo entonces podrían los universos repetir el giro; pero entonces lo

estarían repitiendo infinitamente y un infinito infinitamente repetido es la inmovilidad perfecta..."

"Oigame Don Q —lo interrumpí—. No me fatigue usted con esos zumbidos grises, como los llama usted. Por ese camino volvemos a llegar, como tantas otras veces, al motor inmóvil de los griegos y los santos. A separar la perfección de la imperfección, al Creador de sus criaturas en la más incomprensible situación que se puede plantear. Bien la llama usted zumbido gris, como debe ser la muerte."

"Mira, Pepe —continuó Don Q—. No le tengas flojera a estas cosas. Son tan importantes que constituyen la fuente de todos los derechos a creer. Reivindican todas las fes, o mejor, la gran fe. Pero de todas las reacciones ante el misterio, por lo menos de las que conozco, una de las que más me inquietan es esa de Buda y su renuncia a la yoeidad. Fíjate bien, no es un suicida como lo pretendía ser Don Lu (valga la comparación entre las actitudes motivadas probablemente por causas equivalentes). Para Don Lu, en el fondo, el error estaba en la creación un cuanto imperfecta. Para Buda el error estaba en la personalidad del *yo* y de ella se ausentaba, no protestando, sino meditando en lo esencial, y lo esencial es el estupor de lo inmóvil, casi la nada, una voluntad personal que renuncia al *yo;* una voluntad que no se quiere; que ni siquiera se niega; una simple voluntad de abandonarse. El error está en el existir como persona, esto es, como centro de representación del Universo y sus imperfecciones. Un afán quieto de fundirse en la notoria impersonalidad de la inmovilidad; que vale tanto como abandonar también el infinito y su inacabable cauda de inconsecuencias.

"Y de esta manera, sin duda, terminar con la imperfección, la miseria, los dolores, los errores, porque desaparece, o quiere desaparecer, la conciencia personal que conoce o reconoce las posibilidades y los vicios de un universo que construye sobre la penetración de los opuestos y el dinamismo de la negación que se niega. Es, si bien te fijas, el abandono de

la dialéctica (no su contradicción). Puede originarse en un planteo moral ante el Universo imperfecto; pero es también el abandono de toda moral, en cuanto conducta del ente que por ella se responsabiliza. Es, como te lo dije, dejar de lado las cargas terribles de la personalidad; renunciar a los compromisos de la yoeidad.

"Es la yoeidad —continuó Don Q—, sin duda, la fuente, el origen de casi todas las cuestiones: porque hay seres personales, centros de conciencia y de conducta, hay injusticias, miserias, dolores, culpas. También, por eso mismo, hay buena voluntad, gozos y méritos. No es injusto que las piedras caigan y los gases se dispersen. No le duele a una galaxia el retorno de su giro; ni un sol padece porque se consume.

"Sólo la persona, sólo el *yo*, es porteador de la angustia, la rebeldía y el sentido de la justicia. Tuvo el Universo, y no quiero decir que Dios, que crear la yoeidad para contemplar en ese espejo su grandeza y su miseria. Sólo porque hay un ser personal que sufre, que envejece y tiene úlceras y costras, puede sorprenderse el Gautama; que las piedras son viejas y tienen líquenes y no pasa nada. Es en el *yo* en donde el Universo encaja la gama de las imperfecciones infinitas. Es el *yo* que protesta, el que enjuicia o se resigna. Fíjate bien, José. ¡Fíjate bien! Ahí la terrible e insondable profundidad de Buda: ni dolor, ni amor, ni justicia, ni injusticias, ¿para qué juzgar?, ¿a quién juzgar?, ¿a quién rectificar?, ¿contra quién blasfemar? Nada, simplemente nada: renunciar al tremendo error de la yoeidad. Fundirse, abandonando todas las voluntades, hasta la buena voluntad, en el saldo final de todos los errores y todos los aciertos, que han de hacer un armonioso equilibrio si no hay seres intermedios que los sufran o los gocen. ¡El gran saldo final inmóvil en el ombligo de Buda!

"¡Qué estupenda solución: acabar con la fuente de todas las inconformidades, el *yo!* Cuántas veces, licenciado, cuántas veces intenté fundirme en el espíritu absoluto, contemplándome el ombligo y haciendo la postura de la flor de loto, y

sólo saqué dolor de coyunturas y una gran protesta de lo único intransferible, definitivamente mío: mi egoísmo y mi voluntad, la buena y la mala."

"Oigame usted, Don Q, ha de haber usted parecido no un Buda, que bastante entradito en carnes estaba a pesar de todo, sino un faquir de feria, y en cuanto al ombligo, difícilmente creo se lo haya podido ver en esa miseria de vientre que tiene usted —me atreví a bromear".

"No seas chistoso, Pepete, no seas chistoso. Son estas cuestiones serias que importan a millones de seres que han sido, son y serán y que, de algún modo, asumen alguna actitud ante el misterio."

Capítulo XXVIII

DE COMO LA GENERACION HUMANA PERTENECE A LUCIFER, CON OTROS EXCESOS TRASCENDENTALES

"Me habla usted mucho del misterio; pero dígame, Don Q, honestamente, ¿qué piensa usted de esa cuestión?"

"Pensar, no pienso. No es un problema de pensamiento, si bien te fijas; es un problema de voluntad. No es de pensamiento, porque no se trata de entender el Universo, de comprenderlo, que es la pretensión del pensamiento. No se trata ni siquiera de fundirse, sino de confundirse en él. Es, adviértelo bien, un problema de voluntad. Pero entiéndelo bien, no de la Buena Voluntad de Cristo, Nuestro Señor, de la que en otra ocasión hablaremos, si me atrevo. Buena Voluntad que está encajada en la irreductible responsabilidad del hombre personal ante sus semejantes, sino de la voluntad de abandonar la voluntad de ser yo. Y eso, en ocasiones, me atrae como la solución a todas las angustias de la yoeidad. Pero en otras ocasiones me parece que sería una horrible traición al mundo de Lucifer y Judas, a cuya grandiosa generación de algún modo pertenece la Humanidad y su afán de salvación por su voluntad y a partir de su propia conducta. Es entonces cuando acepto toda la gravedad del tiempo y me siento una cinta coagulada de infinito que por su propia voluntad se va tejiendo en el camino de las dos mitades, del Omeyocan de nuestros indios, del 'Lugar Dos', en medio del Lugar Dos, aceptando la responsabilidad, la carga y el júbilo de las imperfecciones infinitas y en ellas y por ellas, seguir en la yoeidad que llevó a Lu-

cifer a los infiernos, a Judas al suicidio y a nosotros probablemente a la salvación. (Que, pienso, a lo mejor será perder nuestro *yo*, y es ahí donde llego al horrendo zumbido gris.)

"¡Oígame, Don Q, protesto y lo hago enérgicamente! ¿Cómo está eso de que de algún modo la generación humana pertenece a Lucifer? ¡Oiga! ¡No! ¡No la amuele! ¡No se complique tanto!"

"No te asustes, José, que de todas maneras seríamos hijos de Dios. ¡No te asustes! O mejor, como diría mi tío Don Antonio: ¡No os estrepitéis!"* ¡No os estrepitéis, mi buen Josefo, no os estrepitéis! Mantengo seriamente que el gran rebelde fue la primera criatura perfectamente libre que salió de las manos de su Creador y tan a su imagen y semejanza, que lo enjuició, como ya te lo he dicho y ahora lo repito, no por eso, sino porque pienso que fue entonces cuando se creó la generación de los *yos* que, por serlo, son distintos y por libres pueden sufrir y ser miserables, o gozar y ser ricos, en su propia oportunidad, una oportunidad que, por lo menos en cuanto a su propio tiempo y espacio, es perfecta, irremisiblemente suya (nuestra, diría mejor), y ni el Creador podría quitarle esa oportunidad so riesgo de subvertir el orden y traicionarse a sí mismo, y en esa traición, pero sin mérito ni culpa alguna, hubiera surgido otra suerte de Lucifer. Antes te lo he dicho por la soberbia. Ahora te lo completo: también por la yoeidad. El primer ser que se angustió de yoeidad fue Lucifer. Y detrás de esa experiencia fue creado el género humano, lleno de grandes o pequeños *yos*, rebeldes todos en potencia, asiento de las grandes protestas, dueños de toda la miseria, de todo el dolor y del gozo del mundo, porque, para ello, se necesita ser un *yo*, o no hay nada más que el aburrimiento del Señor.

"¡Ay, Chihuahua! No me asuste, Don Q, no me estre-

* Podéis daros cuenta que este salvaje de Don Q se decía sobrino también de Antonio Machado.

pite demasiado, que me está usted resultando mucho más satánico que Don Lu".

"¡No seas idiota, Pepete, no seas idiota! Simplemente destaco los hechos. Tienes que admitir que el único límite del infinito como te lo he dicho, es el *yo*, que tiene la calidad de la indivisión o de la inadición. Y en esa medda, el *yo* es, también, el único límite de Dios. Tan es cierto que por eso pudo haberse rebelado Lucifer y por lo mismo sufre y protesta la Humanidad, o se resigna. Por eso hay revoluciones: en la tierra y en el cielo, porque hay *yos* inconformes. Fue un riesgoso invento el hombre y su conciencia libre. Un peligroso y subversivo invento. ¿Dime si no, cómo y por qué hay alguien que está diciendo estas cosas? A ver, José, a ver. Piensa..."

Me rehusé terminantemente a pensar y le dije:

"Mire, Don Q, ya me duele la cabeza y siento las orejas cargadas de sangre. No entiendo, y lo que es más, no quiero entender todas estas cosas raras que usted está diciendo. Mejor sigamos con Don Lu y su suicidio. Se había quedado usted en que Albert observó que el rechazo de la miseria, hacía a Don Lu una especie de Gautama."

"Está bien, continuaré —me dijo Don Q—, y lo hizo de esta manera:

Capítulo XXIX

CONTINUA EL RELATO DEL SUICIDIO, CON ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LAS IDIOTAS IMPERFECCIONES DEL UNIVERSO, FRENTE AL PARAISO PERDIDO

"Mi oportuno Albert —le repuso Don Lu—, de ninguna manera me puedes responsabilizar por el Nirvana, que es un compromiso que no acepto ni entiendo. Lo que yo quiero y siempre he querido, he de repetirlo para que lo entiendan, no es el Nirvana ajeno a mi temperamento; ni siquiera la Gracia, que estaría más de acuerdo conmigo, si pudiera yo creer en un Dios personal y perdonarle las idiotas imperfecciones del Universo; lo que yo quiero es el ocio, como campo de mi gana que, entiéndanlo bien, ha de ser real y regalada. ¿Entiendes, Don Q? Tú, que de alguna manera tienes sangre española en tus venas. ¿Entiendes que lo que yo quiero es la perfección del ocio y la gana?"

"Claro que te entiendo —le repuse— (habla Don Q, no crean que yo, que de eso no entiendo nada). Porque tengo algo de español y de indio..."

"Pues entonces explícale a este pedazo de teutón, porque a mí no se me da la gana hacerlo. No podrás negarme que te abro un hermoso filón para que saques una gran cantidad de palabras."

"Te lo agradezco —le repuse con humildad— (sigue hablando Don Q, lo aclaro porque aquello de la humildad pudiera confundirlo conmigo mismo). Te lo agradezco porque hay ahí un planteo muy interesante para el tema de la fin-

me voluntad del ocio que, si en la idea profundizamos, nos encontraremos con que es la voluntad de encontrar el paraíso perdido."

"¡Bravo! —me interrumpió Don Lu—. Aunque de algún modo te repites, fue una hermosa y oportuna repetición. ¡Es cierto! Por eso quería que hablaras. ¿Ya ves, Albert, idiota, cómo el joven maestro te abre una posibilidad de entendimiento, que tu insufrible pesadez germana seguramente no entenderá? ¡Exactamente es lo que a mí me pasa! Lo reconozco con júbilo. Eres un auténtico profeta que dices oportunamente lo que queremos que digas. ¡Eres un profeta! ¡Viva Q! Eso es lo que yo tengo: una firme voluntad de ocio, prendida por mi regalada gana al paraíso, con el que a punto está de romperse mi cordón umbilical."

"Sumamente halagado por la calurosa aceptación de Don Lu, continué explorando en aquel rico filón:

"Hay una lógica propia en tu conducta, Don Lu; hasta tu rechazo de la culpa encuadra perfectamente. Quieres vivir en tu mundo anterior a la culpa, que es precisamente, el paraíso, antes del trabajo, antes del sudor que tanto te repugna. Un mundo sin la condena del trabajo, es, precisamente, el mundo del ocio. Y ese es el paraíso, el reino del ocio, en donde la gana es real. ¡Magnífico! Yo también estoy entusiasmado, Don Lu, porque estoy entendiendo tu problema. A lo mejor acabo yo también suicidándome."

"Ug, me tomó en serio la afirmación y pegó un respingo y dijo:

"¡Ustedes, de tan listos, de tan inteligentes, no respetan nada. Siempre están como jugando a la pelota. Lástima que no sepan lo importante que es la vida y lo hermoso que es vivir en el respeto y el temor de Dios!

"¡Bravo, Ug! Ahora eres tú el Angel del Paraíso —dijo Albert—. Echalos fuera por irrespetuosos. Ya tienen el conocimiento y juegan con él como si fuera pelota, sobre todo Q, que se quedó en Angel de la escoba. ¡Echalos fuera! ¡Anda!

—Y lo empujaba como para que tomara la espada de fuego.

"¡No me toques con tus cochinas manos sudadas de lombriz —le contestó Ug violento—. Ya no entiendo lo que pasa. Ahora es Q el que habla de suicidio y este flaco condenado me está tentando como si fuera el diablo, para que haga cosas, que no entiendo por qué se han de hacer, ni por qué burlarnos de cosas sagradas. Creo que de todos los que estamos aquí, el único verdaderamente malo es este flaco borracho, porque es muy envidioso y muy traicionero. Se calla la boca y espera la oportunidad para meter zancadillas. Nunca opina, nada más pica y tienta. Que yo no opine, está bien, porque yo no entiendo bien a bien los líos que ustedes se hacen. Yo creo en Dios, en la Virgen María y en el Espíritu Santo. Yo creo en la santidad del trabajo y en todas esas cosas que ustedes saben y me da mucha tristeza que estén hablando de cosas de la Biblia como si fuera una película de cine. ¡Son ustedes tan difíciles! —y guardó silencio apenado. Yo creo que por haber hablado tanto. Pero fue tan sincero que me sentí obligado a tomarlo en serio, y le repuse:

"No, mi viejo Ug, simplemente estoy hablando para entender a Lu y sus razones. No somos irrespetuosos. En el fondo estamos de acuerdo contigo, simplemente a nosotros nos duelen otras cosas que a ti, y para no pelearnos con lo que nos duele, hacemos como que jugamos con las cosas importantes, para restarles importancia. Pero fíjate bien qué comprensible es la actitud de Don Lu al querer el Paraíso. El problema no está en que su voluntad busque el Paraíso, sino en que, no pudiendo alcanzarlo, prefiera irse al infierno."

"¡Eso es lo que yo le he dicho muchas veces! —me dijo Ug con calor—. ¡Eso! Sólo que no con esas palabras. Eso es lo que yo siento. Como que Lu es todavía un niño que no quiere aprender a ser un hombre."

"Don Lu se quedó viendo con mucha sorpresa a Ug; pero tuvo el tacto de quedarse callado, mientras yo decía:

"Ya ves, Ug, cómo de algún modo estamos de acuerdo: lo

más próximo al Paraíso, por el ocio y hasta por la gana, es, sin duda, una niñez feliz, y feliz la tuvo Lu. Es en ese estirarse entre la infancia y la vida en serio, en que Lu está perdiendo el Paraíso."

"Esa explicación sí que está muy ramplona —dijo Lu—. Rechina a psiquiatría. Al rato van a salir los complejos, los Edipo y demás monstruos de Freud y su madre, y por ese camino vamos al aburrimiento y a la interpretación de los sueños. . ."

"Yo quise recuperar el terreno perdido y dije ya sin mucho entusiasmo:

"¡Qué complicadamente hermoso es el mundo del ser humano! Por cuántos caminos se desborda su voluntad y qué interesante resultaría comparar el Paraíso con el Nirvana. El primero, con hombres que le ponen nombres a las cosas que viven con todo un mundo a su servicio, llenando el tiempo en la medida de la gana; en tanto que el segundo, vacío de hombres y seguramente vacío de tiempo y ausente de transformaciones."

"Pero puede que tengas razón Q —me dijo Lu—. Mas como de costumbre cuando crees tenerme acorralado con tus reflexiones: eso en nada modifica la situación. La explica, si acaso; pero no modifica mi determinación. Una cosa es lo que ha pasado y por qué, y otra muy distinta lo que va a pasar, que tiene su propia razón puesta en el futuro y no atada al pasado. Quiero suponer que tienes razón; que mi infancia fue mi paraíso y no me resuelvo a soltarla. Eso, insisto, en nada modifica el planteo de mi problema. Simplemente lo empequeñece en cuanto a lo anecdótico; pero no lo varía en cuanto a la esencia de mi determinación."

"¡Claro! —le repuse—. Tú puedes poner el paraíso en donde se te pegue la gana, que tal es su condición, claro que no lo varía.

"¡Bueno!, —nos interrumpió Ug—. Todo esto que estoy oyendo desde hace rato, quiere decir que a pesar de todo lo

que se ha dicho, las cosas están como al principio. ¿No es cierto? Entonces quiero que me digan para qué rayos les sirve la inteligencia. Hablan y hablan. Suben, bajan, se hacen a un lado, al otro, se vuelven a bajar. . . No entienden, se dan la razón, se la quitan, cambian unas palabras por otras, y. . . ¿adónde llegaron? Ustedes andan recorriendo siempre caminos que van a ninguna parte."

"Los caminos que van a ninguna parte son los que, a veces, nos permiten encontrar aquello que no hemos perdido —dije sentencioso tomando en serio a Ug.

"¿Ya ves, Q? ¿Qué has dicho con tantas palabras?. . . Nada de Nada. ¡Te haces bolas!"

Capítulo XXX

DE COMO, POR HACERNOS BOLAS, TERMINAMOS EN GALAXIAS ESPIRALES, Y ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL MERITO Y LOS CHUPONES

"Oigame usted, Don Q, yo creo que en cierta forma ese buenazo de Ug tenía razón. Yo creo que, en efecto, usted se hace bolas, sólo que si la palabra le disgusta, se la cambio por 'esfera', que es más de su gusto, y si mucho me apremia, por 'galaxias expirales'. ¿No es cierto?"

"Es cierto, José, es cierto. En efecto, 'me hago esferas y galaxias'. ¡Qué buena frase! Ya ves qué importantes son las palabras. Cambiamos 'bolas' —vulgar, elemental, corriente expresión que atiende a lo pequeño— y le ponemos 'esferas', que da idea de espacio estelar, y el calificativo es muy de mi agrado: '¡Don Q, el que se hace esferas!' '¡Don Q, el que se hace galaxia espiral!' ¡Hombre, qué maravilla! ¡Qué agudo me está resultando usted!"

"Sólo, mi querido Don Q, que Ug no era nada agudo y simplemente, dijo 'Q, el que se hace bolas'."

"Y también tiene razón —reconoció Don Q—, y así se lo dije:

"Es cierto Ug, me hago bolas. ¿Sabes lo que pasa con estas cosas de pensar y reflexionar? Que salimos todos de un mismo punto para regresar al mismo lugar, sólo que unos hacemos el camino largo y enredado y otros se quedan parados en el mismo sitio y tarde o temprano ahí los encontramos. Todos tenemos razón, o ninguno la tiene."

"Oyeme Q —interrumpió Albert—. Ahora resulta que hasta la bestia peluda de Ug te da de escobazos.

"Tienes razón —le dije.

"Ug, evidentemente se entusiasmó con la observación del flaco Albert, y nos dijo:

"Pues qué bueno que yo no sé nada de tantas cosas, ni de tantos problemas, ni de tantos enredos. Yo sé que el Paraíso se tiene que ganar portándose bien, que es un premio a la buena conducta; que es...

"Un buen negocio —lo interrumpió Albert.

"No sé ni me importa si es o no un buen negocio; yo sólo sé que tiene que merecerse; yo creo que es algo así como de justicia o algo por el estilo (se notaba que Don Q trataba de reproducir las precisas aunque torpes expresiones de Ug). Por lo menos yo no podría estar a gusto en un paraíso regalado, y si no estuviera a gusto, creo que no sería paraíso. ¿O me equivoco?

"¡Claro que te equivocas! —lo interrumpió Lu—. ¡Claro que te equivocas! ¡Como siempre que intentas pensar! Adán llegó al paraíso encuerado, sin más mérito que haber sido creado, y lo recibió todo porque sí; porque era el rey de la creación; como una condición de su señorío. Aunque tengo serias dudas sobre su carácter, saco la enseñanza, que acepto, que el Paraíso es dado por añadidura, porque sí, o de otra suerte el flaco Albert tiene razón: es un buen negocio, no sólo a largo; sino a eterno plazo. Por lo menos, en mi caso, no concibo, y no sólo no concibo; ni siquiera admito el Paraíso de otro modo que no sea en don gratuito, en la misma forma que recibí mi infancia, para anticiparme a la observación de Q. Y como obviamente una solución tan sencilla, el paraíso regalado, como dice Ug, y en eso su idiotez tiene razón, no es situación que admita este complicado mundo méritos y contrastes, me afirmo en mi propósito de salirme del elenco de meritorios al paraíso perdido.

"Pues seguro, porque yo no soy rey, ni duque, ni marqués, ni nada más que un hombre de carne y hueso, creo que el Paraíso, o como lo quieran llamar, tiene que ganarse, si no, no tiene chiste; no sería cosa de hombres, sino de chamacos llorones: 'A ver, tenga su chuponcito y no llore...' —y al decir esto, Ug se ruborizó asustado de su propio atrevimiento.

"¡Zácatelas! ¡Qué escobazo! —gritó Albert.

"¡Bravo, Ug! —le dije yo, que todavía me atreví a añadir—: Has planteado una cuestión de gran profundidad, que yo estimo es la tragedia del mundo moral del hombre de occidente...

"Si vas a empezar con un discursito, empiezo a gritar para que me den mi chupón —tuvo el humor de prometer Lu.

"Todos lo celebramos el tributo rendido a la sincera ingenuidad de Ug, que, contra su costumbre y sin duda alentado por sus inesperados éxitos, nos dijo:

"¡Hombre! Por una vez que me dan importancia y celebran mis cosas, dejen que las adorne el gran Q.

"¡Bueno! ¡Pero que sea breve! —dijo Lu. Y Albert se rió.

"Un poco cortado por la coyuntura tan forzada con que me admitía mi auditorio, en otras condiciones me hubiera callado; pero como se trataba de ganar tiempo y decir cosas que interesaran, irritaran o aburrieran, situaciones todas que de una u otra manera se refieren a la vida, con todo desenfado continué:

Capítulo XXXI

GRAVES REFLEXIONES ACERCA DEL PECADO Y OTRAS CUESTIONES TERMINADAS EN "IDAD". SE HABLA TAMBIEN DEL JUEZ DE LOS MERITOS Y DE LA CONCIENCIA ENTRE EL "SIEMPRE" Y EL "NUNCA" PARA ACUMULAR LAS NADAS QUE HEMOS SIDO

"Bueno, pues yo creo que el hombre de Occidente ha convertido su conducta, tanto intenciones como comportamiento, en un problema moral que gira en torno a la idea del pecado, a la que fueron ajenos el mundo indio en el que lo que importaba no era tanto cómo vivir, sino cómo morir, y no para que tuviera trascendencia la persona humana, sino para mantener el orden universal. (No te reproduzco —me dijo Don Q— algunas cosas que añadí, porque de algún modo te las he explicado en otra ocasión.) Y el mundo oriental búdico, que se desinteresa del problema del comportamiento con su quietista tendencia a la confusión del *yo* en lo que supone es la esencia universal. (Tampoco te digo —me repitió Don Q— algunos adornos que en torno de esta idea coloqué en aquella conversación, porque recientemente te hablé de ese tema.) Los compromisos morales de unos y otros no establecían relación directa con la persona humana. Toman otra trascendencia. En cambio, la actitud occidental es radicalmente distinta: la conducta humana, íntegra, se convierte en un problema moral planteado entre la persona y la divinidad, cuya trascendencia es culpa o mérito personales y, en conse-

cuencia, castigo o gloria. Adviertan ustedes cómo esos planteos fundamentalmente egoístas, fundados siempre en la trascendentalidad de la yoeidad frente a la alteridad de la divinidad..."

"¡Protesto! —me interrumpió casi gritando Don Lu francamente irritado—. Perdóname, pero si no puedo oír cada una por su lado esas pedantes palabritas terminadas en forma tan floja 'idad', juntas constituyen una tortura insoportable. No creo haber hecho nada para merecer un castigo así y manifiesto, bajo palabra de honor, que no estoy dispuesto a escuchar una disertación que, como pinta, amenaza ser demasiado directa para mi total falta de 'pacienzalidad'. Así es que, con permiso de Ug, vamos a dejar esta amena charla en punto de finalidad, pues ya van a dar las doce..."

"¡Ah, sí! El zapatito de la cristalidad y esas cosas —comentó Albert."

Capítulo XXXII

DE ALGUNOS TEMAS PARA UN CENACULO EUROPEO DE LAS INSONDABLES REPRESAS DE IDEAS CON REFLEXIONES SOBRE LA ACTITUD DE LA CULTURA OCCIDENTAL FRENTE A LA RESPONSABILIDAD Y OTROS TEMAS IGUALMENTE JUDIOS

(Oígame, Don Q, es una verdadera lástima que no lo hayan dejado continuar con un tema que prometía ser tan interesante. Aunque debo coincidir plenamente con Don Lu que eso de la trascendentalidad de la yoeidad, alteralidad y lo demás, era demasiado fuerte para la ocasión, como antes algún otro tema que se aventó usted así como muy alegremente... Hubiera resultado demasiado convencional que se hubiera usted arrancado disertando sobre un tema como ése. Verdaderamente creo que sólo a usted se le ocurren esas cosas.)

"Es que precisamente en ese momento se me empezaron a hacer palabras, ideas que desde hacía mucho tiempo me venían dando vueltas, y no era cosa de desaprovechar la oportunidad."

"Sí, Don Q —le repuse—, ¡pero ya ni la amuela! Cómo y dónde va usted a creer que en ese momento iba usted a tener un auditorio para un tema tan elevado, un tema así como para un selecto cenáculo europeo, o como para una clase de ética o de qué sé yo qué cosa. Fue perfectamente natural la repulsa de Lu, y lo peor es que no fue la primera vez... Además, lo que observo es que iba usted perdiendo puntos. Sin embargo, quisiera que platicáramos de esos temas que a

mí francamente sí me interesan, aunque no puede negarse que, a fuerza de ser importantes, son aburridos. Pero por lo menos una vez en la vida deben ser considerados."

"Tendría yo que hacer un esfuerzo para ponerme en ambiente —me dijo Don Q—, pues, como ya te dije, eran cosas que se me estaban haciendo palabras. Es curioso, Pepe, cómo tienes cosas adentro, de las que no te das cuenta y que no sabes, bien a bien, cómo te llegaron. Adentro tenemos enormes, insondables represas de ideas, sentimientos y emociones que de repente, por un suceso, un estímulo, una coyuntura y hasta un esfuerzo, empiezan a desaguarse mediante palabras que, en gotas o en chorros, te van saliendo para tu propia sorpresa. Inclusive esto que en este momento te estoy diciendo ¿de dónde lo saqué? ¿Cómo se me ocurrió? ¿Alguien me lo dijo, me lo dictó? ¿Cómo se formó adentro de mí esa presión vaga e indeterminada que bien a bien voy entendiendo conforme se me convierte en palabras? Parece como si hubiera un fondo común de cosas que están en todas partes y de repente las vas enchufando y las conviertes en tuyas cuando les pones tus propias palabras. No sé si entiendas, abogado. Creo que las palabras son el título de propiedad de las ideas. Habría que gritar con Juan Jacobo, el primero que le puso palabras a las ideas y dijo: 'éstas me pertenecen', y encontró gente tan ingenua que lo creyó, le hizo un daño enorme a la Humanidad. ¿Cuántos crímenes nos hubiéramos ahorrado si alguien, sin palabras, hubiera podido decir (¡qué absurdo!) ¡No le creáis! ¡Es un charlatán! ¡Las ideas son de todos! ¡Sólo las palabras son de alguien, y aire son!"

(Oigame Don Q, qué cosas tan curiosas se le ocurren. Cuando las estaba diciendo, y sin saber por qué ¿a que no sabe qué imagen se me vino a la memoria? ¿Quiere que se lo diga? Pues sin saber por qué recordé un tramo de la carretera viniendo de Puebla a México antes de empezar a subir las montañas que separan valles vecinos. Un tramo recto de frondosos árboles que en la noche —porque mi recuerdo es nocturno— iban apareciendo a lo lejos como contornos vagos apenas insinuados conforme los faros de mi coche los iban rescatando de la obscuridad. Pronto se convertían en los recios perfiles de las ramas que rápidamente se hacían cúpula ante la noche, para perderse arriba, en el techo de mi coche y regresar a la obscuridad que iba quedando atrás, igual a la de adelante, confundidas con la velocidad, ¿dije alguna impertinencia, Don Q?)

"No —me repuso—, fue una gráfica expresión que a punto estuvo hasta de ser poética. Sería gran vulgaridad de mi parte si te dijera que es un símil asociado de lo que te estaba diciendo, que en realidad no me interesa por su vaguedad. Pero esto que hemos dicho me ha estimulado para acceder a tu ruego."

(Conste que no llegué a rogarle nada.)

"...de tal modo que trataré de convertir en palabras esa masa vaga que en algún lugar, dentro de mí, pasa o reside y haré mía en la medida que le pueda dar las dimensiones de mis propias palabras:

"Creo que es muy interesante darse cuenta plena y cabal de que considerar la conducta del hombre como responsabilidad personal que se funda en su libertad y trasciende a su destino, es una peculiar actitud de la cultura occidental desde sus remotas raíces particularmente judías. Ello ha creado un vínculo muy especial entre religión y moral. La religión se convierte en un problema moral para la persona humana, fundado en un pecado de origen que pueda purgarse por el castigo o el perdón y en el que se puede volver a pecar para repetir el mismo ciclo. Desde ese punto de vista aparece una condición fundamental, la vocación del hombre occidental a su propia salvación en cuanto persona actuante: el problema de la conducta es salvarse, como te lo he dicho en otras ocasiones. Y ésa, José, ha sido una de mis angustias, porque ese planteo priva de desinterés a la conducta y automáticamente,

de mérito. ¿No lo ves así? Va a ser difícil explicarte esto, a ti, que eres tan objetivo y creo que hasta escéptico.

"El simple hecho de que tenga que usar un lenguaje tradicional me va a dificultar las cosas, cosas que, como en otra ocasión te he dicho, me gustaría decir con música; pero ahora mi compromiso expreso es hacerlas palabras. He creído pensar, especialmente en mis largos períodos de soledad, que tiene que haber una suerte de conducta pura, ajena, totalmente, a la idea de la salvación personal, incluida en esta expresión, la misma satisfacción del comportamiento bueno, el halago del propio mérito. Y entonces se me viene encima una que me atrevo a llamar morbosa carrera de reflexiones que se van desplazando una a otra hasta quitarme completamente la tranquilidad: 'debe hacerse esto', 'ya lo hice; tengo la satisfacción de ser bueno'. 'No lo hagas por la satisfacción de ser bueno'. 'Pero ya pensé tanto en la satisfacción, como en que no debo tenerla', con lo que quedo totalmente convencido de que soy tan, pero tan extraordinariamente bueno, que soy capaz de querer hacer cosas buenas por sí mismas, sin que me produzcan ninguna satisfacción, lo que me deja tan satisfecho que me obliga a replantear el problema, sólo que a otra profundidad, hasta que pierdo totalmente la tranquilidad, pues entre méritos, salvaciones, satisfacciones, interés, desinterés; interés por el desinterés, etc., se me vicia totalmente mi sentido de calificación y se produce esa horripilante carrera de desplazamientos morbosos que no puedo evitar en cuanto me pongo a juzgar mis propios actos. ¿No es definitivamente desagradable, mi querido José? Y si pienso en que debo comportarme para salvarme a mí mismo, me siento tan culpable de buscar mi salvación, que casi es un doloroso castigo físico, y como tampoco puedo admitir mi perdición porque la encuentro injusta, acabo por gritar que necesito un juez de la conducta humana. ¿O es que el hombre está tan desconsoladamente solo en el Universo que no tiene ni siquiera un Juez para su conducta? ¿No hay jueces, como me lo grita Lu cada vez que tocamos

esos puntos? ¿No hay un juez, José, no hay un juez que me juzgue? Y luego pienso si soy alguien yo, para tener un juez, para merecerlo. ¿Soy alguien yo, que merezca un juez? ¿Hay un juez en medio de las dos mitades?, ¡no me entiendes, José, no me entiendes! ¡Haces una insoportable cara de idiota! O me miras con ojos de '¡éste está loco!' "

(No sé por qué me dijo esto el gran Don Q, porque, debo admitirlo, me empezaba a conmover, aunque no entendiera claramente sus complicados planteos, esos desplazamientos de calificación que lo llevaban al vértigo. Opté por callarme y no hacer ningún comentario. Entonces él continuó como sigue:)

"¡Qué terrible ha de ser, si es, el ser juez de los méritos! ¿En dónde está el mérito? ¿En la total renunciación? ¿En la total inconsciencia? ¿Tiene entonces razón, a condición de que no lo sepa el mundo indio? ¿La tiene el mundo búdico? ¡Tengo necesidad, hambre, de saber lo que significa la conducta humana en el Universo! ¿Tejemos telas que alguien contempla? ¿En algún lugar se coagula? ¿Sirve para algo? ¡Tengo hambre de saber! O simplemente no pasa nada y esta chispita transitoria de mi conciencia va ingenuamente corriendo de siempre a nunca, y lo que acaba de pasar, lo que me acaba de pasar, ¡puf!, en nada se convirtió. ¿En dónde se acumulan las nadas que hemos sido, José, en dónde? ¿En dónde y en cuándo? Lo más terrible que me sucede al llegar a este punto —te lo digo con toda sinceridad—, ¿sabes qué es? Que definitivamente no acepto la salvación como móvil de mi conducta... y me queda la duda de si, por ello, me salvaría, con lo que se me vuelve a viciar todo mi sistema. A lo mejor el error está en la yoeidad, en esa posibilidad que tuvo que realizarse en el Universo para llenar la bolsa inagotable de las posibilidades. Pero, ¡qué terrible problema!, porque fue como si un espejo hubiera creado ante sí otro espejo que lo reflejara y entonces surgió la inacabable imperfección del infinito. Estoy por decirte, mi querido José, que Dios se hizo imperfecto al hacer el espejo del *yo*. No sé exactamente lo que digo; pero a lo

mejor, como a veces tú me lo dices, mi estimable abogado, al estar diciendo y pensando estas cosas, en algún lugar del Universo (o nada más en mi cabeza) se están produciendo chirridos y cortos circuitos. ¿No crees?"

"No sólo no creo; ni siquiera le entiendo todas esas confusas cosas que me está usted diciendo. Lo que sí entiendo, es por qué Ug decía que usted se hacía bolas, quiero decir, esferas..."

Capítulo XXXIII

DONDE APARECE SOCRATES Y HABLO DE LA POLIS, LA ACROPOLIS, EL PARTENON, EL AGORA, LAS COLUMNAS, LAS TUNICAS Y OTRAS REFLEXIONES FRANCAMENTE HELENICAS, PARA CONCLUIR CON LA HABITUAL ENCRUCIJADA DE LOS CHIRRIDOS Y LA INFINITA PERSISTENCIA DE LA IMPERFECCION Y LA PERMANENTE OCURRENCIA DE TODAS LAS POSIBILIDADES

"Sí —me dijo—. Me hago unas horrendas esferas; pero es la condición de mi yoeidad y no puedo, ni quiero, renunciar a ella. Sería sabroso, después de todo, resolver el problema a lo Don Lu, o no participar de él, como Ug. Pero en el fondo soy bastante conforme; hasta resignado, debo decírtelo y acepto el orden de las cosas y con todo mi corazón admito que pasa el tiempo por mí y me cambia. A lo mejor algún día me convierto en un abogado más o menos serio, como tú, por ejemplo, con esa cara maltratadona y esa expresión de 'yo sólo sé que sé hacer sumarios y contestar demandas mientras la voy pasando y llega la hora de mi muerte, amén', que es, por cierto, una forma bastante más cómoda que la socrática, que siquiera sabía que no sabía, de donde sin duda también le surgía un vértigo morboso que finalmente lo llevó a aceptar la cicuta y a mantener hasta el final su generosa duda 'ya es hora de que de aquí nos vayamos, ustedes (los jueces) para vivir; yo, para morir. Entre ustedes y yo ¿quién lleva la

mejor parte?' ¡Ah, gran viejo Sócrates! ¡Cómo lo quiero! Algún día iré al Agora antigua para llorar por Sócrates..."

"Oigame Don Q, usted me da vértigos. Mire nomás qué saltos está usted dando. De repente y por una extraña asociación de ideas ya está usted con Sócrates, y quisiera estar en el Agora antigua. Pues debo informarle que yo; yo y no usted, que conste, ya fui y me senté en una piedra, de cara al Acrópolis y hasta lloré por Sócrates. ¿Quiere que se lo cuente? Si me autoriza se lo digo con las mismas palabras con que más o menos se lo conté a mis hijos. ¿Le parece bien?"

A regañadientes, Don Q, que estaba bastante exaltado, aceptó mi proposición, sobre todo cuando se enteró de que algunas de las cosas que pensé tuvieron que estar inspiradas en cosas que me había dicho.

Es la aceptación de Don Q por lo que me atrevo a infringirles a ustedes algo de mis personales expresiones. Pero no era para dejar pasar la oportunidad. Ustedes sin duda me entienden. ¿O no?

"Mire usted, Don Q: Llegué a Atenas (y empiezo desde ahí porque estoy seguro de que se va usted a reconocer en algunas de mis emociones). Usted sabe, viendo mis viejos mapas, Atenas era un punto en una carta. Recorro miles de kilómetros, paso el mar, le gano tiempo al tiempo. Llego a la Polis, casas, rostros, palabras distintas. Me siento en una piedra del Partenón, recojo una pequeña piedra, y otra vez Atenas es un punto, ahora entre mis manos. Estaba yo en la Polis, la de mis clases de Teoría General del Estado, la de mi libro de texto. La Polis de los orígenes de todo.

"Debo decirle, Don Q, que llegué con miedo a la desilusión de lo muy esperado. Pero me di cuenta que la pureza elemental mantiene el misterio de su grandeza. Tenía miedo del encuentro con el ámbito de Sócrates. Tenía miedo de que mi razón y mi emoción superaran el marco real que, idealizado, fuera a quebrarse al golpe del encuentro.

"Pero afortunadamente no fue así.

"Dos momentos intensos de emoción hasta las lágrimas (se lo digo a usted sin sonrojo, Don Q, confiado en que me está entendiendo). Sólo dos pequeñísimas fracciones de tiempo en que hace uno contacto con los universos. Sólo dos segundos que valen toda una vida; de esos momentos inolvidables de ahora y siempre, quintaesencia de mi vida. Los he vivido antes (y usted lo va a entender muy bien, Don Q), oyendo a Beethoven; leyendo a Shakespeare o el Libro de Job; caminando por Oaxaca, Veracruz, Jalisco. He entendido el mensaje de los hombres y del Teuhtlampa, el suyo, Don Q: la expresión que significa el arte, esa transmisión de esencias esféricas (esféricas, adviértalo usted, Don Q, esféricas y no bólicas), en movimiento universal e infinito (¿ya ve?) de dentro a afuera y de fuera a todas partes. Dos momentos, los dos, asociados a la Acrópolis.

"El primero se produjo cuando regresaba de la primera visita obligada, en tour, industrialización de la curiosidad ajena, que convierte al grupo en algo así como una manada que se mueve a los compases de la 'Caballería Ligera' (Don Q se sonrió). Regresaba yo, y desde el primer pórtico (¿el Propileo?), vi hacia arriba y me encontré, por primera vez y a pesar de haberlas visto ya, con la columna. Con la esencia de la columna. Con el arquetipo hecho de piedra, materia elemental de nuestro universo material. La entendí. Vi la presencia del hombre en nuestra esfera: sobre las rocas brutas y amontonadas, elementales, apretadas, inertes, brillantes y hasta humildes, de la primera materia; de la misma piedra, se levanta el Partenón, columnas hechas por el hombre sobre la esfera de piedra. El orden humano. El mundo, la propia esfera del hombre que sube y se extiende hasta donde es armonía, y la armonía se hace piedra, se coagula en un ritmo vibrante, a la par intenso y quieto, sereno y sublime. Ese es el hombre, Don Q, otro orden sobre el natural. La fábrica de un mundo mejor, intencionado, voluntario, responsable, hermoso..."

(Aquí Don Q me miró con curiosidad, si no es que hasta con cierto interés, como preguntándose, ¿será cierto?)

"...columnas de piedra, construidas de piedra y sobre piedra, para detener la oración y el ruego, para detener el triángulo racional del misterio que es esférico..."

"Oígame usted, Don Pepe —me interrumpió Don Q—, por lo que estoy oyendo, usted también tiene una franca y desmedida afición a las esferas, cómo que le gusta la palabrita. Se le llena la boca. ¡No lo critico! ¡Está bien! ¡Está bien! Siga usted."

"El frontón sobre la esfera y entre las esferas, Don Q —para que vea usted hasta qué punto le he tomado muchos de sus conceptos—. La columna, las columnas puras, blancas, brillantes, quietas y vibrantes, ahí, detrás de la luz, en la mitad de nuestro universo, como cirios que sólo el tiempo ha hecho arder y que se consumirán con el peso de las miradas."

"Oígame usted, Don Pepe, pues mire que no está usted tan seco como representa. Eso que me dice, como que tiene demasiadas esferas y adjetivos, suena tolerable..."

Y entonces proseguí:

"Sobre un mundo de piedra, la levantada obra del hombre: por la belleza, el culto al misterio. Un enlace con el espíritu petrificado en armonía. Serenidad ante el destino, que después se vuelve dinámica en la túnica. Columna y túnica, el espíritu de Grecia. La línea recta, repetida en paralelas que se juntan en el infinito o en el movimiento y que terminan donde la belleza lo impone, porque puede terminar donde el griego quiso que concluyera. Sobre la piedra bruta, la emoción de la piedra hecha himno, oración, conjunción de amor y ritmo, con la escala precisa entre la columna, los hombres y los dioses.

"El Partenón: lo sentí un segundo, Don Q; sólo uno; pero fue sublime, intenso, y que ahora, años después, lo hago análisis, palabras y azoro."

(Don Q me miraba con curiosidad.)

"El otro momento, Don Q, fue también Acrópolis, visto desde el Agora antigua, llegando por el Templo de Teseo. Ahí estaba el Agora, reducida sólo a ambiente, luz, paisaje y eco de Sócrates (de ese Sócrates que tanto quiere usted, Don Q). Levanté la vista y estaba otra vez el Partenón, en su majestuosa sencillez, sobre el monte sagrado, sembrado de esos místicos y sensuales cipreces del Mediterráneo, llama verde con suaves curvas y agudos picos. Una luz brillante y cálida estaba entre el Partenón y yo. Enfrente, las ruinas del Agora.

"Otro segundo, Don Q, intenso, que me llenó y se me desbordó por los ojos en lágrimas, luz y memoria. Columna y diálogo. La huella sagrada del camino de las Pananteneas. Al fondo, reconstruida la Stoa de Atalos, blanca y reluciente.

"Sócrates, Sócrates, Sócrates, Sócrates, Sócrates, Sócrates, en esa misma Agora llena de humildad y sabiduría, en la que las palabras importantes pueden decirse sin que parezca ni ingenuidad, ni pedantería: Verdad, Belleza, Armonía, Santidad, Paz, Amor. Cada palabra, una columna. Cada brillo de luz un diálogo detenido, vibrante, eterna muestra del espíritu humano levantado de la tierra y de la roca, cumpliendo el destino de hacer columnas y decir palabras."

"¡Hombre, Don Pepe, esto está bien! ¡Un poco afectado, pero me suena bien!"

"Gracias —le dije—, y seguí adelante:

"El Agora antigua, Sol de Mediterráneo, laureles nuevos, renacidos en cada época, como los ciclos de Dionisio Resurrecto, otros idénticos laureles a los de todas las épocas. Ahora vistos a la misma luz que iluminó a Sócrates. Así que, mi querido Don Q, ya está usted enterado de que éste, su modesto amigo, ha llorado ya por Sócrates, a pleno día y en el Agora antigua."

"Muy interesante y descriptivo —comentó Don Q—; pero nada plantea ni resuelve respecto a lo que estábamos conversando. Fue un paréntesis de mérito dudoso, que te acredito, mi querido José. Hubo un momento en que esperaba yo más.

En fin. Sigamos adelante con lo verdaderamente importante, dejando lo anecdótico de lado. ¿No te parece?"

"Pues sí —tuve que comentar sintiéndome muy poca cosa, ante la firme determinación de Don Q por las cosas importantes y trascendentales."

"Ustedes para vivir. Yo, para morir. Entre ustedes y yo, ¿quién lleva la mejor parte? ¡Qué viejazo! ¿No te parece, José? Lo más próximo al deber puro. Una conducta sin ninguna certidumbre. Una actitud firme construida sobre una duda que se redime a sí misma, para concluir que sólo cuenta la voluntad, una voluntad buena, fórmula que no usó; pero que mereció haber dicho. Mira, mi querido Pepe. No sé por qué curiosa asociación de ideas llegó Sócrates en estos momentos en que te estaba yo dando una exhibición de gran desconcierto. Y es que la socrática es la otra actitud occidental, también responsable; pero no necesariamente trascendida, sino dudada y a pesar de todo afirmada: 'las cosas son santas porque las quieren los dioses, o las quieren los dioses porque son santas'. ¿Te das cuenta, mi buen José? Y a pesar de la duda racional, la recta determinación de la conducta: sólo un pedacito de mundo entre tantas, infinitas posibilidades y una firme voluntad de afirmarse en el comportamiento. ¿Qué hay atrás? ¿Qué hubo atrás? ¿Qué hay adelante? ¿Qué habrá adelante? Sólo un pedacito, pequeño y dudoso iluminado por nuestra conciencia, mantenido por nuestra memoria, proyectado por nuestra imaginación. Un pequeño trecho entre tantos posibles caminos. Pero afirmamos el nuestro, exclusivamente nuestro, el que nos lleva a querer la cosas santas porque son santas y nada más. ¿Salvación?, ¡qué importa!"

"Oígame usted, Don Q, nunca me había dado cuenta de su vocación socrática. Qué interesante reflexión. Ya me parece verlo vestido con túnicas; pero lo curioso es que hace tiempo lo veía yo con un gran manto y gran penacho de plumas, y hace poco hasta quise imaginármelo contemplándose (hipótesis imposible) el ombligo. Verdaderamente me sorprende usted porque creo que es básicamente sincero; pero explora usted tanto, que yo creo ha de estar cansadísimo de tanto saltar y saltar."

"Es que sé oír todas las voces humanas y todas me dicen algo y encuentran alguna suerte de resonancia. Por eso vivo en este mundo maravilloso de constantes descubrimientos, hasta el de la cotidiana sorpresa de mí mismo. Mientras más me exploro, más me desconozco. Chorros, chispas y canteras siento agitarse dentro de mí y nunca puedo estar quieto. Pero tal vez lo que más me preocupe es el valor de la conducta. ¿Sabes?, a veces pienso que sin duda la mejor forma de resolver el universo, una vez cometido el error de haber creado al *yo*, verdadero pecado original de nuestro mundo, sea que todo termine; que se borre toda memoria y que de ese modo quede, en ninguna parte, la grandeza del deber aceptado, de la santidad admitida porque es santa. Que desaparezca el mundo que ha creado nuestra voluntad, mejor, mucho mejor al otro, al de las piedras que caen, un mundo tejido con nuestros actos y sólo prendido a nuestra memoria. ¿Sabes? Bastará que se acabe la memoria para que termine la Historia y este mundo pase y sus horrores y sus glorias se conviertan en nada... En nada: Sócrates, Quetzalcóatl, o Buda. En nada. Bastará eso. ¿Te das cuenta qué delgada es la frontera de la yoeidad?

"Y pienso que en eso, precisamente, está su grandeza. En esa su precaria consistencia. En esa su angustiosa delgadez. Nada más que la memoria y se acabaron los pecados, las culpas y los méritos. En ese mundo tan sutil está prendida nuestra conducta. Y tiene la maravillosa audacia de afirmar su propio orden. ¿O qué, simplemente somos vehículos inconscientes de un gran plan en el que no participamos como autores? ¿Que nuestro orden, el que levantamos con nuestra voluntad, bueno o malo, es simplemente una experiencia más, realizada para agotar otra posibilidad en la inacabable cadena infinita de las imperfecciones? ¿A eso se reduce todo lo hermoso que queremos o soñamos? ¿Hay alguien, en algún lado,

que recoge nuestros deseos, nuestras emociones, nuestros sistemas y nuestras obras, y las almacena como nosotros guardamos el trigo? ¿Alguien está jugando con nosotros? Si así fuera, qué enorme grandeza la de Sócrates, la de los indios nuestros, que, de una u otra manera, tomaron en serio el juego y se afirmaron. Si alguien está jugando con nosotros, mi querido José, tendré que preguntarle: Entre vosotros que jugáis y nosotros que somos jugados, ¿quién lleva la mejor parte?

"Pero no, otras veces creo que todo es mucho más sórdido y estúpido que eso. Que simplemente venimos enredándonos de acuerdo con la ley de la ocurrencia de todas las posibilidades y que ahora nos tocó la que nosotros significamos, con todas sus implicaciones y que nuestra posibilidad, ocurrida, pasará. ¿O estará ocurriendo siempre de acuerdo con otra ley, la de la infinita persistencia de la imperfección?"

"Oigame usted, Don Q —le interrumpí—. Por lo que me doy cuenta, cualquiera que sea el camino por donde empieza a andar, tarde o temprano se encuentra en la encrucijada de los chirridos, ese sitio neutro donde se le vician todas sus exploraciones. Entenderá usted por qué yo estoy tan tranquilo, rodeado de mi mundo, en el que por mis pasos voy penetrando siempre dispuesto a la risa."

CAPÍTULO XXXIV

DONDE INTENTO DEMOSTRAR QUE LA RISA ES EL GRAN RESCATE DE LA DIGNIDAD HUMANA. Y SABRAS REIRTE, HIJO MIO: UNA GRAN CARCAJADA HUMANA LLENANDO EL HORRENDO VACIO DEL ETER

"Oyeme, óyeme, José, ¿qué novedad es esa de la risa...?"

"Eso es algo que tú no me has enseñado, mi querido y admirado Don Q. Eso lo he aprendido con el tiempo. Mientras tu chirrias y vas y vienes y encuentras cosas que no has perdido y pierdes cosas que ya tenías, yo he aprendido la maravillosa lección de la risa.

"Sabe usted, Don Q, de las muy pocas cosas que he juntado en la vida y que no le debo a usted, porque la he cosechado con la edad, es ésta de la risa. Esta maravillosa posibilidad de reírse. Creo sinceramente que la risa es el rescate definitivo de la dignidad humana. 'Y sabrás reírte y bailar en la mitad de todas las cosas'. Así la desnuda criatura humana, prensada entre los dos infinitos, el pequeño y el grande, azorada ante el misterio, apenas prendida de su Historia, casi a obscuras, a veces agobiada por el dolor, maltratada y absurda, puede reírse para rescatar su dignidad. Reírse, Don Q. Podemos reírnos de todo: del dolor y del misterio, de nuestra pequeñez desamparada o de la grandeza del Cosmos. Podemos reírnos de la Vía Láctea, Don Q. ¿Se da usted cuenta? ¡Podemos reírnos! Y con todo respeto debo decirle que no sólo he aprendido a reírme de mí mismo, sino, a veces, con toda consideración, me

río de usted, mi maravilloso y querido Don Q. De sus torturas, de sus chirridos, de su generosidad. ¡Ríase, Don Q, porque usted no ha aprendido a reírse de la infinitud del infinito y sólo acierta a dolerse!"

"No le veo el chiste —me repuso adusto Don Q—. Todo esto que a mí me pasa es cosa seria. Creo que te ríes por pasmo. Te ríes por ignorancia. En fin, no sé por qué te ríes. Pero si por la risa crees rescatar tu dignidad, ríete, o haz lo que quieras, que yo seguiré explorando y buscando las respuestas. Yo no quiero la risa, Don Pepete, yo no quiero risa, yo quiero las respuestas a mis preguntas, y si las encuentro o si alguien me las da, me voy a sentir tan pleno, que sin duda voy a querer estallar para llevar las respuestas a todos los rincones del Universo."

"¡No estalle, Don Q, no estalle! ¡Echese una sonora carcajada y que la gran risa sea la respuesta a todas las preguntas que no tienen contestación!"

"¡Vaya! —me dijo Don Q—. Ahora me resulta Don Pepe el Carcajadiente. No el Pepe seco que yo creía, sino el que se ríe. ¡Bueno! Es una pobre, una triste solución. Es lo que yo llamo una risa estúpida. Habráse visto ¡reírse! 'Reírse para rescatar la dignidad de la persona humana'. ¿Y por qué? ¿De qué la vamos a rescatar?"

"De los chirridos, Don Q, de los chirridos y de los cortos circuitos. Precisamente al llegar al límite, aprenda a reírse de que ya no puede seguir adelante; ríase usted, Don Q, y siga viviendo. Algún día lo voy a invitar a usted para que pinte un gran cuadro que se va a llamar 'La Gran Risa de la Dignidad Humana'. Una gran carcajada en la mitad de las galaxias. ¿Qué le parece, Don Q? Una gran carcajada humana, llenando el gran vacío del éter."

"Pues francamente me parece muy desalentador —comentó Don Q—. No vaya yo a acabar riéndome. Afortunadamente tengo muchas cosas importantes por las qué llorar. . ."

"No, Don Q, no sea usted tan tremendo. 'Y sabrás reírte, hijo mío, para rescatar la dignidad de la persona humana' Aprenda a reírse, Don Q."

"Otro día, mi querido José, otro día."

Y en aquella ocasión terminó ahí nuestra plática.

Capítulo XXXV

DONDE SE PASA DEL TEMA DE LA RISA, AL TEMA DEL RELAJO Y OTRAS CUESTIONES DE LA EXISTENCIA

"Me quedé muy preocupado con esa cosa de tu risa, mi querido Pepe —me dijo en la siguiente ocasión que nos volvimos a ver—. Me desconcertó especialmente que pregonaras que era algo ¿cómo dijiste? que tú mismo habías juntado en la vida. Ahora entiendo —añadió muy serio— una de las enfermedades de la voluntad: el 'relajo', que, junto con la 'abusadez' y el 'trueno del chicharrón', constituyen el pintoresquismo de nuestro pueblo."

"Oigame usted, Don Q —le dije—, ahora viene usted así como medio folklórico y como con ganas de pelea. Lo que yo me permití decirle en ocasión anterior, lo fue con la mejor de las intenciones y la más grande de las inocencias. Creo que es una de las cosas que he ganado con el tiempo, yo creo que. . ."

No me dejó continuar y me atajó diciéndome:

"¡Nada de que has ganado! Has perdido. ¿Sabes lo que significa esa tu risa con la que quieres llenar los espacios del éter? ¿La carcajada de la dignidad, como la llamaste? Quiere decir, José, que padeces una gran enfermedad de la voluntad, que se llama relajo, agravada en tu caso porque es relajo cósmico. ¿Sabes por qué te echas, o mejor, te quieres echar esas carcajadas? Pues porque a fuerza de no entender el orden de las cosas en sus últimas cuestiones, tu voluntad enfer-

ma de incapacidad pretende relajar el orden austero del universo, no para salvar tu dignidad, forma viciosa de la yoeidad, la que origina las desviaciones morbosas del querer. Y tú, José, a fuerza de no poder penetrar en la entraña severa del secreto, quieres violarlo con tu risa, como si con ello se derrumbara el orden ignoto a tus pies y te convirtieras en el amo del mundo, el que puede reírse de la Vía Láctea. Qué ridícula tu risa; qué pequeña en su gran pretensión. ¿Sabes que me río de tu risa?"

Y muy lentamente se echó una forzada carcajada muy lenta y casi racionalizada: "¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!"

"Qué bien, Don Q —le dije—, ya está usted aprendiendo a reírse."

"Sí —continuó muy serio—. Echo relajo de tu relajo para restaurar dialécticamente un orden que me apena hayas aprendido a pretender romper con la edad."

"Oigame Don Q; pero no creo que la cosa sea tan grave; ni yo pretendo nada de eso. Simple e inocentemente me río, y ya. No es para tanto. No saque tan graves consecuencias... ¡No me apene!"

"Debería darte vergüenza, sobre todo porque es síntoma de otras graves decadencias, que me fuerzan a explorar un poco más en ti. A ver, dime, además de reírte ¿qué?"

"¡Hombre Don Q! Es una pregunta así como muy repentina, ¿qué de qué?"

"¡No te hagas el tonto! Qué otra novedad has 'juntado' en tu vida y con la edad. Me refiero, claro está, a las cosas que puedes contar y no a las que tienes que ocultar, que seguro tendrás algunas, y que no me interesan. Cosas que les puedas contar a tus hijos..."

"¡Caramba Don Q! ¿Qué quiere que le diga? ¿Algo de mi vida? ¿Qué le puedo decir que le interese? He vivido, he sobrevivido, metiendo mi existencia en todas las cosas finitas, absolutamente entregado a la transitoriedad del tiempo, aceptado su paso, metiéndome en su entraña cotidiana. ¿Qué

cosas puedo decirle que no sean anecdóticas? Nada importante a su estilo. No me llegué a incendiar. No fui profeta, ni reformador social. No fui artista, ni guerrillero. No estallé para llevar noticias a los rincones del infinito. Básicamente nada, Don Q. Una vida simple y comodona en la que he buscado y aceptado los dones fundamentales. Nada heroico. He transigido. He caído en la tentación. He ido cegando caminos y eso es lo que más pudiera interesarle. He cegado muchos caminos que nunca recorrí, ni recorreré: unos pequeños, otros importantes... Cada camino una grande o insignificante decisión. Tal vez es lo único que pueda decirle: he ido tomando decisiones y estoy donde estoy. ¡Nada importante, Don Q! ¡Nada que lo satisfaga, creo yo! He vivido todos los días. He existido. He vivido la existencia. Entre muchos caminos, sólo he tenido oportunidad de recorrer uno, y en ese estoy. ¡Dispénseme usted!"

Capítulo XXXVI

DONDE, AL RECORDAR A WAGNER, SE TRATA DEL CAMINO QUE NO SE RECORRIO

"¡Vaya!, ¡qué simple cosa! Eso me recuerda cuando estaba yo en otro hemisferio. Iba remando en un hermoso lago hecho de colores y transparencias hermosísimas. Pinos, pinos en los contornos. Una suave neblina identificaba todo en un tono como de música de Wagner. Todo azul, gris y verde, con algo de morado. ¡Exactamente Wagner! Recuerdo que en una pequeña saliente, concluía o empezaba un camino ancho que subía y se perdía en los pinos. Dejé de remar y lo estuve contemplando un gran rato. Pensaba en ir hacia él y recorrerlo. Me imaginaba la perspectiva que desde ahí contemplaría; la consistencia del suelo, primero lodoso en la cercanía del lago; después de tierra suelta tapizada con las agujas de los pinos. Imaginé la fragancia. En fin, un camino, con su sentido y sus detalles. Un camino que finalmente no recorrí. Que ahí se quedó; que no pisé y que no volveré a ver. Ahí quedó con sus detalles y sus sorpresas. Ahí quedó un destino cuya posibilidad no afronté, porque al dejar de remar, insensiblemente la corriente me iba llevando hacia los rápidos y tuve que remar muy vigorosamente para contrarrestar el arrastre e irme desplazando lateralmente, sin avanzar ni retroceder, hasta que llegué a la orilla y me olvidé de un camino que no recorrí, y que ahora recuerdo. Entonces me di cuenta, mi modesto José, que la vida humana es sólo una cinta que termina en punta de un solo camino, que va penetrando en el misterio,

paso a paso y que frente a la punta, se plantea, a cada momento, una infinita y constante corriente de posibilidades de la que sólo tienes una oportunidad de decidir en cada momento y en tu propio espacio. Lamento, eso sí, que no te hayas incendiado; pero ¿qué puede hacerse? Tal vez, si tuviera otra oportunidad, remaría hacia aquel camino y entonces, tal vez, tú por tu lado y por tu cuenta, te hubieras incendiado. El problema, creo yo, está en saber si, a nosotros mismos, se nos dará en cada momento otra posibilidad de elegir. A veces pienso otra locura, que me atrevo a decirte ante la modestia con que vives tu existir. Pienso ¿cómo decírtelo? que todas las conciencias se han de intercambiar y que así, cada conciencia tiene la oportunidad de estar en todos los puntos de vista y gozar o sufrir la inacabable cadena de posibilidades. ¿Me entiendes? A juzgar por tu cara de azoro, no me entiendes. Quiero decir que tú, con tu propia conciencia, vas a iluminar otros puntos de vista y así serás mendigo, rey o bufón y padecerás injusticias y las cometerás. Te intercambiarás. ¡Bueno!, comprendo que esto no pasa de ser una idiotez. Y ya no sigo más con el tema. Tan sólo trataba de justificar tu existencia, esa modesta coyuntura en que te has ido tejiendo hasta estar donde estás. Y con qué tranquilidad me dices: 'No estallé, para llevar noticias a los rincones del infinito'. ¡Qué lástima! ¡Ríete pobre Josefito, ríete de que no estallaste! ¡Ríete!"

Y esa conversación, me dejó una vaga impresión de tristeza, y en esa ocasión fui yo el que se retiró. Confieso que me hubiera gustado darle otra contestación...

CAPÍTULO XXXVII

DONDE SE CONTEMPLA A UG EN LA CARCEL Y SE FORMULAN CONSIDERACIONES SOBRE EL MUNDO DEL PAPEL Y LA TINTA, Y SE EXAGERAN ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL DOLOR, EL COPAL Y EL EQUILIBRIO UNIVERSAL

"¿Sabes —me dijo Don Q en otra casión— lo que me impresionó cuando visitaba yo en la cárcel al gran Ug? Vivimos una época de constancia del dolor humano en el papel y la tinta. Así la conocerán las generaciones futuras: la edad de las constancias del papel y la tinta. Mediante un papel firmado a tinta por un señor, llegaron un buen día otros y se llevaron a la cárcel a Ug y en ella estuvo encerrado no sé cuánto tiempo. Mucho, desde luego, acusado de haber robado una valiosa colección de monedas. Lo que decían los papeles, trascendía a la realidad, y por una serie eslabonada de circunstancias, muy formalmente expresadas en papeles, el buenazo de Ug se vio encerrado entre paredes y sin libertad. Lo que más me conmovía es que Ug aceptaba de muy buen grado la situación, y jamás descubrió a Lu. Soportó el castigo y la deshonra.

"Así —me decía— estaré en paz con mi conciencia.

"Convivió una larga temporada con otros seres humanos que también estaban encerrados purgando culpas. No sé si los demás aceptaban el encierro como lo admitía Ug, que estuvo ahí hasta que un papel entintado, dejó constancia de que podía salir porque se habían satisfecho no sé qué criterios le-

gales (en los que de alguna manera participé, debo decirlo para que no creas que era yo indiferente al destino de aquel justo). Y así como el gran Ug firmó al entrar a la cárcel, para dejar constancia de que lo había hecho, firmó al salir para dejar constancia de que ya no estaba adentro y había recuperado la libertad.

"La memoria de la Humanidad moderna está hecha básicamente de papel y tinta. Grandes y pequeñas cosas contenidas en papeles. ¡Qué gran montón de papel es la historia de la Humanidad! ¡Cuántas libertades perdidas están escritas en papeles!

"Pero lo curioso es que Ug aceptaba la vida entre los muros de la penitenciaría como una forma de tranquilizar su conciencia. Una culpa que yo no entendía, pues me constaba que había sido simple agente de la decisión de Lu. Sin embargo, Ug insistía en que lo que había hecho, lo había realizado de plena voluntad y respondía, mansamente, admitiendo cambiar su voluntad dada por su libertad perdida. ¡Qué extraño!, ¿no te parece, abogado? Pero ¡qué te pregunto a ti! Si los abogados en eso se especializan, en canjear culpas por libertad. Honradamente, licenciado, aquí entre nos ¿no te parece absurdo canjear intenciones por libertad?"

"Hombre Don Q —traté de contestarle—, la peligrosidad social manifestada por un delincuente al infringir un mandato que la sociedad ha tipificado como delito, sancionándolo con la pena de cárcel, evidentemente tiene..."

"¡Válgame el cielo! —me interrumpió Don Q—, que no estás en una corte ante jueces de hombres. Medita y encontrarás increíblemente primitivo que la sociedad estime que un hombre se pone en paz con ella, si pasa de 'cinco a ocho años' en 'un establecimiento penitenciario'. ¡Fíjate no más!, ¡otra vez la penitencia!, ¡otra vez el castigo!, ¡otra vez el dolor ajeno, o el propio, cuando se acepta como lo hacía Ug, para pagar cosas! Y tengo que repetirte algo que me obsesiona: extraña moneda ha de ser el dolor, en el caso del dolor de no

ser libre, de no poder trasladarse, de convivir anormalmente, cuando la sociedad se da por pagada, penando a los individuos. Exquisita y valiosa moneda capaz de pagar lo que de ninguna manera puede adquirirse: bienes o males pasados, perdidos en un tiempo ya transcurrido. ¿Hasta ese punto —me pregunto yo— la sociedad se parece al universo, y tiene sus propias cámaras de compensación, en las que las penas se tabulan? ¿Tan a la imagen y semejanza de los dioses estamos hechos, que el dolor nos emborracha, como el incienso y el copal, para establecer que la armonía se ha restaurado porque un individuo ha sufrido?"

Confieso que nunca me había planteado la cuestión desde ese punto de vista, y como me llegaba muy hondo en mi carácter de profesional de las leyes, traté de contestar algo, y dije:

"Mire usted, Don Q, no es precisamente el dolor lo que la sociedad busca, simplemente aisla una manzana podrida que..."

"¡Válgame Santa Cachucha! —me interrumpió otra vez Don Q—. ¡Qué insoportable vulgaridad! ¡Qué botánica deformación profesional! No, mi estimado abogado, honra y prez de nuestro foro. ¡No y mil veces no! Sea usted serio y sincero. Admita que es una aceptación social a la ley del dolor redentor de la culpa. Que es el sacrificio, no en aras de los dioses, sino de la majestad de la justicia. Todos los días y en todas partes, la Humanidad sigue sacrificando, arrojando paletadas de dolor humano al altar de los dioses. Y fíjate bien, yo no critico, porque, lo confieso, no encuentro nada a cambio. Tan sólo pregunto, te pregunto a ti, hombre de leyes, que asistes a los augustos tribunales del castigo, ¿es el dolor el mayor bien, a fuerza de ser el peor mal? Es evidente que el consenso universal de todas las épocas, de todas partes, desde que el hombre es hombre, hasta nuestros días, ha sido el de estimar que el dolor, el castigo, el sacrificio, la pena, la penitencia, sirven para pagar. Está admitido que puedes cambiar el mal que

has hecho, por el dolor que sufres. Yo te pregunto, José, ¿puedes también adquirir bienes dando tu dolor a cambio?

"Ya no te parecerá tan absurdo el mundo indio, ni el de los penitentes en todas partes. Las serias, laicas, organizadas, electrónicas atómicas sociedades de nuestro tiempo, cobran, con dolor, el mal que le hacen los que infringen sus normas. ¡Oh maravillosas sociedades punitivas! ¡Cuántos dolores humanos tienen guardados en sus hermosas y acépticas cajas, perfectamente contabilizados en papeles muy bien entintados!

"¿Sabes, José? Te lo he de repetir siempre que lo descubra: ese creo que es el más horrendo secreto del Universo: la existencia del dolor y su invaluable precio para restaurar la historia, individual o colectiva. El dolor como instrumento de equilibrio y armonía. Habrá que divinizar el dolor. ¿No te parece? 'San Dolor Mártir, Patrón de los que Sufren'. ¿Qué te parece? 'San Castigo Arcángel, Patrón de las Penitenciarías'. 'Santa Tortura Virgen Consoladora de todas las Guerras.'

"¿Eh? No ando tan desencaminado. Mira al pobre Ug, encerrado en la cárcel, con sus barbas ásperas y negras, crecidas en el cautiverio y su resignada mirada de perrazo encadenado. Pagó su culpa con la sociedad y fue libre. En un expediente que en algún archivo estará, hay constancia de que pagó su culpa, con la pena 'compurgó pena de cárcel por el término de...', se decía en su expediente. Yo lo vi. Y lo vi entrar y salir. Claro, también me di cuenta de que sufría cautiverio. Pero precisamente porque sufrió, un señor Juez, muy serio, en representación de la sociedad, consideró que Ug estaba en paz con su conciencia. ¡Todos contentos!

"¿No es de meditarse? Todos contentos, hasta el que sufrió, porque un ser humano sufrió.

"También era curioso ver cómo el bueno de Ug admitía su situación cuando yo me rebelaba y le decía que consideraba injusto e indebido que estuviera sufriendo cautiverio. Recuerdo que muy concienzudamente y muy barbón me decía:

'¡Hombre, Q! No hagas aspavientos! El sufrimiento es cosa de los hombres. Así se tiemplan y se hacen los hombres. ¿Qué clase de hombre fuera yo, si me pusiera a lloriquear porque estoy sufriendo? ¡Olvídate de tantas vueltas y revueltas y déjame hacerme hombre. Estoy en edad de sufrir y aprender! ¡Como si el dolor fuera cosa del otro mundo! Es lo más natural, Q!' —Poco faltó para que me dijera: 'No os estrepitéis'. Me sentí, te lo confieso, un poco ridículo, así como vieja lloricona.

"Pero eso no borra la cuestión. Muchas veces me pregunto si así como se considera, hasta por la imperfecta sociedad humana, que el dolor compurga, ¿en algún lugar se hará justicia a los que sufren sin culpa? ¿O a los que sufren porque no tienen otra moneda con qué comprar, que su propio dolor? ¿Qué se les va a dar en cambio para restablecer la armonía? Te lo vuelvo a preguntar...

"¿Tienes alguna respuesta, mi querido José? ¿Has juntado en tu vida alguna contestación?"

"¡No, hombre! ¿Qué respuesta puedo yo tener? Nada, mi querido Don Q. ¿Qué diablos voy a saber de esas cosas que lo tienen tan obsesionado? ¿Sí, debo decirle que lamento mucho que Ug hubiera compurgado delito."

"Pero fíjate que él lo consideraba un bien. Supo instituirse en su propio juez y no se perdonó. Se castigó, aceptando la pena, hasta quedar en paz con su conciencia. Fíjate cómo se reproduce la cuestión en el ámbito individual. Salió de ahí sintiéndose mejor. ¡Sintiéndose más hombre! 'El dolor es cosa de hombres' —me decía—, y lo curioso es que cuando le preguntaba sobre Don Lu y afeaba yo su conducta, el buenazo de Ug me decía: "No lo juzgues. Ha de tener sus razones que yo en mi estupidez no entiendo. Es mi amigo y basta.'

"Pero —le insistía yo—, ¿cómo es posible que tú encuentres no sólo justo, sino normal, purgar condenas y nada quieras para él?

"Yo no soy juez, ni podría serlo. Para ser juez hay que ser sabio. Saber cosas, y yo de Lu, poco sé. Sé que es mi amigo y los amigos se quieren y se ayudan porque sí.

"Fíjate bien, José, qué curioso: un tipo que no se perdonó a sí mismo, que no se satisfizo con el simple arrepentimiento; que aceptó el castigo, sabía perdonar. Digo mal, ni siquiera sabía culpar. ¿Cómo es posible no saber culparse más que a sí mismo? Tal vez, pienso yo, con el ejemplo de Ug, sea la única solución: ser juez de uno mismo. Un juez de justicia, no un juez de perdón, que entonces sería una tomadura de pelo. ¿No crees? Pero siempre queda en pie la inquietante reflexión de que, en todo caso, alguna suerte de sufrimiento lava las culpas. ¿Por qué?, me pregunto. Y no encuentro la respuesta. Y sin duda por eso pregunto tanto la misma cosa y entonces encuentro otra respuesta, obviamente asociada de alguna manera a Ug."

CAPÍTULO XXXVIII

DONDE CON TODO RESPETO SE RECUERDA A SAN JUAN DE LA CRUZ

" 'Muéveme el verte colgado de una cruz y escarnecido'...

"Fíjate, José, el dolor como móvil desinteresado de amor y como inspiración de comportamiento. A donde volteo la cara, a donde prendo mis preguntas, está siempre o el dolor o el infinito. Eso es lo que me tiene apachurrado y por eso nunca estoy en reposo. Si eres individuo, no eres infinito. Pero entonces tienes la aptitud de sufrir."

"¡Hombre, Don Q! Otra vez con el mismo tema. ¡Qué obsesión por el dolor. Ya le dije que hay también la risa. ¡Ríase, Don Q!

"¿Te atreverías a reírte del dolor? ¿Del dolor ajeno? Porque del tuyo, haz lo que quieras, puedes comprar risa con él, si quieres. Pero del dolor ajeno ¿del dolor de un niño, por ejemplo? ¿Te podrías reír? Sólo el demonio podría reírse del dolor de un niño. O tú, gran señor de la risa, el de la carcajada que llena los vacíos del éter. ¿Se podría reír del dolor de un niño?"

"¡Hombre Don Q! Ni me lo pregunte. La sola pregunta me horroriza. Sólo el demonio se podría reír del dolor de un niño. Ahí tiene usted, Don Q, a su Lucifer, a su admirado Lucifer. ¿Se lo imagina usted riéndose de los dolores de un niñito?"

"¡Qué terrible sería para el creador de Lucifer que fuera tal su protesta, que así se riera del dolor!"

"¡Cállese Don Q! ¡Qué cosas se le ocurren!"

"Pues no me provoques, José, que ya sabes que me gusta ir al fondo. Tal es la consecuencia y el problema de que vivamos en un mundo creado por las dos mitades, las que están en el Omeyocan, en el Lugar Dos.

"Y ahí está esa otra respuesta:

" 'No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido'...

"Tampoco el infierno. Ni premio ni castigo, fíjate bien, abogado. Ni premio ni castigo: lo que mueve el querer es el dolor y el escarnio. El dolor admitido precisamente para causar amor, y el amor motivado precisamente en el amor admitido. Es otra respuesta. ¿No te parece? No hay duda, como en Sócrates. ¿No crees? ¿Ya te dije que algún día me gustaría llorar por él en el Agora? Sí, ya te lo dije, y me enteraste de que tú ya lo hiciste. La conducta pura. Afirmada a pesar de la duda. Creo que en el fondo hay una hermosa y sólida fe en la creación, ¿o no? Pero mira esta otra actitud: querer y comportarse porque alguien sufrió para que yo quisiera y me comportara. ¡Qué maravillosa humildad, aceptar el sacrificio ajeno! Creo que es fácil ser el héroe que salva. Es un hermoso papel. ¡Qué humildad para aceptar ser salvado! Fíjate bien, José: aceptar el dolor ajeno. Dispones en tu bien, del dolor ajeno. Aceptar el sacrificio de otro. ¿No lo encuentras increíblemente difícil? Ese San Juan de la Cruz es evidentemente el santo más humilde. ¿No lo entiendes así? Una voluntad que acepta el sacrificio ajeno, que explica y justifica. Tanto mérito, creo yo, hay de uno como de otro lado. Una auténtica comunión en el dolor. Es un Judas al revés. ¿Me entiendes? Tuvo que haber un traidor, ¡qué difícil serlo!, ¡cuánta resignación, cuánta humildad o cuánta soberbia para admitirlo! Tiene que haber salvados, redimidos, ¡cuánta humildad para reconocerlo! ¡Muéveme tu dolor!"

CAPÍTULO XXXIX

REFLEXIONES FINALES ACERCA DE PENACHOS DE PLUMAS, OMBLIGOS, TUNICAS Y HABITOS. "OJALA, DON Q"

"Oigame usted, Don Q. ¡Cómo le da usted vuelta a las cosas! No está usted en reposo..."

"No, José. Te repito: a donde vuelvo la cara, encuentro un enigma y muchas respuestas. ¿Cuál es la correcta? En todas penetro. Todas me inquietan. ¡Qué dolorosa condición la mía, que ni siquiera puedo dudar! ¡Penachos de pluma, ombligos, túnicas, hábitos! ¿Cómo puedo tener reposo, si todo eso se me viene encima y me deslumbra?"

"¡Ya lo veo, Don Q, y lamento ser causa indirecta de que le está dando tantas vueltas a las cosas."

"No te preocupes por mí, que es un desahogo hablar, aunque sea con un señor como tú, tan entrado en la vida de todos los días, tan sin planteos. Salsa sonriente, eso sí. No te preocupes. Está en mi condición buscar respuestas a este mi inacabable afán de plantear cuestiones. Pienso si ésa es la respuesta 'muéveme tu dolor'. ¿Así sentirían los dioses indios ante el dolor ofrendado? ¿No es un mundo distinto, radicalmente distinto, éste que se nos entremendó en nuestra sangre? Fíjate bien y trata de entender: hay quien, con toda humildad, al aceptar el tributo gratuito del dolor, lo convierte en amor y bondad. Nace todo un mundo moral, o se conserva, es lo mismo. Otra vez la misma cuestión ¡la misma inquietante cuestión en cuanto retuerces un poco más las respuestas: el

dolor para conservar o crear o mantener un mundo. Este el mundo moral de los buenos comportamientos, aquél, el mundo de los soles y los tigres. En el fondo, orden, destierro del caos, rescate de un mundo del riesgo de la nada. ¡Qué cerca! ¡Qué tremendamente lejos! Siempre el dolor, el sufrimiento, la sangre, ese 'licor tan singular' del viejo Fausto, también redimido por el amor doloroso de una mujer. 'Sólo el tiempo, otra raya, su ímpetu individual detuvo aquí con una rosa'. ¿Cómo puedes suponer que he de estar quieto si donde quiera las respuestas se retuercen? Te he de fatigar, estoy cierto. Ha de ser cansado estar oyendo esta constante reiteración. Pero piensa, abogado, son las cosas importantes las que se repiten para marcar los ritmos universales. Lo ocasional puede ser hermoso o no serlo; pero es difícil que sea importante: el sol sale todos los días y tu corazón late siempre, mientras late. Lo importante, se repite. No te molestes, entonces, de que te repita lo importante."

"Hombre, Don Q, no me molesto. ¿Por qué me habría de molestar? Me doy cuenta de las cosas que le importan, que lo obsesionan; que, por otro lado, son las cosas que en algún momento, de alguna manera todos nos planteamos con más o menos precisión. Usted lo hace con pasión. Usted lo hace, me atrevería a decir, con ritmo."

"¿Pero cuál es la respuesta?"

"Probablemente todas, Don Q, con tal que sean auténticas y sinceras."

"Precisamente ahí está mi problema, Don Pepe. Yo las entiendo todas, las explico todas. Todavía más: acepto todas, pero no me comporto definitivamente como ninguna. A todas las acaricio, a todas las manoseo, pero a ninguna me entrego con la pasión explosiva de los prototipos. Y esa es otra de mis angustias, José: entiendes que mi vida no es un problema de inteligencia, sino de voluntad, resolverme a ser, o mejor a hacerme algo y no diluirme en todo. Ese es otro más de mis problemas: entender demasiado y no entregar mi voluntad radical a nada. Tener mi voluntad prendida de mi inteligencia. Me explico perfectamente, querido José Guillermo, ¡por qué no te incendiaste; por qué no estallaste! Te faltó la voluntad definitiva que también a mí me falta. Soy tan sólo una fuente, parece que inagotable, de palabras, comprensiones, razones, sinrazones y paradojas. ¿Y cómo me comporto? ¿He entregado un dolor por algo? ¿Me he apartado para renunciar mi yoeidad? ¿He aceptado el dolor ajeno para redimirme? ¿Me he rebelado, siquiera? ¡Nada! Palabras, palabras, palabras. Logos, verbo y literatura. Eso: puro Logos, Verbo y Literatura. ¿Y mi voluntad? ¿A quién o a qué se la he dado? Pura dilusión en el entendimiento. Puro razonar, renegar y, en ocasiones, resignarme. ¿Y mi voluntad, José? ¿A qué he entregado mi voluntad? ¡Y te critico porque no estallaste! Estoy triste, José, con mi pequeña voluntad encadenada a mi entendimiento. ¿Qué he hecho? Ahí está la pregunta. ¿Qué has hecho, José, qué has hecho? Con tu voluntad de hacer, de comportarte, de crear, ¿qué has hecho?"

"Nada importante, Don Q. ¿Y usted?'

"Nada importante, Don Pepe.

"¿Y sabes, Pepe?, entender las cosas es reflejarlas. Es tener las ventanas abiertas de modo que entre la luz. Es conciencia. Hacerlas es otra cosa, es participar en la creación. Una punta en una cinta infinita, es cierto. Pero una cosa es ir como espejito y otra como taladro. Ojalá no se te enferme la voluntad, o se te seque. Creo que ahí está lo mejor de la Humanidad: en la voluntad y no en la representación. Ni siquiera, como el bueno de Ug, he construido la paz de mi conciencia al aceptar un castigo o una reparación.

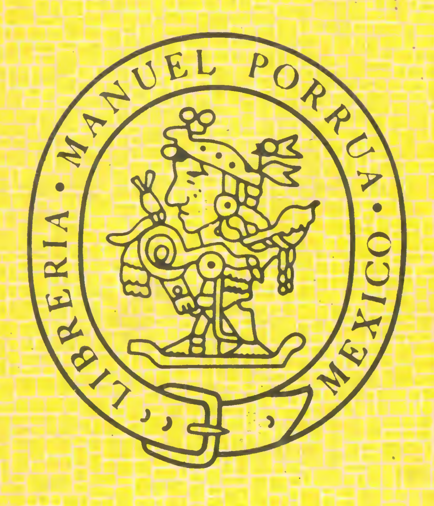
"Ojalá algún día encuentre yo, o encuentres tú, José, algo por qué entregar toda tu voluntad."

"¡Ojalá, Don Q!"

José López-Portillo y Pacheco.
Ciudad de México, Octubre 31 de 1967.
2:55 P. M.

INDICE

En la Ciudad de México, al cuidado de la Sra. María Eugenia Porrúa, se terminó la impresión de este libro el día 15 de septiembre de 1975 en los talleres gráficos Olimpo. Calles de la Imprenta 205. México 2, D. F. La edición consta de 5000 ejemplares.



MANUEL PORRÚA, S. A. LIBRERIA

5 de Mayo 49 México 1, D. F.